



*Maria*  
*en las*  
**HIGHLANDS**

JANA WESTWOOD

## Contenido

Créditos

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Epílogo

Querid@ lector@,

*Maria*  
*en las*  
HIGHLANDS

Las Highlands-4

Jana Westwood

## Créditos

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra será constitutiva de delito y está bajo las sanciones que determinan las leyes.

© Jana Westwood

Portada: Jana Westwood

1ª edición: mayo de 2019

2ª edición octubre 2021

Esta novela fue originalmente publicada bajo el seudónimo: «Kate Dawson». Todas las obras bajo dicho seudónimo pasarán a estar firmadas por Jana Westwood, siendo ambas la misma autora.

# Capítulo 1

Julia ayudó a María a deshacerse de los muebles y de todo lo que ya no iba a necesitar y a mudarse de nuevo a casa de sus padres. De ese modo, ellos tendrían todas sus cosas y no habría ningún mal trago que pasar teniendo que vaciar armarios. Después regresó a Escocia, donde quedaron en verse una semana más tarde.

María se despidió de sus alumnos y de sus compañeras como si se fuese de vacaciones y dedicó todo el tiempo que le quedaba a estar con sus padres. Fueron al cine, al teatro, pasearon por la ciudad, cenaron en ese restaurante al que siempre decían que irían y con el que nunca cumplían. Su madre se empeñó en que la ayudase a recortar el papel que pondría en la mesa del árbol de Navidad, algo que siempre había hecho María. Y también insistió en prepararle la cena que hacía cada Nochebuena porque todos los platos eran sus favoritos, incluida la tarta de turrón para la que nunca quedaba sitio y que solían comerse, la mañana de Navidad, después de abrir los regalos.

—Este año tu madre y yo habíamos pensado regalarte un coche —dijo su padre acariciándole el cabello mientras veían un capítulo de *Juego de Tronos* que habían visto cinco veces por lo menos.

María se incorporó y lo miró con expresión de sorpresa.

—¿En serio?

Su padre le hizo un gesto para que bajase la voz señalando a su madre, que se había quedado dormida hecha un ovillo en el sillón. Ella sonrió con ternura y asintió.

—¿En serio pensabais comprarme un coche? —Bajó la voz.

—Y tan en serio —respondió su madre sin abrir los ojos—. No estoy dormida, solo he

cerrado los ojos porque estoy muy cansada.

—Ya te he dicho que ese ruido era del motor de un coche. —Pedro miró a su hija y se aguantó la risa.

Antonia abrió los ojos y los miró a ambos.

—¿Estás insinuando que yo ronco? —preguntó con mirada asesina.

—¿Yo? ¡No! —exclamó su marido—. ¡Dios me libre!

María volvió a tumbarse apoyando la cabeza en la pierna de su padre y mirando al pobre John Nieve, al que se le había quedado cara de acelga después de que lo mataran.

—¿Cuál habríais elegido? —preguntó.

—Un Toyota Auris híbrido.

No le gustaba volar. Nunca le había gustado. Sin embargo, curiosamente, los nuevos acontecimientos habían hecho que perdiese por completo el miedo. María arrastró su maleta por el suelo de la terminal con la mirada serena y el corazón profundamente triste. Sus padres la habían acompañado y a duras penas había conseguido separarse de ellos. La noche anterior se hicieron la firme promesa de no llorar. Los tres. Pero ninguno había sido capaz de cumplirla.

Se sentó en una de las filas de bancos a esperar que las pantallas le mostrasen su puerta de embarque y se entretuvo observando a los viajeros que esperaban como ella. Había todo tipo de gente: familias con niños, parejas, personas solas... ¿Qué pensarían aquellos desconocidos si supiesen el tipo de viaje que haría ella en algún momento del futuro próximo? Sonrió burlona, probablemente llamarían a la tele. O a los loqueros. ¿Había algún teléfono de loqueros? Y, si lo hubiese, ¿qué se diría? Hola, llamo para denunciar a una loca que habla de viajar al siglo

dieciocho...

Después de dormitar con el codo apoyado en el respaldo del asiento, sosteniendo la cabeza con su mano, de un paquete de palitos de pan con pipas, una visita al lavabo y dos partidas al Candy Crush, llegó el momento de embarcar. Esperó a que todo el mundo estuviera colocado en la fila y se puso al final, no tenía ganas de estar pendiente de tonterías.

—¿Escocesa o española? —le preguntó un pelirrojo con marcado acento.

—Española —dijo ella.

—¿Es la primera vez que viajas a mi país?

—No, tengo amigos allí.

El chico se quedó a su lado y María se sintió incómoda. Estaba claro que él tenía ganas de socializar.

—¿Y tú? ¿Vuelves a casa?

—Sí, he estado viviendo un año aquí en Barcelona. Soy músico.

María sonrió, era la profesión que le pegaba.

—Me llamo Michael, por cierto.

—Yo soy María.

Michael se inclinó para darle un par de besos en la mejilla y María hizo lo propio.

—Los españoles os dais dos besos —habló él con aquel divertido acento y una enorme sonrisa—. Tuve que acostumbrarme porque nosotros solo damos uno.

—Lo sé. Tuve una clase con mis alumnos sobre los saludos en el mundo. Soy maestra de primaria —explicó al tiempo que mostraba el DNI y la tarjeta de embarque a la asistente de vuelo para que la dejase pasar.

Se sintió obligada a esperar al escocés y siguieron juntos hasta la entrada del avión, hablando

de sus respectivas profesiones.

—Yo soy guitarrista —explicó él.

—Oh, qué bien. Eléctrica, supongo.

—Sí, eléctrica. Me contratan grupos o solistas que necesitan banda. No toco solo.

—Qué curioso, nunca había pensado en ello, pero es lógico, los cantantes necesitan alguien que toque la música, claro.

—Bienvenidos. —Los recibió otra asistente de vuelo.

—¿Qué asiento tienes? —preguntó Michael mirando hacia su tarjeta.

María se la mostró y él sonrió.

—Estamos en la misma fila, pero con un asiento en medio.

Cuando llegaron a su lugar había un hombre sentado en el centro que se levantó para dejar pasar a María hasta la ventanilla.

—¿Le importaría cambiarme el sitio? —pidió Michael mostrándole su tarjeta.

El hombre frunció el ceño y miró a la joven dando por hecho que iban juntos. Finalmente, aceptó y dejó que el escocés ocupara su asiento.

El viaje fue mucho más agradable de lo que María esperaba. Michael resultó ser un compañero de vuelo divertido y con una conversación de lo más entretenida. Tenía muchas anécdotas que contar sobre sus experiencias musicales, conocía a muchos famosos y no era de esos que se daba importancia por ello. Además, se mostró interesado en el trabajo de María, recordó a algunos de sus profesores con mucho cariño, aunque también tuvo palabras menos agradables para otros. María se sentía cómoda con él y disfrutó de su compañía. A mitad de la conversación la española se ofreció a seguirla en inglés.

—Lo hablo bastante bien —dijo en su idioma—. Las chicas y yo nos apuntamos a un curso

intensivo hace años y nos hicieron inmersión lingüística. Ya sabes, poner el móvil, el ordenador y cualquier otro artilugio en inglés.

—Sí, sí, así lo hice yo con el español. Es el único modo que funciona, creo. *Ok*, hablaremos en inglés y así cuando llegemos ya estarás «inmersa» —sonrió.

Cuando bajaron del avión se despidieron antes de salir del aeropuerto. Michael se quedaba en Edimburgo y a María debían estar esperándola para ir hasta Forthland. El escocés le dio su teléfono.

—Me ha gustado mucho conocerte, María —dijo después de darle dos besos—. Me encantaría volver a verte.

La española sonrió afable y asintió con la cabeza.

—A mí también.

El escocés la saludó con la mano antes de desaparecer a través de las puertas y ella le devolvió el saludo con una extraña sensación.

—Me voy muy lejos —susurró—, no creo que volvamos a vernos.

Julia y Cristina la esperaban apoyadas en el coche y en cuanto la vieron aparecer corrieron a abrazarla.

—¡Qué ganas tenía de verte! ¿Estás bien? —preguntó Cristina escudriñándola con atención.

—Estoy bien. —Besó a sus dos amigas—. He conocido a un escocés en el vuelo. Se llama Michael y es músico.

—Eres increíble —dijo Cristina desde la parte de atrás del vehículo—. Te ligas a un escocés precisamente ahora.

—No me he ligado a nadie —respondió María mirándola por el espejo que había en el

parasol abatible—. Hemos hecho amistad, nada más.

—Ya, ya. —Cristina no parecía muy convencida.

—¿Tú no vas a meterte conmigo? —Miraba a Julia, que no apartaba la vista de la carretera.

—¿Músico? ¿Ya le has dicho que la única música que escuchas es *country* y que tu grupo favorito es Jarabe de palo? Ya te digo que se habría cambiado de asiento, ¡pero para irse al fondo del avión!

María sonrió aliviada, no quería que la trataran con cuidado.

—¿Qué tal tus padres? —preguntó Julia.

—Fatal —susurró, mirando por la ventanilla—. Hemos pasado juntos unos días maravillosos. He tratado de hacer cosas con ellos que pudiesen recordar... ¿Os acordáis de que mi madre siempre decía que quería aprender a hacer *cupcakes*?

—Sí —afirmó Cristina—, después de ver aquella película romántica en la que la chica era pastelera.

—Pues compré todos los utensilios que se venden para ese menester y nos pasamos una tarde haciendo pastelitos de todos los sabores que os podáis imaginar. Mi padre se puso fino.

Después de recordar eso se quedó pensativa. Julia la miraba a cada momento tratando de averiguar si se iba a poner a llorar. Cristina le hizo un gesto desde el espejo retrovisor para que dejara de analizar cada uno de sus gestos. Habían hablado mucho sobre lo que iban a hacer y cómo se iban a comportar, y las dos sabían que lo mejor era dejarle espacio a sus emociones para que se manifestasen como ella necesitase en cada momento.

—Nada de atosigarla —vocalizó Cris sin emitir sonido.

—Yo también te veo, Cris —avisó María con tono cansado—. No voy a hacerme pedacitos, tranquilas, chicas.

Rosario las estaba esperando con el corazón encogido y cuando vio a María las dos se abrazaron sin decir nada dejando que el calor de su cariño hablase por ellas. Después la anciana la cogió de la cintura y las dos juntas fueron hasta el salón y se sentaron en el sofá. Julia llevó la maleta a la habitación que le habían preparado y Cristina acercó una silla y se sentó frente a ellas.

—Te vamos a mimar mucho, que lo sepas —dijo Rosario—. Y tú tienes que dejarnos hacerlo.

—No tenéis que mimarme. Me arrugaré como una pasa si lo hacéis.

Julia cogió otra silla para sentarse junto a ellas y miró a su amiga con franqueza.

—Ninguna sabemos cómo afrontar esto, no intentes hacernos creer que tú sí. Estamos aterradas, enfadadas, tristes y preocupadas. Llamemos a las cosas por su nombre.

—Tienes razón —reconoció María después de un silencio sepulcral—. Lo mejor es hablar de todo sin miedo. Decir lo que pensemos sin andar con pies de plomo. Empezaré yo: estoy muerta de miedo. No sé cómo voy a enfrentarme a esto, pero no dejo de decirme que mi... nieto —titubeó—. Mejor lo llamaré Rowell.

—Sí, mejor —reconoció Cristina.

—Bien, pues no dejo de decirme que Rowell sabe que me va a ir bien y que no debo estar asustada. Conoceré a ese... James y me enamoraré de él. Veré a Laura y aprenderé a vivir en un siglo en el que no existe la luz eléctrica ni los móviles ni los ordenadores...

—Ni los tampones —dijo Cristina—. ¿Qué? ¿Os pensáis que no le importará más eso que un *iPhone*?

—Ya te digo yo que le importará muchísimo más —aseguró Rosario.

—Eso me lleva a darme cuenta de que debo aprender muchas cosas. Cosas que me ayuden

cuando esté allí. Por ejemplo, cómo hacerme una compresa con lo que podré conseguir, que supongo que será algodón y poco más.

—Deberás hacerlas con paños —intervino Rosario—. Yo puedo enseñarte a eso. Y también te enseñaré a coser y a lavar la ropa a mano.

—Rowell quiere hablar contigo —interrumpió Cristina—. Para él todo esto es...

—Lo imagino, Cris. No quiero ni pensar lo solo y angustiado que debe haber vivido todos estos años. Yo también quiero conocerlo.

—Está en la taberna, esperando. ¿Quieres que vayamos ahora?

María asintió. Desde que había descubierto lo que le iba a ocurrir ese era el momento que más ansiaba. Conocer a Rowell Done.

—Id vosotras —dijo Rosario—. Esta noche me explicáis cómo ha ido.

La maestra cogió a la anciana de las manos.

—Mañana empezamos con esas clases, Rosario —aseguró y después la abrazó.

Rowell se puso de pie para recibirla. La taberna estaba llena de gente, así que Evan les ofreció el cuartito que utilizaban de despacho y que Julia había arreglado hasta convertirlo en un lugar agradable y sin trastos.

Los dejaron solos y durante un rato se quedaron de pie, mirándose, analizando sus facciones y preguntándose toda clase de cosas.

—Eres muy guapo —dijo María sonriendo.

—Tú también. Y muy joven.

Se notaba la emoción que el escocés estaba tratando de mantener contenida.

—Todo esto ha debido de ser muy difícil para ti —empezó la española.

—¿Puedo...? —Dio un paso hacia ella. Era tan pequeña como la recordaba y sus ojos tenían el mismo brillo de bondad con el que siempre lo miraba—. ¿Crees que podría abrazarte?

María extendió los brazos al tiempo que asentía y de repente se vio rodeada por aquel hombretón, demasiado grande y demasiado fuerte, que la abrazó con tal ternura que la emocionó. Permanecieron así unos segundos y cuando Rowell se apartó tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Gracias. —Sorbió por la nariz y recuperó la compostura.

—No tienes que agradecerme nada. No todos los días conoce una a su nieto sin ni siquiera haber tenido hijos. —Se rio divertida y consiguió arrancarle una sonrisa—. Sentémonos, me parece que esta conversación va a ser muy larga.

## Capítulo 2

Hablaron durante horas. Rowell respondió a todas sus preguntas, aunque, por desgracia, no pudo aclararle las dudas más importantes. No sabía nada del modo en el que sus abuelos se conocieron ni cómo llegó a Turlom. Los jóvenes no suelen preocuparse por esas cosas. Pudo hablarle de todo lo que hacía referencia a su relación con ellos. Las cosas que habían vivido juntos, las que él había visto y las que le habían contado.

—Mis abuelos eran muy reservados. Les gustaba contar historias, pero rara vez tenían que ver con ellos —dijo Rowell.

—¿No mencionaron nunca España o algo que tuviese que ver con su origen, su familia...?  
—insistió María—. Piensa bien. Algo que te llamase la atención...

Rowell arrugó el ceño pensativo.

—Solo la historia del soldado español que se casó con mi tía Ailsa.

María abrió los ojos como platos.

—¿Qué?

El escocés asintió con la cabeza.

—Curioso, ¿verdad? —sonrió.

—¿Cómo que se casó con un soldado español? ¿Qué pintaba un soldado español en Escocia?

Rowell mostró una enorme y preciosa sonrisa.

—Es una larga historia que no tiene nada que ver con esto.

—¿En serio crees que no tiene nada que ver? ¿Un soldado español en Escocia, al que probablemente voy a conocer, y te parece que eso no tiene nada que ver con todo esto? —Hizo gestos como si con «esto» se refiriese a la habitación en la que estaban—. Ya estás tardando en

contármelo todo.

—Como quieras. —Se puso de pie—. Pero déjame que vaya a buscar algo de beber porque vamos a estar un buen rato.

María lo miró mientras salía del cuarto y después volvió a su posición inicial sin poder quitarse la expresión de sorpresa de su cara. ¿Qué clase de rocambolesca historia era todo aquello?

—Ya estoy aquí. —Cerró la puerta tras él de un puntapié porque llevaba las manos ocupadas con dos jarras de cerveza—. Me ha dicho Evan que te gusta la cerveza.

—Sí, me gusta, aunque eso es demasiada cerveza.

—Tranquila, es una historia larga. —El escocés se sentó, dio un trago a su bebida y comenzó la narración—. Supongo que estás familiarizada con la historia de tu país.

—Soy profesora —respondió ella.

—Entonces no hace falta que te hable de la Guerra de Sucesión que acabó con la firma del Tratado de Utrech en el que se aceptaba la victoria de Felipe V frente a Carlos de Austria.

María asintió.

—En Cataluña se tiene muy presente esa contienda —dijo.

—Ya. Barcelona se rindió el once de septiembre de 1714 —siguió Rowell—. Pero, después de firmar el tratado, el rey Felipe V decidió saltarse los principales preceptos que había aceptado y se ganó unos cuantos enemigos, entre ellos Gran Bretaña que le declaró la guerra. Cuando el rey tuvo claro que ya no había marcha atrás, en lugar de amedrentarse, decidió contratacar y buscó apoyos en Suecia y Rusia para colocar al rey Jacobo en el trono de Inglaterra. Y ¿a quién le interesaba esa posición?

—A los escoceses —terminó María.

—A una parte, al menos, entre los que me hallo —sonrió con tristeza—. El rey español envió un batallón de soldados, además de fragatas y armas. Trescientos españoles dispuestos a luchar con nosotros por colocar al rey Jacobo en el lugar que le corresponde... correspondía. Como comprenderás, esos soldados tienen toda mi simpatía.

María se dio cuenta de la tristeza que hablar de aquello provocaba en el escocés, para el que su historia se encontraba a unos pocos años de distancia.

—Esos aguerridos españoles se unieron a los MacKenzie en el castillo de Eilean Donan, ¿lo has visitado?

María asintió de nuevo.

—Desde allí prepararon una ofensiva sobre Inverness para arrastrar a cuantos más clanes mejor, pero al no encontrar apoyo desistieron y se quedaron en el castillo con los MacKenzie dispuestos a plantar cara a los ingleses. Por supuesto, como ya debes saber, los nuestros perdieron.

—¿Y el soldado español escapó?

—Cuando los ingleses entraron en Eilean Donan, y ya no había nada que hacer, algunos hombres saltaron desde las ventanas. Milagrosamente, un par de ellos consiguió salir de allí con vida tirándose al agua y nadando para alejarse de los ingleses. Uno de ellos fue Ramón Borrell, mi tío español.

—Pero Eilean Donan no está cerca de Turlom.

—Ramón no tuvo problemas para encontrar quién le ayudara entre los habitantes de las Highlands. Todo el mundo sabía la actitud heroica que habían tenido los españoles. Lo escondieron de los ingleses, le dieron techo y comida y lo ayudaron a desplazarse lejos de allí...

—Hasta Turlom.

—Todo el mundo sabía que los Darroch eran de fiar y mis dos abuelas eran españolas, así que no había un mejor lugar. Allí conoció a mi tía, se enamoraron...

—¿Y se fueron a vivir a España?

Rowell asintió con la cabeza.

—Qué curioso —dijo María pensativa—. Quizá ese Borrell tenga algo que ver con todo esto. Quizá él es el principio de todo.

El escocés la miraba sin comprender.

—¿A qué te refieres?

—No tengo ni idea.

—Imposible que yo te salvara —negó María cuando le relató el suceso en el lago negro—. ¡Tengo terror al agua y no sé nadar!

—Pues tendremos que solucionar eso —sonrió—. No tengo ningunas ganas de morir ahogado siendo un crío.

María lo miró con atención.

—¿Qué pasa? —preguntó él sin dejar de sonreír.

—Busco parecidos.

—¿Parecidos con quién?

—Conmigo. Con mis padres...

De repente Rowell se dio cuenta de que sus bisabuelos estaban vivos y eran relativamente jóvenes en esa realidad.

—Tienes que ir a conocerlos —dijo María—. Cuando yo no esté se sentirán muy solos y estoy segura de que tenerte a ti cerca les ayudará.

Rowell asintió lentamente.

—Yo aprenderé a nadar, pero tú tendrás que aprender a hablar español.

—Sé decir «gilipollas» —respondió el escocés con expresión burlona.

—Por algo se empieza.

—Vendrás a vivir al castillo. —Se puso serio—. Tengo muchas cosas que explicarte. Te enseñaré todo lo que necesitas saber para poder defenderte en mi mundo. No iremos a la cueva hasta que estés preparada.

—¿Sabes cuándo ha de ocurrir?

—No. He pensado mucho todo este tiempo, tratando de recordar algún detalle que nos ayude, pero no he podido recordar nada. ¿Cuántos años tienes ahora?

—Veintisiete.

—Vale. —Hizo algunos cálculos mentalmente antes de hablar—. Según creo te quedan unos dos años hasta que nazca mi padre. Él es tu primer hijo.

—Dos años... —musitó, emocionada—. Mi primer hijo... No sabes cómo suena eso.

—Creo que hay cosas que no debo decirte. Por ejemplo, el nombre que les pondrás o cosas que te vi hacer con ellos. Creo que no debemos estropearle la sorpresa.

María sonrió con ternura ante aquel comentario que demostraba tanta sensibilidad.

—No sé cuánto tiempo tardó el abuelo en conquistarte. —Frunció el ceño—. Y eso sí que creo que sería mejor que lo supieses.

—¿Y por qué crees que me conquistará él? Quizá sea yo la que lo haga.

Sonrió, divertido.

—¿Te recuerdo la época en la que vas a vivir?

—Ya, ya sé. Pues te advierto que ese va a ser un problema serio. Soy una redomada

feminista.

—Todas las mujeres de mi familia lo eran. Recuerdo que cuando llegué aquí me sorprendió el hecho de que las mujeres no hubiesen conseguido aún reclamar todos sus derechos. Conociendo a las mujeres Darroch y Done, siempre creí que en doscientos años mandaríais en todos los frentes.

—El hombre se resiste a dejar la vara de mando.

—Ahora que sé lo que sé no me extrañaría que mis abuelas tuviesen algo que ver en el cambio de miras femenino. Durante siglos las mujeres soportaron su rol sin apenas resistencia y de repente...

María se echó a reír a carcajadas.

—¡Claro, ahora será culpa nuestra!

—¿Por qué no? ¿Te parece imposible? Dos mujeres del siglo XXI que viajan en el tiempo trescientos años atrás deben influir inevitablemente en sus congéneres. ¿No lo crees así?

La maestra tuvo que dejar de reír. Aquello no era ninguna tontería. Se quedó pensativa.

—Vaya —susurró después de unos segundos—. Sería un maravilloso legado.

Rowell se encogió de hombros y sonrió.

—Tenemos mucho que hacer. —Se puso de pie.

—Pero nos quedaremos un par de días. Quiero estar con Julia al menos eso.

Su nieto asintió y ella volvió a abrazarlo con cariño.

—Eres enorme.

Cristina y Rowell se quedaban en el hotel de Leod, pero aquellas noches las tres dormirían en

casa de Rosario, juntas en la misma habitación, como hacían cuando había algo que compartir, celebrar o lamentar.

—¿Os dais cuenta? —María abrazaba un cojín sentada con la espalda apoyada en el cabecero mientras Julia y Cristina estaban sentadas a los pies de la cama para tenerla enfrente—. Voy a tener tres hijos. Siempre pensé que me quedaría sola.

—Está claro. —Cristina miró a Julia—. Es *idiota*.

Los ojos de María se llenaron de lágrimas.

—¡Oh! —Cristina corrió a abrazarla—. Soy una insensible.

—No me emociono porque me llames idiota, Cris. Es que me he dado cuenta de que el hombre al que amas es mi nieto y eso te convertirá a ti en mi nieta. Tus hijos... ¿Os dais cuenta? ¡Es tan bonito!

Julia se echó a reír a carcajadas y las otras dos la miraron sorprendidas.

—¿De qué te ríes?

—Lo siento, chicas, es que es raro —dijo sin parar de reír.

María y Cristina también se rieron al darse cuenta.

—De verdad, tenemos que dejar de hacer esto. —María se bajó de la cama y cogió la tableta de chocolate que había comprado en el aeropuerto y le dio un pedazo a cada una antes de volver a su sitio en la cama—. Llevo unos días en el túnel de la emoción perpetua, necesito reírme y dejar de sentirme un *teletubi*.

—Es la hora de los *teletubis* —dijo Cristina poniéndose de pie encima de la cama.

—Es la hora de los *teletubis*. —Julia la imitó y saltaron al suelo empezando a correr por la habitación.

—*Tinki winki, Dipsi, Lala, Pó. Teletubis, teletubis. ¡Un abrazo!*

María las miraba desde la cama comiendo chocolate y aguantándose la risa.

—Sois más tontas que las piedras, vais a despertar a Rosario.

Julia volvió a sentarse a los pies de la cama y Cristina se tumbó bocabajo mirando a María.

—Mi abuela duerme muy poco. Desde siempre. Cuando nos trasladamos a vivir con ella creía que no dormía nunca porque estaba despierta cuando me iba a dormir y también cuando me levantaba.

—Mi madre también —dijo María riéndose.

—Y la mía —añadió Cris.

—Ya, pero es que después, cuando empezamos a salir por las noches, también —siguió Julia.

—Eso mi madre no, aunque siempre tenía que despertarla cuando llegaba para que «durmiese» tranquila. —María hizo las comillas con los dedos.

Las tres amigas sonrieron, sabían bien que la madre de María era una marmota.

—¿Estás muy asustada? —preguntó Cristina al ver la sombra que cruzó el rostro de su amiga.

La interpelada asintió sin disimulo.

—Muchísimo. Por cierto, quiero ver el dibujo, tengo que conocer a mi futuro marido.

Julia frunció el ceño con expresión pensativa.

—No estoy segura de que sea buena idea —admitió.

—¿Cómo que no?

—¿No debería ocurrir de manera espontánea? Quiero decir que no hay que manipular al destino...

—Nadie va a manipular nada, pero sé demasiadas cosas y no quisiera meter la pata. No sea que me equivoque de tipo y la líe.

Julia asintió y fue en busca de la acuarela que había pintado su madre. Cuando María la tuvo en las manos suspiró.

—Es imposible —susurró.

—¿Qué es imposible?

—Que un hombre como este se fije en mí. —Dio la vuelta a la pintura para mostrársela a sus amigas mientras hablaba—. ¿En serio creéis que tengo alguna posibilidad con este pedazo de hombre?

—¡María! —exclamó Cristina apoyando las rodillas y sentándose sobre sus pies, visiblemente enfadada—. ¿Por qué sigues haciendo eso? ¡Ya vale! Tienes casi treinta años, ya es hora de que madures.

—Vale, vale.

—No, en serio. No puedes seguir maltratándote de ese modo. Eres tú la que pones falsas ideas en la gente. Las personas no son entes perfectos, todos tenemos defectos e inseguridades, pero no por eso tenemos menos derecho a que nos quieran.

—Amén —Julia asintió ante la vehemencia de su amiga.

—Con esa actitud tú misma lo ahuyentarás —dijo Cristina.

Julia las miraba a ambas con una expresión extraña.

—¿Qué estás pensando? —preguntó María.

—No me gusta —respondió, negando al mismo tiempo con la cabeza. Se puso de rodillas, sentándose también sobre sus pies como había hecho Cristina.

—A mí tampoco me gusta esa actitud de...

—No, no me refiero a eso, Cris. Lo que no me gusta es que estamos dando por hecho que María no tiene nada que decir a todo esto, como si tuviera la obligación de enamorarse de James

Done, propiciar que suceda.

Cris la escuchaba con el ceño fruncido y María con expresión pensativa.

—¿Y no es así?

—¡No, María! —exclamó Julia—. Claro que no es así. Puedes decidir.

—Pero es mi destino.

—Pero no puede ser algo grabado a fuego, tú tienes derecho cambiarlo. Aceptamos que viajarás, independientemente de lo que hagamos. Que tu destino es vivir en otro siglo, pero eso no significa que tengas que seguir unas rígidas pautas para conseguirlo. No creo eso en absoluto. Te enamorarás de James Done si es el hombre adecuado para ti. Y él se enamorará de ti si eres la mujer adecuada para él. No puedes forzar los acontecimientos.

—Me va a estallar la cabeza. —Se apartó el cabello hacia atrás—. Cada vez que pienso en ello me agobio. No sé si debo colaborar con el destino, si debo dejarlo hacer, si debo resistirme. No sé nada.

—Y no tienes que saberlo. —Julia se acercó hasta ella—. Simplemente tienes que ser tú, actuar tal y como los acontecimientos te exijan o como desees en cada momento. Si no amas a ese hombre, no debes casarte con él solo porque sepas lo que eso traerá en el futuro. Lo he pensado mucho desde que descubrimos todo esto. Yo no perdería a Evan ni a este niño que llevo en mi vientre porque no se puede perder lo que nunca se ha tenido. Si no ocurriese y tu vida fuese distinta, tienes que saber que no lloraré por algo que nunca sabré que tuve. Ni Cristina tampoco. —Miró a su otra amiga, que tardó unos segundos en interiorizar lo que Julia decía—. Las cosas son así en este plano de existencia, pero si no suceden de este modo, jamás lo sabremos.

María asintió, entendía muy bien lo que Julia trataba de decirle.

—Lo sé. Yo también lo he pensado. Sé que si no amo a James Done y no me caso con él y no tengo hijos con él todo esto que hemos vivido no sucederá del mismo modo. Y también sé que ninguno de nosotros lo lamentará porque nunca lo sabremos. Y lo que suceda en su lugar no tiene por qué ser algo malo, ¿no os parece? Habrá otras personas, otras circunstancias...

—¿Y qué pasa con lo de la media naranja? —preguntó Cristina muy seria—. ¿Qué pasa si realmente solo hay una persona que nos complementa?

Sus dos amigas la miraron y no supieron qué responder.

Cristina se deslizó bajo las sábanas y buscó la calidez del cuerpo masculino. Se acurrucó entre sus brazos que, instintivamente, se habían desplegado para abrazarla.

—¿Qué hora es? —preguntó somnoliento.

—La seis de la mañana —musitó ella.

Rowell abrió los ojos y parpadeó varias veces para enfocar la mirada, después cogió su barbilla y la obligó a mirarlo.

—¿Estás llorando?

Ella bajó la cabeza y se pegó más a él.

—¿Qué ocurre, Cris? —Su abrazo la apretó contra su cuerpo—. ¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada, solo quiero que me abracés.

María la vio salir del cuarto y no dijo nada. La había escuchado llorar y sabía perfectamente el motivo. Cristina nunca había amado a ningún hombre y lo que sentía por Rowell era verdaderamente profundo. La sola idea de perderlo la estaba haciendo sufrir. Suspiró, tratando de relajar la tensión que sentía. Una tensión que no la abandonaba desde que supo lo que le

esperaba. Las pesadillas habían cesado, pero seguía durmiendo mal.

Miró el reloj de la mesilla y vio que ya eran las seis de la mañana. Apartó las sábanas con cuidado de no hacer ruido para no despertar a Julia y salió de la habitación para prepararse una infusión.

—¿Ya estás levantada? —dijo al ver a Rosario preparando café.

—Sí, hija, aquí duermo tan poco como en España.

María le dio un beso de buenos días y cogió una taza para calentar agua.

—¿Vas a hacerte un té? Ahí tienes la tetera —señaló el lugar—. La compré para ti.

María sonrió con ternura y le dio otro beso.

—¿Qué tal la noche? Estuvisteis haciendo ruido hasta muy tarde.

—Lo siento, Rosario. Encima no te dejamos descansar —dijo, haciendo pucheros.

—Bah, ya descansaré cuando me muera.

—Me voy a marchar con Rowell y Cristina al castillo de Kinmore —le anunció María cuando estuvieron sentadas a la mesa.

—Lo imaginaba. Supongo que ese muchacho podrá contarte muchas cosas que te serán de utilidad.

—Sí, y quiere enseñarme a nadar. —Bebió un sorbo de té después de soplar un buen rato en la superficie.

—¿Enseñarte a nadar?

María asintió.

—Al parecer su abuela lo salvó de morir ahogado cuando era un crío y cuando supo que no sabía nadar...

—Me lo imagino. La vida se ha convertido en algo muy extraño para mí. Con los años que tengo y aquí estoy, hablando de cosas increíbles como si nada.

—Si al menos pudiese llevarme algo...

—¿Y qué te ibas a llevar? —preguntó la anciana, pensativa—. No podría ser nada que tuviese que ver con la tecnología, solo algo que pudieras encontrar allí.

—No sé, algún recuerdo.

Rosario asintió comprensiva y se llevó la taza de café con leche a los labios.

—No debería pensar en esto —dijo María—. Tendría que disfrutar del momento.

—Es lo único que tenemos, aunque no nos demos cuenta: el momento. Tú sabes lo que te va a pasar, cariño, nada más. A veces me pongo a pensar en la muerte. Es inevitable, supongo. Me imagino desapareciendo de aquí, dejando esta silla vacía, mi espacio en el mundo. Y veo cómo la vida sigue para todos sin mí. Es triste, doloroso incluso. Pero no es real.

María frunció el ceño sin comprender.

—Yo nunca viviré eso. La muerte y la vida son incompatibles. Mientras yo esté ella no estará, de manera que todo eso que imagino no tiene razón de ser. El día que muera el mundo se apagará por completo. Todos morirán conmigo.

María asintió despacio, empezaba a entender lo que quería decir.

—Nada continuará sin mí, ¿lo entiendes? Es un error eso que tanto tememos. El mundo solo existe para uno mientras él existe. Así que no hay nada que temer ni nada por lo que lamentarse. Simplemente hay que vivir, disfrutar de las cosas sencillas y seguir respirando.

—Eso quiero hacer.

—Pues hazlo. No dejes que un incierto futuro gobierne tu presente. No olvides nunca que el presente es lo único que tienes. Vívelo como tú decidas y no pienses en nada más. Todo eso del

destino y de lo que no será si tú no haces esto o aquello es tan falaz como mis pensamientos sobre la muerte. Tu vida es solo tuya.

María sintió que dejaba el lastre. Fue como si un enorme peso cayera de sus hombros y se colara por las rendijas del suelo.

—Gracias, Rosario. —Puso una mano sobre la de la anciana.

La abuela de Julia sonrió.

## Capítulo 3

Rowell y Cristina esperaban junto al coche mientras María se despedía de todos. Evan la abrazaba con cariño y la española se veía muy pequeñita en sus brazos.

—¿Por qué sois tan grandes en esta familia? —dijo, riendo para disimular su emoción.

Leod se acercó y la abrazó también.

—Si esto se retrasa, vuelve —pidió cuando se separaron.

María asintió.

—Solo nos llevamos una botella de tu *drambuie*. —Le guiñó un ojo—. No durará mucho.

Después le tocó el turno a Rosario, que la abrazó como solo las abuelas sabían abrazar y le soltó una retahíla de consejos sabios que incluían la comida y el abrigo, como no podía ser de otro modo.

Julia y María se miraron unos segundos antes de abrazarse también. Durante un buen rato estuvieron así, sintiendo el calor de la otra sin decir nada. No había palabras que pudiesen expresar lo que ambas sentían y no perdieron el tiempo intentándolo. Habían pasado aquellos días compartiendo todos los momentos que habían tenido y disfrutando de la mutua compañía, como siempre que estaban juntas. María se empeñó en ir a comprar cosas para el bebé sin hacer caso a la estúpida idea de que eso traía mala suerte. Así que Julia aceptó tener una cuna blanca con cuentas redondas y un carrusel con pececillos de colores que giraba al son de una dulce música infantil. También compró un pijama de oso y un elefantito que aseguró que se parecía a ella. Cada noche habían disfrutado de largas charlas hasta altas horas de la madrugada. Hubo tiempo para reír y llorar, para charlar y para recordar. Le dieron tantos mensajes para Laura que tendría problemas para recordarlos todos. Aunque también sabía que habría mucho tiempo para

ello, ya que las dos iban a envejecer juntas.

Cuando se subió a la parte de atrás del coche ya no se reprimió más y dejó que las lágrimas brotaran sin complejos. Julia no dejó de agitar su mano hasta que el coche de Rowell se perdió en la carretera. Después Evan la abrazó y todos volvieron a casa dejando tras ellos la estela de un momento que nunca querrían olvidar.

—No voy a coger ese cuchillo —dijo María con expresión intransigente.

—Tampoco ibas a matar un pollo —argumentó Rowell con una sonrisa burlona.

—Eso lo hice por pura supervivencia. Tendré que comer.

—Esto también es pura supervivencia. No sabemos con quién te cruzarás, mejor estar preparados.

—De ninguna manera le voy a clavar eso a nadie, no sabes lo que dices.

—No pensemos en ello, simplemente aprenderás a utilizarlo y si no tienes que hacerlo nunca, pues mejor.

Estaban en la parte de atrás del castillo y María se paseaba de un lado a otro como un ratón enjaulado.

—Deberías llevar ropas de mi época. —Su nieto frunció el ceño—. Es mejor que aprendas a defenderte llevando esas ropas. Con esos pantalones te resultará demasiado sencillo.

—Está bien, lo haré —dijo María malhumorada acercándose para coger el cuchillo que él le ofrecía—. Pero ni sueñes que voy a utilizarlo.

Rowell empezó el entrenamiento y la aleccionó durante una hora en la que ella acabó en el

suelo muerta al final de cada intento.

—No te lo tomas en serio —reprochó el escocés con las manos en la cintura y mirándola con semblante grave desde su altura.

María se apoyó en los codos mirando a su nieto con expresión enfadada.

—Deberías tenerme más respeto. ¡Soy tu abuela, niño!

El rostro de Rowell se fue transformando en una mueca hasta que rompió a reír a carcajadas. María lo miraba con la misma expresión y sin comprender qué era lo que le hacía tanta gracia.

—¡Ha sido increíble! —exclamaba el escocés sin dejar de reírse—. Eres igualita a como te recuerdo. Igualita.

—Me alegra que te haga tanta gracia eso de tirarme al suelo un montón de veces. —Se sacudió la tierra de la ropa—. Yo no sirvo para esto, ya te lo dije.

—Seguiremos intentándolo hasta que lo consigas —sentenció Rowell frotándose los ojos húmedos por la risa—. Y esta tarde iremos al lago.

—No, no, no, no, de eso nada. —María caminó hacia el castillo seguida del escocés—. Es demasiado pronto.

—Llevas aquí quince días, no es demasiado pronto. Lo que pasa es que tienes miedo.

—¡Miedo es poco! —exclamó, apresurando más el paso—. Tengo pánico del agua, ya lo sabes.

—Yo estaré contigo, no tienes nada que temer.

Cristina salió a recibirlos al escuchar sus voces.

—¿Qué os pasa?

—Que tu novio es un cabezota —dijo María malhumorada—. «Coge la azada, mata un pollo, usa el cuchillo, nada en el lago...». Es un mandón insoportable.

—No sabemos cuánto tiempo tenemos —respondió Rowell sin rastro de la risa de hacía un momento.

—No, no lo sabemos- —María se volvió hacia él—. Y quizá debería estar aprovechando mi tiempo como mejor me pareciese, ¿no crees?

—¡Trato de ayudarte! —gritó él furioso—. ¡No sabes a lo que vas a enfrentarte!

—¡No, no lo sé! —le gritó ella también—. Y se supone que así es como debe ser. Es mi vida, no la tuya.

—También es la mía. —Bajó el tono y mudó su rostro a una expresión triste.

—No puedes hacer eso. No puedes hacerme sentir responsable de todos. Debo pensar en mí.

—Por supuesto —intervino Cristina también muy seria—. Esto se acabó. No volverás a hacerlo, Rowell. Desde hoy la dejaremos tranquila, hará lo que quiera y solo le enseñarás lo que ella te pida que le enseñes. Puedes hablarle de tu mundo, de tu época y contarle lo que quieras como me lo has contado a mí. Pero no la obligarás a hacer nada.

—Pero...

—¡No! —exclamó rotunda al tiempo que negaba con la cabeza. Tenía los ojos llenos de lágrimas—. Ya está bien. Laura no se preparó, llegó allí sin aviso y sin ayuda de nadie. Y salió adelante. María también lo conseguirá.

María la miró con semblante asustado.

—A Laura intentaron violarla tres energúmenos —musitó—. Yo no soy como Laura, si me pasa algo así no habrá quién me salve.

Cristina frunció el ceño sin comprender.

—No puedo llegar allí sin prepararme —siguió diciendo María—. Rowell tiene que seguir ayudándome.

El escocés la miró incrédulo y después soltó el aire de sus pulmones con un bufido.

—De verdad que a las mujeres no hay quien os entienda. —Se dio la vuelta para salir del salón—. No importa de qué siglo sean, son totalmente incomprensibles.

María se acercó a su amiga.

—Esto es peor que una subida hormonal —sonrió—. Hace un momento estaba dispuesta a matarlo si volvía a darme una orden. Pero cuando tú has hablado de que me dejase a mi aire... ¡Me he muerto de miedo!

—Ven, María. —Cristina la había cogido de las manos y la arrastró hasta uno de los sofás—. Tienes que aclararte, debes tomar las riendas y ser tú la que decida lo que quiere o no quiere hacer. Respira hondo. No te vas a ir mañana. Rowell no te llevará a la cueva hasta que no estés lista.

—Lo sé, lo sé, pero no puedo evitar ese sentimiento de fatalidad que me embarga cada vez que cierro los ojos. Y me irrito con él porque necesito enfadarme con alguien, pero sé que está intentando ayudarme y también sé que lo necesito. Así que, no te preocupes, no volveré a perder la paciencia y me comportaré como una abuelita encantadora —dijo, sonriendo burlona.

Cristina movió la cabeza y puso los ojos en blanco.

Durante las semanas siguientes María y Rowell se hicieron íntimos amigos. El escocés aprendió a relacionarse con ella borrando de su mente el hecho de que era su abuela, al menos la mayor parte del tiempo, mientras que María se dejó guiar enfrentándose al miedo para superar las metas que él le ponía. La enseñó a montar a caballo, a destripar el pescado, a trocear un pollo y un conejo después de matarlos, claro. A cortar leña, a encender la chimenea... Aprendió el nombre de los pájaros y de las plantas, de los arbustos y los árboles. Le dio una clase completa

de geografía mostrándole en un mapa, que él mismo había dibujado, cómo era Escocia en su tiempo. Y no solo la enseñó a nadar, sino que incluso consiguió que le gustase.

María estaba de pie frente a la entrada abandonada del ruinoso castillo de Turlom. Rowell y Cristina se habían quedado un poco rezagados. El escocés sentía aquel indescriptible sentimiento que le embargaba siempre que estaba en ese desolado paraje de su memoria.

Las tres plantas se elevaban hacia el cielo mientras que la torre descabezada se abría desnuda y silenciosa.

—Ya había estado aquí —dijo María sin girarse a mirarlos—. Julia nos trajo a las tres. Pero entonces no sabía lo que ahora sé.

Cristina se acercó colocándose a su lado y mirando, como ella, la ruda y sólida piedra.

—Ahora resulta escalofriante —musitó Cristina.

Las dos se volvieron hacia Rowell, que tenía los ojos cerrados y mostraba las manos abiertas. Con voz profunda cantó una dulce canción en una lengua que ninguna de las dos comprendía y que dedujeron se trataría de gaélico escocés. Durante el tiempo que duró aquella nana las dos permanecieron mudas y agarradas de la mano como si de un canto mágico se tratase. Cuando terminó, Rowell abrió los ojos y las miró a ambas con evidente emoción.

—Esta canción me la cantaba mi madre cuando era un niño. Y a ella se la cantaba su madre cuando vivía aquí. Mi abuela Laura.

María sintió una punzada en el corazón y comprendió la profunda tristeza que lo embargaba en ese momento. Aquellas ruinas eran parte de su vida, de sus recuerdos. Allí deberían estar todos aquellos a los que amó y ahora tan solo había silencio. La maleza había ido ganando

terreno y las plantas trepadoras se habían colado por los huecos abiertos.

—Vamos. —El escocés se recuperó—. Te explicaré exactamente cómo era este lugar. Esa era la puerta principal y ahí al lado había un pequeño muro. Detrás de esa piedra estaban las cuadras y desde aquí se veía la casa de Rose y Duncan, el mayor haragán que he conocido jamás. Venid, entremos.

María caminaba a su lado y Cristina los seguía dejándoles espacio. Rowell fue describiendo las estancias, una tras otra, dejando que su voz fuese dibujando cada mueble, cada cuadro y objeto que incluían las habitaciones. María casi podía oler el humo de las velas y llegó a percibir en el paladar el sabor del guiso que se estaba cocinando en la olla que colgaba sobre el fuego. Recorrieron todo el castillo y cuando volvieron a estar frente al rudo edificio de piedra tuvo la sensación de que había sido reconstruido y sus paredes se mostraban ahora tal y como fueron en el pasado.

—En esa alberca me metió una vez mi abuelo después de tener una pelea con mi primo Ian —explicaba Rowell—. El agua estaba helada, hacía un frío terrible.

—Connell debió de ser todo un personaje —dijo Cristina.

—No, no fue Connell, fue el abuelo James —respondió, mirando a María que se sonrojó inevitablemente—. Era un hombre duro y de pocas palabras, pero te aseguro que cuando él hablaba todo el mundo callaba. La abuela Laura había organizado un banquete, como todos los años, para celebrar tu cumpleaños.

Las dos amigas lo miraban con curiosidad y se cogieron de la mano como si quisieran ir juntas en ese viaje.

—Lo hacía cada año. Invitaba a las dos familias y preparaba una succulenta comida con todo tipo de platos. Después había baile y juegos para los niños. Lo pasábamos genial. Era el inicio de

las Navidades y nunca faltó nadie a la cita.

—Rowell... —María lo miraba muy seria—. Nunca hemos hablado de esto, pero cuando desapareciste tenías veinticinco años. Yo... Laura... ¿Habíamos...?

—No me preguntes eso —pidió el escocés—. Nadie debe conocer el día de su muerte.

María asintió comprensiva. Tenía razón, pensó mientras miraba de nuevo la imponente fachada del castillo de Turlom. Aunque con su silencio había respondido de algún modo. Estaba claro que en ese momento ya habían muerto, si no lo habría dicho. Pero era cierto que era mejor no saber el momento exacto en que ocurrió. No sería agradable tener esa fecha en tu calendario, siempre presente, siempre amenazante.

De repente se dio cuenta de que ya estaba lista. No fue una sensación apoteósica ni un estruendo magnífico. La sensación fue más placentera y sosegada, algo así como un aleteo suave y delicado en su nuca. Y de pronto la calma más absoluta se propagó por sus venas relajando su ánimo hasta hacerla sonreír.

—¿Por qué sonríes? —preguntó Cristina.

María la miró a ella y después a Rowell sin decir nada, dejando que sus ojos hablaran por ella.

—¿Quieres acampar esta noche? —Cristina, de rodillas en la cama, fruncía el ceño mirando a Rowell—. ¿Para qué tenemos que hacer eso?

El escocés estaba de lado con la cabeza apoyada en la mano mientras el codo hacía de contrafuerte.

—No sabemos cuándo viajará. Si llega allí siendo de noche, ¿qué crees que pasará?

—Se morirá de miedo.

—Pues por eso. Debo enseñarle a encender un fuego, a escuchar los sonidos de la noche. Le explicaré como debe resguardarse en caso de que haga frío o esté lloviendo...

Cristina arrugó la nariz con desagrado. No le gustaba la idea de pasar una noche a la intemperie con todos esos bichos campando a sus anchas.

—Puedes quedarte, si quieres —dijo él y estirando el brazo la atrajo hacia él.

Cristina se apoyó en su pecho musculoso y lo miró con aquella expresión que solo él había visto en sus ojos.

—Yo prefiero que vengas —susurró, acariciándole el pelo—. Aunque no podré hacer lo que querría estando mi abuela allí.

—No la llames así. Aún no es tu abuela. Ahora es mi amiga.

Rowell sonrió divertido al tiempo que ponía las dos manos en su trasero y movía ligeramente las caderas hacia ella.

Cristina sintió cómo su cuerpo se encendía. Era sorprendente el poder que tenía sobre ella. Casi tan abrumador como el que ella ejercía en el escocés. Se inclinó para rozar sus labios con la punta de la lengua y enseguida notó cómo crecía contra su pelvis.

## Capítulo 4

Cristina entró en la biblioteca con dos tazas de té. Dejó la de María sobre la mesa para ir a recostarse en el sofá con la suya entre las manos. Su amiga hablaba por teléfono con su madre.

—Claro que no, mamá, nunca había sacado las tripas de un pescado. Ya no hace falta hacer eso, te lo hacen todo en el mercado. Además, yo suelo comprarlo congelado y limpio. —Hizo un gesto para agradecer la taza de té y se la llevó a los labios mientras escuchaba la disertación de su madre sobre lo bueno que era saber hacer todas esas cosas inútiles—. Bueno, pues entonces estarás contenta porque ya sé hacerlo todo. Sí, papá, también me ha enseñado a nadar. Vale, me alegro de que tuvieras tanta confianza en mí. Sí, es ironía, papá. ¿En serio? ¿Y qué os ha dicho? ¡Debe estar muy mayor!

Cristina la vio reír a carcajadas y sonrió de manera mecánica. Podría decirse que en esos momentos era muy feliz. Cuando María terminó de hablar con sus padres cogió la taza y fue a sentarse con ella al sofá. Levantó los pies de su amiga y los colocó sobre su regazo.

—Este té es delicioso. —Puso los ojos en blanco—. Vainilla y caramelo. Lástima que no pueda llevarme unas cuantas bolsitas. ¿Rowell está con el arquitecto?

Cristina asintió. Había sido María la que se había percatado de la anomalía en la última planta.

—¿Por qué alguien ocultaría esa habitación? —preguntó la maestra antes de beber otro sorbo de su delicioso té.

Cristina se encogió de hombros distraída.

—No tengo ni idea, vete tú a saber.

—Espero que no haya ningún cadáver allí escondido.

—El arquitecto está evaluando los desperfectos que se producirán en el salón contiguo. En realidad, no es una habitación tapiada, lo que hicieron, según él, fue aislar una parte del salón. Esconderlo. Y parece que no es la primera vez que ve algo así, dice que era algo muy habitual en los castillos construir cámaras secretas para ocultarse en caso de necesidad.

—Pero esa cámara no tiene puerta de ningún tipo —objetó María.

—Según él debió tapiarse años después.

Durante unos segundos reinó el silencio en la habitación y eso le sirvió a María para darse cuenta de que Cristina estaba preocupada por algo.

—¿Te ocurre algo?

—María, tienes que ayudarme —dijo Cristina muy seria—. Creo que estoy perdiendo la razón.

Su amiga la miró con una expresión entre divertida y sorprendida.

—Estoy pensando en casarme con Rowell.

—¿Casaros? ¿Ya? —exclamó, riendo—. ¡Pero si solo hace unas pocas semanas que os conocéis!

—Ya te he dicho que estoy perdiendo la razón.

—Sabía que dirías algo así... —susurró María lo suficientemente bajo como para que su amiga no se percatara.

—Creo que no pienso con normalidad. Esto que siento me nubla la cabeza. Cuando estoy con él no tengo ninguna duda de que eso es lo que quiero. Sé que quiero estar con él toda mi vida, estoy segura de que eso no va a cambiar. Y eso es una locura. —Levantó los pies del regazo de María y se puso de pie para dejar la taza sobre una mesa—. Luego, cuando me quedo sola, empiezo a darle a la cabeza y me digo que estoy bajo los efectos de una potente droga y que no

sé lo que digo.

—A ver, no voy a serte de mucha ayuda, la única vez que me enamoré tenía diez años...

Cristina sonrió al recordar aquella época.

—Lucas Rodríguez, de quinto A.

María asintió.

—Lo perseguíamos por la calle, ¿te acuerdas?

—Claro que me acuerdo. —Cristina volvió a sentarse junto a ella—. Incluso hicimos un conjuro amoroso, que se inventó Julia, quemando unos palos de helado.

—Pues esa es toda mi experiencia en el tema. Después de aquel enorme fracaso...

—¡No fue un fracaso! Te dio un beso en el parque.

—En el mismo parque en el que me besó Pedrito Varela. Y yo lo perseguí para pegarle igual que hice con Pedrito.

—Ya, pero Pedrito no te gustaba en realidad.

—Cierto —afirmó al recordar—. Pero Lucas sí y me mandó a la mierda después de la torta.

—Porque se metió Silvia por el medio. Menuda era Silvia.

—Esa cría tenía algún problema, no era normal que siempre le quitase los novios a las demás.

—Era guapísima.

—Ya, pero debe haber sido muy desgraciada —aseguró María disfrutando del aroma a caramelo de su té—. Siempre estaba peleando con todo el mundo, anda que no le gustaba el drama. Está claro que le pasaba algo.

—Pues sí, pero ese no es el tema. Estábamos hablando de mi locura transitoria.

—No estás loca, Cris, tan solo enamorada. Y entiendo que tengas esos impulsos porque

nunca habías vivido nada igual. Un hombre que te corresponde y que no es *gilipollas*.

—Aunque al principio creí que lo era.

—Cierto —dijo María sonriendo divertida—. Hay que ver lo que es la vida, ¿verdad?

Cris asintió y se quedó un rato pensativa.

—No tengo nada de qué preocuparme. Ni siquiera me lo ha pedido, así que no hay nada que temer.

—No tardará mucho en hacerlo. —María evitó su mirada.

—¿Qué? —Cristina la agarró del brazo y la sacudió para que la mirase—. ¿Te ha dicho algo?

María asintió.

—Está tan sorprendido como tú. De hecho, dice las mismas cosas que tú —sonrió con cariño—. Sois dos tontos muy enamorados. Provocáis mucha ternura.

—Pero... No puede pedírmelo ya, es demasiado pronto. ¿Está loco?

—¿Qué importa eso, Cris? ¿Qué importa el tiempo? Tú mejor que nadie deberías saber que la vida es apenas un suspiro.

—No lo entiendes —susurró su amiga dejándose caer contra el respaldo del sofá—. Él sí estuvo enamorado. Iba a casarse...

—Con Rachel.

—¿Lo sabías? ¡Claro que lo sabías! Te lo contó porque era importante para él.

—No, me lo contó porque no entendía cómo podía sentir un amor tan enorme por ti conociéndote desde hacía tan poco tiempo y no haberlo sentido por Rachel, a la que conocía desde que era una cría y de la que pensaba que estaba enamorado.

—¿Eso te dijo?

María asintió y sonrió conmovida.

—No tengo ni idea de cómo funciona ese sentimiento, no sé qué es lo que se activa en el cerebro que hace que sepas que esa es la persona adecuada. Pero lo que sí sé es que vosotros os amáis de verdad y que seréis idiotas si no disfrutáis de ello cada minuto de vuestra vida. Dure lo que dure.

Después de decirle eso se abrazó a ella y cerró los ojos para concentrarse. Contener sus emociones le resultaba cada vez más difícil.

—¿Para qué quiero la cuerda? —María lo miraba con expresión divertida después de que Rowell la obligase a repasar la lista de cosas que debía llevar para la acampada junto al lago—. ¿Es por si me aburro tanto que decido colgarme de un árbol y acabar con mi sufrimiento?

—Muy graciosa. —El escocés hizo una mueca burlona y siguió ensillando su caballo.

Cristina se mantenía al margen de sus discusiones y los observaba divertida. Era una suerte que solo hubiese dos caballos, así ella no tenía que montar sola. Seguía gustándole tan poco como antes.

—Aquí no necesitarás la cuerda, pero te aseguro que allí puede salvarte la vida.

—Vaale, profesor. —María terminó de atar las correas y dio una palmada—. Lista.

Rowell sonrió. Era sorprendente lo mucho que había cambiado en solo un mes.

—Espera... —Cristina se acercó a María señalando sus pantalones—. Esos pantalones son míos.

María miró hacia abajo y después a su amiga con una enorme sonrisa.

—He perdido un poco de peso.

—¿Un poco? —Cristina se sintió mal y se reflejó en su rostro—. Quiero decir...

—Tranquila, no soy tonta, sé cómo estaba. Parece que un mes con vosotros ha sido suficiente maltrato para quitarme las ganas de comer —dijo, riendo—. Espero que no te moleste que los cogiera, dijiste que podía utilizar lo que quisiera.

—Te quedan genial —aseguró Cristina obviando el hecho de que nunca creyó que elegiría aquellos pantalones. Claro que olvidó mencionarle que eran sus preferidos—. Hacen un culo muy sexi.

Rowell miraba el trasero de María con el ceño fruncido. ¿Precisamente esos? Apartó la mirada rápidamente, no era agradable saber que le estaba mirando el culo a su abuela.

—No sabía que había escogido unos pantalones que tenían un mensaje oculto para vosotros. Lo siento. —María subió al caballo—. Lo cierto es que me encantan y como supongo que ya no será lo mismo después de vérmelos puestos a mí, pues mejor me los quedo. ¿Te parece, Cris?

—Son tuyos —dijo su amiga sonriendo.

—¿Algo que objetar, Rowell?

—Nada en absoluto —dijo el escocés esforzándose en no fijar su mirada en aquel punto conflictivo.

—Bien, pues, venga, vamos de una vez, que empieza a oscurecer.

Las montañas oscuras y áridas se elevaban sobre ellos privándolos de toda importancia mientras el lago negro oscurecía sus aguas aún más con la marcha del sol. María se abrazó con un extraño sentimiento de nostalgia. Llevaba todo el día reviviendo recuerdos con ánimo melancólico.

—Es un lugar impresionante —dijo Rowell a su lado—. Aquí es como si nada hubiese cambiado, como si el tiempo se hubiese diluido en esas aguas tiñéndolas de ese color oscuro tan característico.

—Es por la falta de luz —aseguró María mirándolo con expresión divertida—. Se ve oscuro porque las montañas lo han encerrado y no dejan que entre la luz.

—Ya salió la maestra. —Cristina se acercó a ellos—. Bueno, será mejor que montemos el campamento antes de que sea noche cerrada, ¿no os parece? Rowell no nos ha dejado traer ni una mísera linterna.

—No habrá linternas a donde va.

—¿No te cansas de oír siempre la misma cantinela? —preguntó Cris a su amiga mientras caminaban delante de él.

—Uff, es un plasta insoportable.

—Lo que tengo que aguantar —masculló Rowell.

Cristina se giró y le puso morritos.

—Es muy agradable estar aquí. —María movió un poco el fuego con un palo, tal y como Rowell le había enseñado a hacer.

Habían cenado lo que María cocinó sobre la hoguera después de aprender a montar un soporte con ramas para que aguantara la cazuela. Después prepararon café y Cristina sacó de su mochila una bolsa de nubes para asarlas en el fuego.

—Eso no... —empezó a protestar Rowell.

—Como digas algo en contra de estas nubes esta noche duermes en el castillo —le advirtió

Cristina.

—No sé cómo he podido enamorarme de una mujer tan testaruda y cabezota —dijo el escocés entre dientes.

—¿Que yo soy cabezota? Pues entonces no sé cómo debería llamarte a ti, porque eres el hombre más pesado de la tierra.

—Chicos —los frenó María, que había estado percibiendo la tensión entre ellos durante toda la velada—. Creo que deberíais aclarar las cosas. No es que yo sea muy experta en estos temas, pero está claro que tenéis una conversación pendiente y con mi presencia aquí lo habéis estado posponiendo.

—No te preocupes, no pasa nada. —Cristina trató de quitarle importancia.

María sonrió y los miró a ambos alternativamente.

—Id a dar una vuelta, yo estoy muerta de sueño y me voy a ir a dormir. Si os quedáis aquí, acabaréis discutiendo y me despertaréis. Marchaos por ahí a algún lugar alejado en el que podáis hablar a gusto... o lo que sea que hagáis para arreglaros. —Se puso de pie.

Rowell se dio la vuelta para que no percibiese su turbación y la española sonrió, resultaba adorable cuando dejaba entrever su auténtica personalidad.

—Marchaos, en serio —insistió, haciéndoles gestos con las manos como si estuviese aventando un mantel.

—No estaremos lejos —dijo Cristina—. Cualquier cosa, grita.

—Que sí, tonta. Se supone que estamos aquí para que yo aprenda a defenderme sola. No voy a llamaros porque vea una araña. Sabré apañármelas, no tienes nada que temer. Anda, largaos de una vez.

Cristina asintió y Rowell se acercó para dejar un cuchillo junto a las mantas con las que se

iba a envolver María. Los dos se miraron con complicidad y el escocés le guiñó un ojo.

—Ya sé que no vas a usarlo, pero yo me quedo más tranquilo.

María asintió y se acurrucó dispuesta a dormirse enseguida.

—¿Por qué estás tan arisca conmigo? —Rowell miraba a Cristina sin disimular la confusión que le provocaba su actitud.

—No estoy arisca, no sé de dónde te sacas eso.

Él la miró con expresión seria sin decir nada. Cristina sentía una incomodidad creciente que venía dada por su empeño en actuar como si no pasara nada.

—No sé qué me pasa —susurró, acercándose a él y poniendo las manos en su pecho—. Estoy asustada por lo que siento, asustada ante la idea de entregarme sin reservas.

—Creí que eso ya lo teníamos más que superado. —La rodeó con sus brazos y sonrió con ternura—. Estoy loco por ti, Cris, y quiero casarme contigo.

Ella se apartó de golpe y lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Lo ves? ¡Esto era lo que me temía!

Rowell parecía confuso.

—¿No quieres casarte conmigo?

—¡Sí! Quiero decir... ¡No! ¿Cómo voy a querer casarme contigo? Apenas nos conocemos.

—¿Qué más quieres saber de mí? Es como si me hubieses visto por dentro.

—¿Y quién te dice que no cambiarás de opinión? ¿Que todo esto no es fruto de la necesidad de tener a alguien...?

—¿Crees que estoy contigo para no sentirme solo? —Parecía anonadado—. ¿En serio me

estás diciendo eso?

—No sé lo que te estoy diciendo.

Se mordió el labio nerviosa. Estaba asustada, preocupada y confusa. Lo amaba, no tenía la menor duda, pero tenía miedo de que los sentimientos de él no fuesen de fiar.

—¿Es por Rachel? ¿Porque iba a casarme con ella y luego comprendí que no la amaba?

Cristina asintió sin darse cuenta. Sí, era eso. Si le había pasado una vez, ¿quién decía que no volviese a ocurrirle?

—Yo quería a Rachel —dijo más calmado—, la quería, pero no la amaba. ¿Cómo iba a saberlo? Nunca había sentido esto por nadie. —Se encogió de hombros y se acercó a ella con el corazón en los ojos—. Cris, lo que siento por ti escapa a mi propia comprensión. Ahora todo tiene sentido para mí. Estar aquí, contigo...

—¿Y cómo sabemos que no desaparecerás un día? —preguntó ella dejando que la abrazara—. ¿Cómo podré vivir tranquila sin saber si una mañana al despertarme ya no estarás a mi lado?

Apoyó la cabeza en su pecho y escuchó los latidos de su corazón, acompasados y fuertes.

—No voy a ir a ninguna parte, mi amor. He hecho un viaje muy largo para estar a tu lado. Te amo como nunca he amado ni amaré a ninguna otra persona en el mundo. Eres mi otra mitad. Tú me completas y me perfeccionas, tú eres mi razón de existir. —La cogió de la barbilla y se inclinó para besarla profundamente.

Regresaban abrazados y Rowell fue el primero en escuchar el suave chapoteo en el agua. Se separó de Cristina prestando atención y distinguió claramente las brazadas. Estaban junto al campamento y echó a correr.

—¿Qué ocurre? —preguntó Cristina corriendo tras él—. ¿Dónde está María?

La manta estaba vacía y el fuego seguía encendido. Vio que Rowell corría hacia el lago y fue tras él. No pudo distinguirla, estaba demasiado oscuro, pero escuchaba el ruido que hacía al nadar en las negras aguas. Rowell no se detuvo y se lanzó al agua mientras la llamaba a gritos. Cristina dejó de oírlos de pronto y supo que ambos se habían sumergido.

El corazón le latía desbocado y se llevó una mano al pecho de manera instintiva. Quería gritar, llamarlos, pero no le salía la voz. Después de unos minutos que se le hicieron eternos escuchó a Rowell salir a la superficie a respirar.

—¿Dónde está María? —gritó ella al fin.

Él volvió a hundirse dejándola sin respuestas.

## Capítulo 5

María salió a la superficie y llenó sus pulmones de aire con desesperación. Miró a su alrededor para distinguir hacia donde debía nadar para salir del lago y la enorme luna la ayudó a encontrar el camino. ¿Cómo podía hacer tanto frío de repente?

En cuanto puso el pie fuera del agua corrió en busca de la manta para cubrirse con ella, pero en la zona de árboles no había ni rastro del campamento. Ni fuego ni mochilas ni las mantas que habían colocado en el suelo. Frunció el ceño desconcertada y se abrazó, tratando de darse algo de calor, pero la ropa empapada parecía estar congelándose.

Volvió a elevar la mirada al cielo plagado de estrellas y con una redonda luna que la miraba indiferente.

—Hoy no había luna —musitó.

Lentamente giró sobre sí misma, reconociendo el paisaje mientras un incontrolable temblor la sacudía de arriba abajo.

—No... —suplicó, conteniendo un sollozo—. No puede ser, no me he despedido de ellos. Dios mío, aún no...

Cayó de rodillas al suelo y se cubrió la cara con las manos, llorando desconsolada. Un enorme boquete se abrió en su pecho mientras la angustia se arremolinaba a su alrededor como un tornado. No estaba preparada, todavía no.

No supo cuánto tiempo estuvo llorando, pero si no buscaba refugio pronto moriría de frío. Se levantó y comenzó a caminar hacia el castillo de Robert Done, rezando por no encontrarse con violadores, asaltantes de caminos o alguna clase de animal salvaje. ¿Había animales salvajes por allí? ¿Por qué Rowell no le había hablado sobre eso? Tuvo mucho interés en que supiese matar

un pollo, pero no dijo nada de animales salvajes.

Se detuvo frente al castillo de Kinmore y su corazón se aceleró al escuchar la voz de Rowell en su cabeza.

«—Por aquel entonces este lugar era muy diferente...».

Soltó de golpe el aire de sus pulmones y caminó dispuesta a enfrentarse a su nueva realidad con valentía. Eso sin contar con que tenía tanto frío que sería capaz de cualquier cosa por un buen fuego.

Golpeó la puerta con su pequeño puño, pero apenas consiguió un ligero sonido que, por supuesto, solo escuchó ella. Estaba claro que iba a tener que utilizar aquella aldaba si quería que alguien la dejase entrar. No tenía ni idea de qué hora podía ser, pero seguro que todo el mundo allí estaba durmiendo tan ricamente en sus mullidas camas.

Agarró el asidero de hierro y golpeó varias veces contra la puerta, pero nadie acudió a su llamada. Se preguntó si el castillo estaría vacío.

—O quizá es que son sordos. Maldita sea, me voy a congelar.

Miró a su alrededor, buscando un lugar en el que poder refugiarse y una enorme sonrisa se dibujó en su rostro.

—Las cuadras —susurró—, si hay caballos, habrá calorcito y quizá hasta una manta.

Echó a correr hasta allí y entró con precaución, no quería llevarse un susto. Con el del viaje inesperado tenía sobresalto para el resto de su vida. Olía a animal, pero no hacía frío, así que le pareció bien. Con la luz de un farolillo en el que se quemaba una vela tenía suficiente para hacerse una idea de lo que allí había. Tenían ocho caballos y un muchacho de unos catorce años dormía recostado sobre un montón de paja en un rincón. María dedujo que se trataba del mozo de cuadras y vio con envidia que se tapaba con una manta. Al mirar mejor se dio cuenta que había

otra tirada a su lado y se apresuró a cogerla, tratando de no hacer ruido para no despertarlo. Se la llevó a la otra punta de la cuadra, un lugar cercano a la puerta por si tenía que salir huyendo de allí. Se envolvió en la manta, tiritando de frío, dispuesta a esperar despierta la llegada del nuevo día.

La despertó el relincho de un caballo y abrió los ojos lentamente, emergiendo del agua de nuevo y con la opresiva sensación de no poder respirar. Cuando reconoció el sitio en el que estaba respiró profundamente, se puso de pie y se envolvió en la manta. El muchacho que había visto durmiendo en la paja la miraba con los ojos muy abiertos.

—Hola —dijo María y luego forzó una sonrisa.

El mozo puso cara de no entender y ella se dio cuenta de que le había hablado en español.

—Hola —lo intentó de nuevo, ahora en inglés—. Me llamo María. ¿Y tú?

—Liam —respondió el crío.

—Liam... ¿trabajas aquí?

El joven asintió ante tan obvia pregunta.

—Liam... —Basta ya de repetir el nombre, hija, que está claro que te lo sabes—. ¿Hay alguien aquí...? ¿Tú tienes a alguien en este lugar que pueda... ayudarme?

El muchacho frunció el ceño como si estuviese resolviendo un jeroglífico.

—Quiero decir... —María se acercó un poco, aunque no demasiado, el muchacho tenía tal cara de susto que temió que saliera corriendo—. Una criada, alguien.

Liam asintió con la cabeza.

—Mi madre es la cocinera de los Done.

—Muy bien. ¿Y crees que podrías acompañarme a verla? O mejor —pidió con cara de súplica—, ¿crees que podrías ir a buscarla y pedirle que venga aquí?

El muchacho frunció el ceño.

—¿Quiere que vaya a buscar a mi madre y le diga que hay una joven que ha pasado la noche en las cuadras y que quiere verla? Me va a dar con la sartén en la cabeza.

María sonrió, esta vez de verdad.

—Liam, puedes explicarle que anoche tuve que resguardarme aquí porque estaba muerta de frío y en el castillo nadie me abrió la puerta.

—¿Y cómo es que está sola? Porque esta sola, ¿no? —Miró hacia la puerta como si temiese ver entrar a una panda de maleantes.

—Sí, sí, estoy sola. Anoche me atacaron unos delincuentes y tuve que huir sin nada. Me robaron todas mis pertenencias y se llevaron mi caballo.

—Avisaré al señor... —Se dirigió a la puerta.

—No, no, no, por favor. No puedo presentarme así ante él. —Apartó la manta y Liam la miró de nuevo sorprendido.

—¿Qué es esa ropa?

—Yo no soy de aquí... En mi país esto es lo que usamos para... dormir —dijo lo primero que se le pasó por la cabeza—. Habíamos acampado junto al lago para descansar y entonces nos atacaron.

Liam pareció pensarlo un momento y finalmente asintió con la cabeza.

—Está bien, avisaré a mi madre. Ella sabrá qué hacer.

María le dio las gracias y lo vio salir de las cuadras en dirección al castillo. Después corrió hasta el lugar en el que el muchacho había dejado su manta y se envolvió también con ella. Olía

fatal, pero en ese momento le dio igual.

—¡Válgame el cielo! —exclamó la oronda mujer cuando estuvo frente a María—. Pero ¿tú de dónde sales, muchacha?

María volvió a repetir la historia del ataque al campamento mientras la madre de Liam movía la cabeza negando horrorizada.

—Pero ¿qué clase de monstruo hace algo así? —La cogió de la cintura y la llevó hacia la puerta—. Ven conmigo, criatura, te llevaré a la cocina y te daré algo caliente, se ve que has pasado mucho frío.

—¿No tendrá algo de ropa que pueda dejarme?

—Claro, muchacha. Mío no, porque estás demasiado flaca, pero seguro que Jill podrá dejarte algo. Entraremos por detrás, es mejor que no nos crucemos con la señora MacInan, tiene muy mal carácter.

María la miró interrogadora obviando el comentario sobre su peso que en otras circunstancias le habría hecho mucha gracia.

—La señora MacInan es la gobernanta del castillo —siguió la cocinera—, lleva con el señor Done desde que ambos eran jóvenes. Me refiero al señor Reinold Done, claro.

La recién llegada dedujo que aquel debía ser el padre de James y Robert.

—Para ella este es su castillo y no le gustan las sorpresas. Intentaremos que pases inadvertida entre el servicio. Si te ve, diremos que eres la hija de una prima mía.

—Soy española —recordó María con una tímida sonrisa en los labios.

—Ay, es verdad. Bueno, pues mi prima se casó con un español y se fue a vivir a ese país. ¿Desde aquí se puede ir caminando? Porque a mi prima le da pánico el agua y estoy segura de

que jamás se subiría a un barco. ¿No podríamos decir que eres irlandesa? Claro que no, los irlandeses no tienen ese acento. Bueno, esperemos que no te vea y así nos ahorramos todo ese lío.

Era imposible no sentir ternura por aquella buena mujer que la sujetaba de la cintura con cariño. María se sintió reconfortada después del terror inicial y respiró hondo recuperando un poco la calma a pesar de la amenaza de encontrarse con la señora MacInan que, a juzgar por el temor que despertaba en la cocinera, debía ser poco menos que el ogro del castillo.

—Señora MacFerson, ¿empiezo ya a preparar la compota?

Una jovencísima muchacha las abordó cuando entraron en la cocina.

—¿Todavía no has empezado, Emily? ¿Y qué has estado haciendo todo este rato?

—He salido un momento a recibir al día, señora MacFerson. Mi madre siempre decía...

—Ya he oído demasiadas cosas que decía tu madre, niña, ponte a trabajar si no quieres que te dé con el cazo en esa cabeza llena de pájaros. Jill. —Miró a otra joven que trabajaba en silencio mientras espolvoreaba una masa con harina—. ¿Podrías prestarle un vestido a esta joven?

La chica miró a María con desconcierto.

—No tenemos la misma talla —dijo y acto seguido se miró los pechos significativamente.

La cocinera miró a María y asintió.

—Es cierto. Pero la mía tampoco le sirve.

—¿Qué le ha ocurrido a su ropa? —preguntó Jill mirándola de arriba abajo.

—Es de otro país y allí duermen así. —La cocinera se encogió de hombros—. Anoche la atacaron cuando acampaba junto al lago.

—¿Y estaba sola? —La muchacha no disimulaba su sorpresa.

—No... —intervino María temiendo que aquello se le escapase de las manos—. Iba con dos

sirvientes. Todos huimos y no sé dónde estarán ahora.

—Si llevaba sirvientes no es una criada. —La joven miró a la cocinera—. Debería llevarla con el señor.

La cocinera miró a María con la boca abierta.

—¿A qué se dedica usted, señorita?

—Yo... soy... ¡Cuido niños! —exclamó sintiéndose acorralada.

—¿Eres niñera?

María asintió con la cabeza mientras construía una historia rápidamente.

—He sido contratada por una dama para que me encargue de la educación de su hijo. Hacía allí me dirigía con esos dos criados cuando nos atacaron unos bandidos.

—Entonces no puedo vestirla como a una criada —musitó la cocinera mientras pensaba en otra solución.

—Debería llevarla ante el señor —insistió Jill volviendo a su trabajo.

La señora MacFerson la miró de nuevo de arriba abajo y negó con la cabeza.

—De ningún modo puedo llevarla ante el señor vestida de este modo. Esos hombres se la comerán viva. Cuando están belicosos no tienen medida en cuanto a mujeres y esas medias que lleva son demasiado... demasiado...

—Que se le ve todo, vaya —terminó Jill sin tapujos.

María se envolvió en la manta sintiéndose desnuda.

—Hay un armario lleno de vestidos que nadie se pone —siguió la joven incrédula con una áspera expresión en la mirada—. Estoy segura de que nadie se dará cuenta si le da uno de esos.

La cocinera asintió y le hizo un gesto a María para que la siguiera. Salieron de la cocina y atravesaron un largo pasillo hasta unas escaleras. Subieron hasta el último piso y entraron en un

dormitorio que no recordaba haber visto en su época. Mientras la cocinera rebuscaba en un armario María se giró hacia la entrada tratando de ubicarse. Y de repente lo comprendió. En su época aquello era un salón, no un dormitorio, tampoco era tan grande como aquella habitación. ¡Claro! Ahí estaba la cámara oculta que el arquitecto de Rowell iba a abrir. Sintió una inevitable desilusión. En esa parte de la habitación no había nada destacable, tan solo un arcón.

—Este puede irte bien, ella también era bajita.

María volvió a prestar su atención a la cocinera, que sostenía un vestido de color verde pálido frente a ella. ¿Ella? ¿De quién era ese vestido?

—Quítate esa ropa tan... rara y tan poco adecuada. —La mujer frunció el ceño al ver que no se movía—. Venga, ¿a qué estás esperando? No tengo todo el día.

—No se preocupe —dijo con timidez—, puedo hacerlo sola.

La señora MacFerson sonrió divertida.

—Así que eres tímida. —Dejó el vestido sobre la cama y se dirigió a la puerta—. Espero que al salir no te tropieces con la señora MacInan, pero si ocurre compórtate con mucho tacto para no enfurecerla. Te prepararé algo de comer. ¿Sabrás llegar a las cocinas?

María asintió y la cocinera salió de la habitación dejándola sola. Se llevó las manos a la cara y soltó el aire de golpe para después tratar de recuperar una respiración calmada. Se sentó en la cama junto al vestido y cerró los ojos un instante. Necesitaba un momento a solas, un momento para aceptar la situación. Ya estaba hecho y no había vuelta atrás. Creyeron que sería en la cueva, que podrían elegir el momento. ¡Qué ingenuos! Sonrió con tristeza. ¿Es que no habían tenido ya suficientes pruebas? El destino no pide permiso, no deja que te prepares, no extiende sus plazos. El viaje ocurrió en el momento que debía ocurrir.

Respiró hondo varias veces como le decía Lola, la profesora de yoga, aquel mes que fue a

sus clases. Inspirar, espirar, sin prisa, profundamente. Cuando empezó a marearse volvió a su respiración normal y empezó a quitarse la ropa para ponerse el precioso vestido. Por suerte había practicado con la ropa que le consiguió Rowell para sus clases. Y ahí estaba la primera puesta en práctica de sus lecciones.

Pobre Rowell, podía imaginar el *shock* que habría sufrido al ver que desaparecía de repente. Y Cristina... Se sacudió aquellos pensamientos y terminó de vestirse. Si tardaba mucho en bajar, la señora MacFerson tendría que volver a subir todas aquellas escaleras y seguro que no le haría ninguna gracia.

Recogió su ropa y la dobló con esmero, dejándola dentro del arcón a la espera de conseguir una bolsa o algo en lo que pudiese llevársela cuando se marchase a Turlom. Sonrió al pensar en Laura. Estaba deseando ver su rostro cuando se encontrasen.

## Capítulo 6

María salió al pasillo y cerró la puerta de la estancia con suavidad esforzándose en no hacer ruido. Después caminó hasta la escalera y comenzó a bajar. Al llegar a la primera planta se encontró con que había una niña observándola.

—Hola —la saludó con una sonrisa.

La niña la miraba con interés y atención, pero no dijo nada. María llegó hasta ella y se inclinó, aunque no demasiado para no intimidarla.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Aili —dijo la niña con una vocecita apenas audible.

—Aili, qué nombre tan bonito. Yo soy María. Ahora mismo iba a la cocina a ver a la señora MacFerson, ¿quieres acompañarme?

La niña asintió repetidamente con la cabeza y cogió la mano que María le ofrecía. Juntas bajaron el resto de escaleras y caminaron hasta la cocina. Allí había un alegre bullicio propio de cuando hay mujeres trabajando juntas.

—Pues la buena de Fyfa va a tener que atarlo en corto si no quiere que le traiga una sorpresa —decía la señora MacFerson. Se volvió al verlas entrar—. Vaya, mira quién viene con la niñera. Aili, ¿quieres un pedazo de torta de las que ha preparado Jill?

María sonrió al ver la expresión de glotonería de la pequeña.

—Sí, señora MacFerson. Las tortas de Jill son mis preferidas.

—Lo sé, pequeña, lo sé. Ven aquí, siéntate y te pondré un buen chorro de miel en ella. ¿Usted quiere una? —La cocinera le habló ahora de usted y María dedujo que habían estado hablando de ella mientras se vestía.

—No hace falta que me trate de usted —aclaró y se acercó a donde se había sentado la pequeña—. Estaré encantada de probar una de esas tortas. Lo cierto es que me muero de hambre.

—El vestido le queda muy bien —dijo Jill muy seria poniendo dos tortas en la mesa.

—Gracias. Espero que la dueña no se moleste conmigo por llevarlo puesto.

Las tres mujeres que había en la cocina se miraron de reojo y después siguieron con sus tareas sin decir nada al respecto.

—Venga —siguió la señora MacFerson acercando el tarro de miel—. Un buen chorro para la señorita Aili. ¿Usted quiere miel, señorita... María?

—Me llamo María Fornet —se presentó, resignándose el hecho de que ya no iba a tratarla con tanta familiaridad—. Sí, póngame un poco. Y ¿quién es esta preciosa señorita que me ha acompañado hasta aquí?

—Es la señorita Aili Campbell. La sobrina nieta del señor de este castillo.

María recordó lo que Rowell le había contado sobre la relación de su familia con los Campbell. El clan Done era septo de los Campbell, un clan mucho más importante. Y también sabía el motivo por el que Laura y Connell no aprobarían jamás esa subordinación: los Campbell fueron los responsables de la matanza de Glen Coe en la que murieron los MacDonald, incluidos el padre y el hermano de Connell. Estaba claro que Aili era uno de los nexos de unión entre los Done y los Campbell.

—Encantada de conocerla, señorita Campbell. —Le cogió la manita para estrechársela y sacudirla un par de veces arriba y abajo con una enorme sonrisa.

La niña sonrió también y después siguió comiendo su torta.

—MacFerson, ¿hay algo que pueda llevarme al gaznate?

Una voz masculina, acompañada de unos pasos ligeros y contundentes, hizo que María se

girase en su asiento.

—¡Tío Robert! —gritó la niña corriendo hacia él.

—¿Y usted quién es, señorita? —dijo el hombre de cabello rojo con expresión de desconcierto.

—Soy Aili.

—¿Aili? ¿Aili? ¿De qué me suena a mí ese nombre? —Tenía una mano en la barbilla y miraba hacia el horizonte pensativo—. ¿No es el nombre de una famosa guerrera?

La niña rio a carcajadas.

—¡Ah, no! ¡Ya lo tengo! Eres la reina Aili, del país de las flores que nunca se marchitan.

—Sí, sí —respondió la niña sin dejar de reír y dando palmas entusiasmada.

—Entonces... —El joven puso una rodilla en el suelo e inclinó la cabeza—, yo soy vuestro servidor, majestad. Debo anunciaros que hemos capturado al dragón y liberado a vuestra hada, mi señora.

Después levantó ligeramente la cabeza para mirarla y la niña lo abrazó sin dejar de reír cuando la levantó del suelo.

—Acabamos de llegar y estoy hambriento, MacFerson. Espero que tengas algo más contundente que esas tortas. —Se acercó y miró a María con curiosidad.

—Esta es la señorita María Fornet. —La cocinera se apresuró a presentarla—. Es niñera y anoche fue atacada por un grupo de bandidos cuando se dirigía a su destino.

Robert dejó a la niña sobre el banco y miró a María con expresión seria.

—¿Que fue atacada? ¿Dónde?

—Junto al lago —respondió María con temor. Prefería pasar de puntillas por ese tema.

—¿La atacaron en nuestras tierras? —La oscuridad de su semblante dio buena cuenta de lo

que haría con alguien que se atreviese a hacer semejante cosa—. Nadie que nos conozca se atrevería a hacer algo así.

—Hablaban de un modo extraño. —María tenía que hilvanar bien su historia—. Parecían extranjeros.

Las arrugas en el entrecejo de Robert Done se hicieron más profundas.

—De ser así no será difícil encontrarlos. Les diré a mis hombres que hagan una batida...

—¿Una batida para qué?

Robert se apartó y dejó libre el campo de visión de María. La española fijó su mirada en el hombre que entraba con paso tan decidido y firme como el de su gemelo. Era muy alto, aunque no tanto como Rowell, pelirrojo como él y de rostro varonil. Los dos gemelos tenían una mandíbula marcada y fuerte, labios sensuales y nariz contundente. Pero lo que llamaba poderosamente la atención de ambos eran los ojos. Robert los tenía de un azul tan claro que parecían casi grises. En cambio, los de James eran de un azul profundo y brillante.

—Anoche atacaron a esta dama cerca del lago.

James levantó una ceja y la miró a los ojos con tal intensidad que María tuvo que apartar la mirada. Sintió el calor que subía a sus mejillas y se regañó mentalmente por no saber controlarse.

—Es española —explicó la cocinera como si eso explicase que se hubiesen atrevido a atacarla en las tierras de los Done.

—Cuando termine de comerse esa torta me llevará al lugar en el que... la atacaron —ordenó James sin borrar aquella expresión burlona de su rostro—. ¿Y por qué lleva un vestido de Maela?

Robert la miró de nuevo sorprendido. Estaba claro que él no se había dado ni cuenta de su atuendo.

—Su ropa estaba inservible —mintió la criada para no tener que dar demasiadas

explicaciones—, y nosotras no podíamos prestarle nada que le sirviese.

—¿Quién es usted? —James se había colocado al lado de María, que había estado rehuendo su mirada.

Finalmente, se dio por vencida y poniéndose de pie lo encaró.

—Mi nombre es María Fornet y soy niñera. He venido a Escocia para encargarme de los hijos de una buena amiga de España.

James frunció el ceño.

—¿Una española? —Miró a su hermano con cara de pocos amigos—. Yo solo conozco a una española.

—¿Te refieres a...? —Robert no terminó la frase y volvió a poner toda su atención en María—. ¿Está buscando a la esposa de Connell Darroch?

La interpelada asintió con cierto temor, era evidente que ya ninguno de sus anfitriones la miraba con agrado.

—La llevaré hasta el pueblo —dijo James a su hermano—. Si la saco ahora, padre no se enterará.

—Yo iré a darle conversación y le diré que estás dando instrucciones a Liam sobre tu caballo.

—Pasaremos por el lago por si queda algún rastro de los atacantes, no podemos dejarlo impune.

María los miraba alternativamente, ¿se había vuelto invisible? Hablaban de ella como si no estuviese presente.

—¿Ha terminado? —le preguntó James con una mirada muy poco agradable.

María miró el pequeño pedazo que le quedaba y asintió.

—Pues vamos. La llevaré a la aldea y la dejaré en la posada. ¿Dónde están sus cosas?

*Vaya, además de antipático tiene memoria de pez,* pensó María.

—Está bien —admitió James al darse cuenta—. Pagaré a alguien para que la lleve hasta Turlom.

—Gracias —dijo María con un sentimiento agridulce.

—Cuando regrese —advirtió el escocés inclinándose frente a la niña—, te mostraré lo que te hemos traído de Loch Dorch.

—¿Anabella es tan hermosa como dicen todos? —preguntó Aili mirando a los dos hombres.

Robert asintió despacio.

—Aunque debo decir que ella me preguntó lo mismo sobre ti.

María estaba como hipnotizada por la suavidad con la que el guerrero hablaba a aquella niña mientras que Aili sonreía divertida.

—Hemos traído unas telas preciosas para que te confeccionen los más bellos vestidos. Dignos de una princesa. —James le acarició el cabello—. Cuando vuelva te lo enseñaré todo y podrás contarme qué ha pasado en el reino en mi ausencia, mi señora.

La niña asintió y dejó que le besara la mano intentando aguantarse la risa. El escocés caminó entonces hacia la puerta y al darse cuenta de que María no lo seguía se volvió con expresión irritada.

—¿Les pasa algo a sus piernas? ¿Necesita que la ayude?

María ignoró aquel comentario consciente de que con ella no iba a ser tan amable como lo era con su prima... sobrina o lo que fuese. Se volvió a la pequeña Aili para despedirse.

—Me ha gustado mucho conocerte, Aili, espero que podamos volver a vernos alguna vez.

La niña le rodeó el cuello con los brazos y María también la abrazó.

—Gracias por todo, señora MacFerson. La torta estaba deliciosa, Jill, muchas gracias. Adiós, Emily.

—¿Quiere despedirse del resto del servicio o podemos irnos ya? —apremió James con cinismo.

—Encantada de conocerle, señor Done. —María miró a Robert mientras ignoraba explícitamente a su hermano.

—Lo mismo digo. Espero que no vuelva a tener ningún episodio desagradable mientras esté en nuestro país.

María caminó hacia James, que se dio la vuelta y salió de la cocina sin esperarla. Lo siguió a unos pocos pasos de distancia. Estaba claro que no quería caminar junto a ella ni tampoco darle conversación. No era que de inicio hubiese sido muy simpático, pero después de saber que era amiga de Laura su actitud se había vuelto mucho más hostil.

—James, veo que ya habéis regresado.

Un mujer delgada, vestida de negro y con un aspecto que a María le recordó a un cuervo, apareció ante ellos como salida de la nada y los miraba con los ojos ligeramente encogidos. Se habían detenido en la entrada del castillo. Unos pocos metros más y habrían salido sin ser vistos.

—¿Habéis traído a alguien con vosotros?

María no veía el rostro de James, pero imaginaba que aquel encuentro lo había pillado por sorpresa.

—Señora MacInan. Iba a acompañar a la señorita a...

—Mira, aquí llega tu padre, mejor explícaselo a él.

—James, hijo, he oído los caballos. ¿Ha ido todo como esperábamos?

—No exactamente, padre. Después te cuento.

—James no está solo, Reinold —dijo la mujer.

María sintió sobre ella los fríos ojos azules de Reinold Done y un escalofrío la atravesó de arriba abajo. A pesar de sus sesenta años era un hombre tremendamente atractivo, pero su mirada era fría y dura. No había en su semblante un ápice de bondad.

—¿Quién es esta joven? —preguntó con evidente desagrado—. Espero que no tenga nada que ver con Robert, como ese muchacho esté poniendo en peligro nuestros planes...

—También sería bueno que nos explicara por qué lleva puesto un vestido de Maela.

James se giró un instante a mirarla y María supo que debía mantenerse callada.

—Tranquilo, padre, Robert no tiene nada que ver con ella. Es la nueva niñera de Aili —mintió el escocés—. Lamentablemente tuvimos un pequeño percance con sus cosas en el camino y su equipaje quedó inservible, de modo que le he pedido a la señora MacFerson que le dejase algo adecuado a su...

—¿La nueva niñera? —La señora MacInan miraba a James con expresión enfadada—. Yo me ocupo de Aili desde que nació.

—Y lo hace muy bien —trató de sonar amable, aunque se quedó solo en un intento—. Pero la niña necesita otro tipo de atención.

—¿Qué tipo de atención? —La señora MacInan se giró hacia el señor del castillo y lo miró interrogadora—. ¿Tienes alguna queja de mi trabajo, Reinold? ¿Acaso no he cuidado siempre de tus hijos como si fuesen míos? ¿Acaso no he sido una madre para ellos?

El hombre la miró con severidad.

—¡A mí no me reclames, mujer! A pesar de los años que llevas a mi lado no olvides que no eres más que una sirvienta.

Aún con el natural antagonismo que María había sentido hacia ella, no pudo evitar un

impulso de defensa femenino. Eso sin contar con que estaba completamente anonadada por el curso de los acontecimientos.

—La señorita Fonet —siguió el joven con un tono tan gélido como el de su padre—, está acostumbrada a tratar con niñas pequeñas y a educarlas como es debido. Será su profesora, MacInan, no viene a ser su madre.

—Y, sin embargo, lleva un vestido suyo. —La criada la miró con tal hostilidad que María supo que se había ganado una enemiga.

—Yo no quiero molestar a nadie —intervino de pronto, colocándose junto a James—. Me iré ahora mismo si no...

—Usted no va a ninguna parte —sentenció Reinold Done con autoridad—. Mi hijo la ha traído para que se ocupe de la niña y se ocupará de la niña. Estoy cansado de ver a esa cría deambular por el castillo como un fantasma. Confío en que la tendrá entretenida en algo. Y tú, MacInan, no puedes ocuparte de todo y hacerlo bien. La señorita Fonet te liberará de una pesada carga. Esa cría ha salido a su madre, necesita a alguien que sea capaz de enderezarla antes de que sea tarde.

María miró a James de reojo y le pareció que el escocés estaba satisfecho con el resultado de sus maquinaciones.

—Ahora dejemos estos insignificantes temas de mujeres y ven a contarme cómo han ido las cosas con Ian Campbell —ordenó Reinold cogiendo a su hijo por los hombros—. ¿Dónde está tu hermano? Espero que se haya comportado.

—Ha hecho lo que ha podido, padre.

—No me gusta ese tono, espero que Anabella haya visto lo mejor de él.

—Eso hemos procurado.

—Bien, vayamos al comedor que tengo hambre. MacInan, ve a la cocina y di que nos sirvan el desayuno. Después muéstrale a la señorita su habitación y preséntale a la niña. Que empiece ya. Y consígale ropa y lo que necesite, no quiero verla deambular con los vestidos de mi sobrina como si fuese un fantasma.

María vio alejarse a los dos hombres sin que James se volviese siquiera a mirarla.

—Venga conmigo.

La gobernanta caminó delante de ella dejando claro con su actitud que no la quería allí. Todo su cuerpo rezumaba antagonismo y hostilidad.

—Esta será su habitación.

María miró a su alrededor sin poder disimular su sorpresa. Era la misma habitación en la que Rowell la había alojado. *Debe ser la habitación de invitadas molestas* —se dijo, sonriendo mentalmente.

Lo cierto era que, dada la poca simpatía que había mostrado la gobernanta hacia ella, había imaginado que la llevaría a una oscura y siniestra mazmorra y no a aquella preciosa habitación con unas cortinas azules y una enorme cama con dosel.

—Ahí tiene un armario y un arcón. Haré que le traigan ropa y todo lo necesario para su aseo.

—Muchas gracias, señora MacInan, yo...

—Ya ha visto que la niña está en la cocina —la interrumpió de manera arisca—. Cuando esté lista baje a buscarla y llévela al cuarto de los niños. Ella le indicará dónde está.

—¿Hay más niños en el castillo?

—No, solo ella.

—¿Cuándo podré ver a su madre? —preguntó con curiosidad.

—Cuando muera. Maela nos dejó hace cuatro años.

—Oh, ¡cuánto lo siento! —exclamó con total sinceridad—. No tenía ni...

—Avisaré a su padre de las novedades en cuanto a su cuidado. Supongo que querrá conocerla, aunque debo decir que el señor Kendrick Campbell estaba encantado con mis servicios.

—Estoy segura. —María trató de sonar conciliadora—. No me cabe la menor duda de que ha sido usted...

—Tengo cosas que hacer —la interrumpió de nuevo mientras se dirigía hacia la puerta y salió sin despedirse.

—Vaya —susurró María para sí—, está claro que no le interesa nada de lo que digo.

Se encogió de hombros y se dio la vuelta para mirar hacia las cortinas. Fue hasta la ventana y las descorrió para dejar entrar la luz. Por un instante pudo fantasear con la idea de estar de vuelta en su época y una cálida sensación la abrazó. Abrió la ventana y el intenso frío la golpeó, haciéndola tiritar, pero siguió allí, contemplando aquel paisaje que tan poco había cambiado en trescientos años.

—Tranquilo, padre, Anabella cayó rendida ante mis encantos —dijo Robert respondiendo al interrogatorio de su padre.

James permanecía de pie frente a la chimenea con una copa de vino en la mano y la mirada hipnotizada por las llamas, mientras los demás comían en la mesa.

—¿Cuándo quiere Ian que se celebre la boda? ¿Habló de fecha? —preguntó Reinold.

—Sé que mi primo querrá que sea cuanto antes —respondió Kendrick Campbell—. Cuando hablé con él estaba entusiasmado con el hecho de que las dos familias se unan aún más. Después de mi boda con Maela este enlace con uno de tus hijos será el vínculo definitivo para que los Done sean considerados unos verdaderos Campbell.

—Claro que sí. —Robert levantó una ceja—. Y con esta unión Ian se garantiza la lealtad de más de mil hombres.

Kendrick sonrió satisfecho.

—Doy por hecho que conseguiste llamar la atención de esa muchacha, ¿no es así? —Su padre lo miraba con seriedad—. ¿Quieres darme detalles de una maldita vez?

James pareció regresar de un lejano sueño y se volvió a mirar a su padre.

—Todo irá bien, padre.

—¿Hiciste algo? ¿La besaste al menos? —insistió el señor del castillo mirando a Robert.

—¿No me conoces, padre? ¡Claro que la besé! —respondió Robert riendo—. Y por lo que vi ella se quedó desolada cuando no continué con mis atenciones.

—Tampoco hacía falta que la desvirgaras antes de la boda —dijo Reinold volviendo a poner toda su atención en la comida—. Ian podría habérselo tomado mal.

—Padre. —James rodeó la mesa y fue a sentarse frente a su progenitor, al lado de su hermano—. Hay algo que quería preguntarte.

—Adelante.

—Escuché una conversación, entre John y su primo Stuart, que me dejó un poco inquieto. Hablaban de aquella noche en Broch Deich, el castillo de Alexander MacDonald. De... Glen Coe.

Kendrick se giró hacia Reinold, que tenía la mirada clavada en su hijo.

—¿Y?

—Me dio la impresión de que Stuart le recriminaba la actuación de los Campbell esa noche.

—Ya sabes cómo es Stuart —intervino Kendrick—. Siempre ha sido un santurrón que rehúye todos los conflictos.

—No sé... —James seguía mirando a su padre con atención—. Nosotros nunca participaríamos en una venganza torticera, ¿verdad, padre? Esas fueron las palabras que utilizó.

—Por supuesto que no —aseguró con mirada grave—. Aquella noche se cumplieron órdenes y se hizo lo que se hizo por un bien mayor.

—Los MacDonald habían llegado a un punto de no retorno y su *laird* era el culpable de la deriva del clan —intervino Robert—. Nos habría llevado a todos a una guerra entre hermanos. Había que pararlo y eso es lo que hicimos.

—Stuart estuvo allí aquella noche —dijo James pensativo—, pero no participó. ¿Por qué se marcharía, llevándose a sus diez hombres antes de que sucediera todo?

Robert dio un golpe en la mesa con su puño y cuando James lo miró sus ojos eran puro fuego.

—Ya hablamos de esto entonces y te dije que hicimos lo que debíamos, ni más ni menos —escupió sin apartar los ojos de su hermano—. Tú no quisiste venir y padre respetó tu decisión. Deja de comportarte como si te avergonzaras de ser quien eres.

—Menudo cobarde de mierda está hecho ese Stuart —añadió Kendrick con desprecio—, siempre bajo las faldas de su madre. Es un *comepollas* desgraciado.

—No hables así de él. —James lo miró furibundo—. He luchado en muchas batallas a su lado y es un hombre de fiar. Lo he visto lanzarse desarmado contra una espada enemiga para proteger a sus hombres y recibir la hoja en su carne por ello. No conozco a muchos hombres

capaces de hacer algo así.

—Nunca has luchado a mi lado —dijo Kendrick con el mismo desprecio que había empleado para hablar de Stuart.

—Cierto —afirmó James con tono irónico—, y he luchado en muchas batallas desde que pude empuñar una espada.

Kendrick apretó los dientes consciente del mensaje subliminal de aquel comentario, pero estaba en el castillo de Reinold Done y aquella era ahora su familia, así que no dijo nada.

—No te metas en asuntos que no te incumben —advirtió Reinold a su hijo menor—. De lo único que debemos preocuparnos ahora es de la boda de Robert con Anabella. La unión favorecerá nuestra posición junto al clan Campbell y convertirá a sus hijos en descendientes directos del *laird*. ¿Quién sabe? Quizá algún día un Done sea jefe del clan.

James había perdido el apetito, estaba claro que ninguno de los presentes iba a aclarar sus dudas sobre lo que ocurrió aquella noche en Glen Coe. Solo les importaban sus intrigas políticas y la posibilidad de medrar dentro del escalafón del clan. Para no seguir discutiendo se levantó y salió del comedor después de pedir autorización.

## Capítulo 7

Los primeros días María se limitó a ocuparse de Aili como lo haría una niñera. Jugaban juntas, comían juntas y la maestra le dedicaba todo su tiempo. La niña se mostraba tremendamente agradecida por sus atenciones y María se conformaba con ver el saludable efecto que estaba teniendo su actuación sin esperar nada más. No sabía cuánto tiempo permanecería allí, eso era algo que debía hablar con James Done, pero el escocés tenía el poder de rehuirla con maestría y ninguno de sus intentos de tropezarse con él había conseguido el más mínimo resultado.

Robert, en cambio, solía acudir al cuarto de juegos todas las tardes para ver a la pequeña y se mostraba amable y divertido con María. La maestra se preguntaba por qué su destino tenía que ser casarse con James Done cuando le resultaría mucho más fácil caer bajo el influjo de su hermano.

—Cuénteme algo de su país —pidió el escocés en una de sus visitas.

La niña preparaba la merienda con un precioso juego de café idéntico a los de verdad y un surtido de dulces que Jill había subido de la cocina mientras María y Robert esperaban sentados frente a una pequeña mesa.

La maestra lo pensó un momento poniendo en orden sus ideas y borrando cualquier detalle que pudiera delatar su origen. Habló del sol, de los exuberantes paisajes, del mar...

—Preciosa tierra —reconoció el escocés—. James la conoce. Ser el pequeño tiene sus ventajas.

—¿Él es el pequeño?

Robert asintió.

—Así es. Yo soy el heredero y eso me obliga a demasiadas cosas. James, en cambio, siempre

ha podido hacer lo que le ha venido en gana.

A María le pareció percibir cierto resquemor en su tono de voz.

—Él y Maela siempre hacían lo que querían mientras que yo tenía que cumplir con las obligaciones que me imponía mi padre.

La maestra miró a Aili por si escuchar el nombre de su madre la había hecho prestar atención a la conversación, pero la niña seguía con su exhaustiva preparación de la merienda, como cada tarde, ignorándolos por completo.

—Es normal que los hermanos pequeños se alíen —dijo María.

—Maela no era nuestra hermana, era nuestra prima —explicó Robert—. Se crio con nosotros después de que su madre muriera, como la nuestra. Mi tía era viuda y Maela se quedó sola después de eso, así que mi padre la trajo a vivir al castillo.

—Entiendo —asintió.

Robert miró a Aili que parecía tenerlo ya todo listo.

—Se parece mucho a ella —dijo el escocés con ternura.

María comprendió que había un fuerte vínculo entre ellos y sintió simpatía por él.

—Ya está listo —aseguró la pequeña después de colocarlo todo en la mesa.

Robert se quedó con ellas un rato más y después se marchó dejándolas seguir con su rutina diaria.

—¡Fíjate! —María sacó un objeto de un rincón—. Tienes un ábaco muy bonito. ¿Sabes cómo funciona?

Aili negó con la cabeza.

—¿Nadie te ha enseñado a utilizarlo?

La niña volvió a negar y María frunció el ceño.

—¿Te gustaría aprender? —La cogió de la mano, llevándola hasta un sofá en el que se sentaron juntas—. Hay muchas cosas que podría enseñarte, ¿sabes? A escribir, a leer y a utilizar esto. —Movi6 el 6baco—. Tambi6n podemos aprender canciones divertidas y juegos, si t6 quieres. Aunque para ello tendr6 que ense6arte mi idioma porque todas las canciones que conozco son en espa6ol.

La ni6a se mir6 las manos. Una ni6a normal del siglo XXI habr6a aprovechado para quejarse de todo lo que no le gustaba en su vida, pero Aili se mantuvo en silencio. Mar6a se pregunt6 si ese silencio era debido a que se hab6a acostumbrado a que nadie la tuviera en cuenta o era algo peor. Sacudi6 la mano que ten6a cogida e hizo que la mirase a los ojos.

—¿Quieres, Aili?

La ni6a se encogi6 de hombros. ¿C6mo iba a saberlo? Mar6a pens6 un instante y solt6 el 6baco en el suelo para tener las dos manos libres.

—Imagina que Jill ha preparado cuatro tortas. —Levant6 uno a uno cuatro de sus deditos—. Una, dos, tres y cuatro. Pero nosotras somos cinco para desayunar: Jill. —Empez6 a levantarle los dedos de su otra mano—. Emily, t6, yo y la se6ora MacFerson. ¿Crees que habr6 tortas para todas?

La ni6a mir6 ambas manos con el ce6o fruncido. Mar6a se las coloc6 entonces una frente a la otra de manera que los deditos que estaban levantados se tocasen y manteni6ndole el dedo pulgar de la mano izquierda doblado sobre la palma.

—¿Esa es la se6ora MacFerson? —pregunt6 la ni6a con una sonrisa divertida refiri6ndose a su 6nico pulgar levantado.

Mar6a asinti6 sonriendo tambi6n.

—Falta una torta para ella —respondi6.

María sonrió con cariño.

—Así es. ¿Ves? Para esto sirve aprender a contar. —La maestra soltó el aire con evidente entusiasmo, no podía evitar sentirse increpada ante la posibilidad de enseñar a alguien. Y menos si ese alguien se veía tan necesitado de atención. Los ojos de Aili brillaron con entusiasmo.

—¡Quiero aprender! —exclamó, decidida.

—Estupendo. —María dio una palmada en su pierna y se puso de pie—. Pues voy a buscar el material que necesito para que podamos escribir. Mientras tú podrías ordenar un poco todo esto, dejar la mesa vacía, por ejemplo, para que podamos trabajar en ella, ¿qué te parece?

La niña sonrió y asintió con la cabeza.

—Bien, pues regreso enseguida —dijo María saliendo del cuarto.

Bajó las escaleras dispuesta a encontrar alguna clase de papel y lápiz. Estaría bien conseguir una pizarra pequeña.

—Señora MacFerson. —Se acercó a la cocinera que trajinaba con las verduras.

—¿Qué necesita?

—¿Podría conseguirme papel o algo en lo que escribir?

La cocinera frunció el ceño pensativa.

—Vaya al despacho del señor. ¿Sabe dónde está?

María asintió con cara de preocupación.

—Pero ¿no estará él ahí?

—Tranquila, el señor Reinold y el señor Campbell han salido esta mañana y no regresarán hasta dentro de un par de días —explicó.

*Bueno, se dijo María mientras salía de la cocina y se dirigía hacia el despacho, está claro que el padre de Aili no tiene el menor interés en conocerme. Con esos pensamientos en la cabeza*

entró en la habitación y se dirigió a la mesa que había al fondo, junto a la ventana.

—¿En su país no llaman a la puerta antes de entrar?

—¡Dios! —Se quedó sin aire y dio un respingo al tiempo que se llevaba la mano al pecho para asegurarse de que el corazón seguía latiendo—. ¡Menudo susto me ha dado! —exclamó, volviéndose hacia James que la miraba con expresión desaprobadora. Por suerte podía distinguir a los dos hermanos gracias a que llevaban diferente corte de pelo y al color de sus ojos.

—¿Qué anda buscando?

—Papel.

El ceño fruncido del escocés se acentuó un poco más.

—Es para trabajar con Aili.

—¿Para qué necesita papel Aili?

—Quiero enseñarle a escribir.

Después de unos segundos de duda, James se apartó y le hizo un gesto para que entrase.

—El papel es demasiado costoso como para emplearlo en juegos. —Cerró la puerta.

María lo miró y juntó las manos para ocuparlas de algún modo y que su nerviosismo no fuese tan evidente.

—¿Podría conseguirme otra cosa? ¿Una pizarra?

—Va a estar aquí muy poco, señorita Fonet. No creo que deba perder el tiempo enseñándole nada a Aili.

—¿Perder el tiempo? —Se puso las manos en la cintura en una señal inequívoca de que no iba a quedarse callada frente a semejante estupidez—. ¿Le parece que aprender a escribir es perder el tiempo?

—Para Aili, sí.

—¿Porque es una mujer?

—En realidad es solo una niña —aclaró él—, y no creo que escribir le sea de ninguna utilidad. Lo único que tiene que hacer usted es distraerla y no meterse en problemas. No creo que sea algo difícil de entender.

—Esto es increíble —dijo María muy agitada—, no puedo creer lo que escucho. ¿Se puede ser más cazurro? —habló en español.

—Supongo por su tono que me está insultando y no me parece muy adecuado, teniendo en cuenta el hecho de que la protegí de mi padre.

—¿Que me protegió de su padre? En realidad, aún no me ha explicado por qué me retienen aquí. No entiendo por qué se inventó eso de que soy una niñera y bla, bla, bla.

James frunció el ceño de nuevo.

—Tan solo tenía que pedirle a alguien que me acompañase hasta Turlom —siguió María—. Seguro que Laura se lo habría agradecido con algún tipo de pago cuando supiese que me había ayudado, y todos contentos.

—Todos contentos, ¿eh?

James se cruzó de brazos y a María le pareció aún más imponente con aquellos brazos musculosos mirándola.

—No me trate como si fuera imbécil —dijo—, soy perfectamente capaz de entender cualquier situación, así que hable claro y explíqueme por qué me retiene aquí y por qué no puedo decir quién soy en realidad.

—Digamos que Connell Darroch no es alguien muy apreciado por estos lares —respondió.

—¿Y? —Esperaba algo más concreto.

—Mi padre podría no creer su inverosímil historia y podría pensar que usted llegó aquí con

oscuras intenciones.

—¿Oscuras intenciones? —se mofó—. ¿Tengo aspecto de ser alguien peligroso?

—En absoluto. De creer eso no la habría puesto a cuidar de Aili —dijo con suavidad—. Pero su aspecto la convierte en alguien perfecto para esa misión: una dulce, inocente y frágil mujer.

María se percató de su cambio de actitud y eso rebajó su propio nivel de tensión.

—Aun así, usted no me cree.

James negó con la cabeza y se apoyó en la mesa con una actitud algo más relajada.

—Nadie se atrevería a atacarla en nuestras tierras.

—¿Y de verdad su padre me haría algo si supiera que soy amiga de Laura Darroch?

—Mi padre es impredecible, es mejor no arriesgarse.

—¿Y por qué no me marchó ahora que no está? Usted podría decirle a alguien que me acompañe hasta Turlom y explicarle a su padre cualquier cuento. No se le da mal improvisar —recordó cómo se había inventado lo de que era una niñera.

—Dígame cómo llegó hasta aquí y para qué, y me encargaré de que llegue a Turlom cuanto antes.

María empalideció. No podía decírselo, no había ninguna posibilidad de que la creyera. No sabía qué ocurriría después, pero estaba segura de que las cosas serían mucho más difíciles para ella si le hablaba de su viaje a través del tiempo.

—¿Lo ve? —dijo él con expresión burlona—. Oculta algo y no me arriesgaré con usted si no me dice lo que es. Mientras tanto cuidará de Aili, se le da bien y a ella le gusta.

—¿Quiere decir que no me dejará ir... nunca? —preguntó, asustada.

—Nunca es mucho tiempo. En unos meses mi hermano se marchará para casarse con su prometida y se llevará a Aili. Espero que para entonces ya tenga suficientes argumentos para

decidir qué hacer con usted. Claro que todo sería más fácil si me cuenta la verdad ahora mismo y lo solucionamos. No puede ser tan terrible.

*Uy, yo no apostaría a esa carta. Te aseguro que hasta a un hombre como tú le temblarían las piernas si supiese de dónde vengo.*

—Y ahora coja lo que ha venido a buscar y vuelva con Aili. —Se puso de pie para dar por terminada la charla—. Tengo trabajo y me está haciendo perder el tiempo.

La española lo miró pensativa. ¿Cómo iba a casarse con él? Estaba claro que al escocés no le gustaba en absoluto y a ella tampoco era que le encantase. Había una atracción física, eso no podía negarlo, pero era algo que sentiría cualquier mujer al encontrarse frente a un hombre de su apariencia. Pero eso no era suficiente, no para ella. Algo debía haber cambiado en su destino. Algo fue mal en su viaje y modificó los acontecimientos, estaba claro. Quizá no debería haberse metido en el lago, quizá su puerta estaba en la cueva, tal y como creía Rowell...

—¿Quiere compartir sus pensamientos conmigo? —La voz de James la hizo regresar.

—¿No tendrá un lápiz? —pidió, sacudiéndose todos aquellos pensamientos incómodos.

James bufó antes de acercarse a la mesa en dos zancadas, sacó una barrita negra a la que habían envuelto con una cuerda enrollada alrededor, dejando libre solo la punta. Un tosco lápiz, pensó María mientras se preguntaba cuándo se les ocurriría meter el grafito en el interior de un tubo de madera.

Se dio la vuelta para marcharse y lo escuchó hablar a su espalda.

—Cuando cambie de opinión y se decida a sincerarse conmigo búsqieme.

La española ni siquiera se giró.

En pocos días Aili empezó a sonreír y a abrirse a la maestra. María estaba acostumbrada a lidiar con niños que tenían problemas familiares y enseguida pudo identificar algunos de esos problemas en la pequeña: la soledad, el descuido, la falta de un referente. Pero había algo en la niña que la tenía desconcertada. La observaba con atención y había percibido en ella un cambio físico notable cuando estaba concentrada. Sus facciones se relajaban y su cuerpo parecía más flexible. Era como si, al interactuar con otros, todos sus sentidos estuviesen alerta, permanentemente en tensión, como si creyese que debía protegerse. Se lo comentó a la señora MacFerson cuando bajó a la cocina a prepararse un té.

—Esa niña está siempre rodeada de adultos —explicó la criada mientras desplumaba un par de gallinas—. Los niños han de hacer travesuras, pero es muy difícil si están permanentemente vigilados como esa niña.

María estaba con los codos apoyados en una de las mesas de trabajo y movía los pies al son de la música que sonaba en su cabeza. Tenía los músculos agarrotados, necesitaba hacer ejercicio, pero, sobre todo, echaba de menos la música. Mientras se preparaba para aquel viaje no podía imaginarse que sería eso lo que más echaría de menos.

—¿Le gusta bailar? —preguntó Emily después de mirarle los pies—. Puede venir a la taberna de Betsy Abercombie. Su marido y su hijo tocan la flauta muy bien y el último sábado del mes organizan un baile. Es el único día que permiten la entrada a la taberna a mujeres solas.

María la miró desconcertada.

—Emily tiene un interés especial en Dougal Abercombie —explicó la señora MacFerson riendo—. Dougal es el hijo de Betsy, y Emily va detrás de cazarlo desde hace mucho.

—Yo no quiero cazarlo —dijo la ayudante con expresión de enfado—. Él está tan interesado en mí como yo en él. Y sepa que me va a pedir que nos casemos. Probablemente lo haga en el

próximo baile.

La cocinera la miró divertida.

—Espero que no te equivoques, muchacha. Realmente me gusta ese Dougal para ti.

—Lo único que tiene que hacer es llevar algo de comer, ellos solo le darán de beber. Por unas buenas monedas, claro, que para eso organizan el baile —siguió Emily después del paréntesis personal—. Suele ir mucha gente y es lo más divertido que se puede hacer por aquí.

—Vaya —la animó MacFerson—. Lo pasará bien. Si quiere yo le prepararé una empanada para que la lleve.

—¿Ustedes irán? —preguntó María mirando a la cocinera y después a Jill.

La señora MacFerson se rio a carcajadas.

—Ay, muchacha, hace mucho tiempo que estos pies no bailan. Por la noche no tengo fuerzas ni para desatarme los cordones.

—¿Y usted? —le preguntó a Jill directamente.

La panadera negó con la cabeza y siguió amasando sin decir nada. María la miró con disimulo, sus manos se crispaban sobre la masa y la golpeaban contra la mesa con más fuerza de la que sería necesaria.

—¿Y los señores van? —siguió preguntando María.

—¿Los Done? —La señora MacFerson la miró sorprendida—. ¿Cómo van a ir los señores a la taberna esa noche? ¡Les estropearían la fiesta!

—¿Vendrá entonces? —preguntó Emily mirando a la maestra.

María lo pensó un poco más mientras vertía la infusión en una taza.

—Está bien —afirmó antes de beber un pequeño sorbo—. Iré.

Emily sonrió y asintió satisfecha.

—Se lo recordaré cuando llegue el momento, aún faltan unos cuantos días.

María salió de la cocina con la taza en las manos y se dirigió hacia las escaleras para volver con Aili.

—¿Por qué sonrías? —Robert la miraba con atención.

—Emily me hablaba del baile en la taberna.

—Me gusta cuando sonrías —dijo el escocés obstruyéndole el paso—. ¿A dónde va?

—Al cuarto de juegos. Aili me espera.

—Quiero que me acompañe a un sitio.

—¿Ahora? —María levantó ligeramente su taza para que viese que estaba ocupada.

—Ahora.

—¿Será mucho rato? No quiero que Aili...

—MacInan —dijo Robert sin elevar la voz y sin dejar de mirar a María—, vaya a ocuparse de Aili hasta que la señorita Fernet regrese.

La gobernanta emergió de las sombras para sorpresa de la maestra. El comportamiento de esa mujer era muy inquietante. Pasó a su lado y subió las escaleras sin emitir el más mínimo sonido. La española habría jurado que dejaba un rastro helado a su paso.

Robert le indicó con un gesto que lo siguiera y caminaron hasta el salón en el que María había tenido largas charlas con Rowell. Sintió un estremecimiento al entrar allí. Por un instante el tiempo pareció suspenderse y flotar en la nada.

—¿Le ocurre algo? —preguntó el escocés con expresión interrogadora.

María se sacudió su estado de ánimo y respiró hondo dispuesta a escucharlo.

—Bébase eso —dijo Robert señalando la taza—. Quiero que me acompañe al lago.

Señal de alarma.

—¿Al lago? ¿Para qué quiere que vaya al lago?

—Quiero que me muestre el lugar exacto en el que la atacaron.

—¿Para qué? —insistió.

—Quiero hacer una batida para buscar a los que la atacaron y asegurarme de que no dejaron ningún rastro, como dice James.

—¿Ha hablado de esto con su hermano? —preguntó, preocupada.

Robert asintió con la cabeza antes de responder.

—Y debo decirle que no se cree una palabra.

—Pero... —María trataba de encontrar las palabras adecuadas—. Esos hombres estarán lejos y seguro que no tienen intención de regresar. Además, no me hicieron daño...

Robert se acercó a ella muy despacio sin dejar de mirarla a los ojos.

—¿Hay algo que quiera contarme, señorita Fernet?

María sentía aquella mirada como una garra oprimiendo su garganta. Se llevó la taza a los labios y durante unos segundos centró su atención en la infusión que se estaba quedando fría.

—Iremos en cuanto acabe —señaló la bebida con desagrado.

—¿No le gusta el té?

—¿Gustarme? Su olor me provoca náuseas. No sé por qué mi hermano tuvo que traerlo de Inglaterra. Le aseguro que ese potingue no va a entrar en las casas de Escocia.

María bebió un sorbo y sonrió al pensar en lo equivocado que estaba. Después dejó la taza sobre una mesilla cercana.

—Se ha quedado tibio —aclaró.

—Mejor, así podemos irnos ya. Vaya a buscar algo de abrigo, hace frío fuera.

Cuando María salió del castillo se encontró con Robert subido a su caballo.

—¿Dónde está el mío? —preguntó, acercándose al animal para acariciarlo.

—Iremos juntos —dijo el escocés y sin esperar contestación se inclinó, la cogió de la cintura y la elevó hasta sentarla delante de él sin el más mínimo esfuerzo.

Sus musculosos brazos agarraron las riendas a ambos lados de su cuerpo, podía sentir el calor que emanaba de él a pesar de las bajas temperaturas. Las duras piernas del highlander rozaban sus muslos y María se puso rígida sin atreverse a moverse siquiera. Tuvo que repetirse varias veces mentalmente que aquel no era James y que no debía sentir ninguna de las cosas que le estaba haciendo sentir. Debía centrarse en la historia que contó la noche que llegó allí. Solo pensar en eso. Nada más.

## Capítulo 8

Cuando Robert detuvo el caballo frente al lago María se apresuró a bajar sin esperar su autorización y trastabilló al pisar una piedra. Cayó de rodillas en una postura algo indignante y miró a Robert que, en pie frente a ella, la observaba burlón. Se levantó lo más rápidamente que pudo, se sacudió la falda y se colocó el cabello con actitud digna.

—La próxima vez puede esperar a que yo baje primero —dijo el escocés, que parecía estar divirtiéndose con la situación.

—Ha sido culpa de esa piedra —señaló ella.

—Es buena cosa mirar dónde ponemos el pie antes de desmontar.

María apretó los labios para contener una respuesta muy poco femenina y se dio la vuelta como si quisiera observar el paisaje.

—¿Fue aquí? —preguntó Robert dejando el humor a un lado.

María señaló hacia el lugar en el que habían acampado en el siglo XXI. Robert se acercó a inspeccionar la zona.

—¿No encendieron fuego?

Estuvo a punto de decir que sí, pero entonces comprendió que no habría ningún rastro y negó con la cabeza.

—Los criados dijeron que era mejor no llamar la atención.

—Pues debieron pasar un frío de narices —aseguró mientras exploraba la zona.

Después de unos minutos en los que el hombre se tomó su trabajo con enorme interés se volvió hacia María.

—James tenía razón —dijo.

María frunció el ceño y miró a su alrededor involuntariamente como si creyera que su futuro marido iba a aparecer de repente.

—Aquí no ha acampado nadie, al menos en los últimos días.

María empalideció, pero trató de disimular su ánimo vistiéndolo de ofensa.

—¿Está diciendo que miento? —preguntó orgullosa.

Robert la miró con expresión burlona durante unos segundos.

—Está claro que lo que sea que le pasara esa noche no ocurrió aquí —aseguró al fin—. No tengo ni idea de por qué quiere que creamos que sucedió en este sitio, pero aquí no acampó y es mejor que deje de intentar hacernos creer lo contrario.

María pensaba a toda velocidad.

—Está bien —reconoció—. No fue aquí, fue un poco más lejos, pero ¿qué importancia tiene eso?

—Mucha. Si de verdad la atacaron en nuestras tierras, tenemos la obligación de encontrar a quien lo hizo y darle su merecido. Si miente sobre los detalles parecerá que está tratando de ayudarlos a librarse, lo que no tendría ningún sentido.

*Claro que sí, estoy segura de que os gustaría cortarles la cabeza en medio de la plaza del pueblo con una turba de gente pidiendo su muerte a gritos* —pensó la española en silencio.

—Por favor. —Se acercó a él y puso la mayor sinceridad en su voz—. Por favor, Robert, no haga nada. No me hicieron nada malo, tan solo se llevaron algunas cosas sin importancia.

Robert entornó los ojos como si quisiera leer en su rostro lo que no era capaz de comprender.

—Es usted una mujer extraña. Cualquier mujer a la que hubiesen atacado estaría clamando justicia, en cambio, usted quiere proteger a sus agresores.

—No pretendo protegerlos, pero tampoco me hicieron nada, solo se llevaron mi equipaje. No

quiero que nadie sufra daño por unos cuantos vestidos.

Se acercó tanto a ella que a María le pareció que se quedaba sin aire.

—Cualquiera que la escuchase hablar pensaría que eran sus cómplices...

—¿Cómplices? —Dio un paso atrás, sorprendida—. ¿Cómplices de qué?

—Quizá querían entrar en el castillo. —Robert volvió a acercarse—. Quizá oculta algo, como piensa James.

—¿Y qué voy a ocultar? —Se sintió terriblemente decepcionada al saber que James había estado instigando a su hermano contra ella.

—No lo sé. —Robert estiró el brazo y colocó un mechón de los cabellos de María con suma delicadeza.

—Si desconfiáis de mí, dejad que me marche. —Sus mejillas estaban arboladas y se sentía turbada por la mirada del escocés.

Se dio cuenta de que estaba pisando arenas movedizas y se apartó de él, colocándose las manos en la cintura y endureciendo su expresión. Lo que no había previsto era que ese gesto provocase que la capa con la que se abrigaba se abriese y mostrase sus turgentes pechos saliendo del apretado escote, lugar al que fueron directos los ojos de Robert.

El escocés reaccionó de manera inesperada y la agarró de la cintura para atraerla hacia su cuerpo. María se sintió hipnotizada por aquellos ojos grises que la miraban con fijeza y algo más que no atinaba a catalogar por desconocido.

Había querido besarla desde el primer momento que la vio. Y ese deseo lo tenía desconcertado y preocupado a partes iguales porque no comprendía a qué se debía tan profunda ansia. Era una mujer exuberante, sus curvas le producían vértigo, pero había tenido todas las mujeres que había deseado, no era un hombre con carencias en ese sentido. Por eso no

comprendía la excitación que sentía cuando María estaba en la misma habitación que él, ni el deseo que le atenazaba los músculos cuando la miraba. Sabía que solo había un modo de acabar con aquel dominio que ejercía sobre él.

Sentir el cuerpo femenino pegado al suyo estuvo a punto de arrancarle un gruñido animal, pero aún le quedaba resistencia y pudo frenarlo antes de que saliese de su boca. Aspiró su aroma y lentamente llevó la mano que tenía libre hasta colocarla en su nuca. Acarició sus cabellos sedosos y se estremeció al ver que ella entreabría los labios como una promesa.

La besó de una manera tan profunda que María sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies. Robert la apretó contra su cuerpo y al sentir el contacto de sus turgentes y generosos pechos la sangre se le acumuló entre las piernas y su boca se convirtió en una prisión de la que no la dejaría escapar. Mordisqueó su labio inferior para después volver a deslizar la lengua en el interior de su boca, con firmeza y decisión, sin ambages.

María sintió algo duro contra su espalda, ni siquiera se había dado cuenta de que la había elevado del suelo y la había llevado hasta un árbol. Las manos de Robert se habían colado bajo sus faldas y la agarraban ya del trasero con la clara intención de penetrarla. Como si despertara de un sueño se dio cuenta al fin de lo que estaba a punto de ocurrir. Sentía la firmeza de su erección buscándola y estaba claro que era un experto en conseguir lo que quería.

La española puso las manos en su pecho y lo empujó con decisión. Apenas consiguió un milímetro de espacio, pero estaba decidida a librarse de él a pesar de que la amenaza era demasiado poderosa.

—¡Ni se te ocurra! —exclamó con fiereza cuando pudo liberar su boca.

Los ojos de Robert la miraban con un fuego abrasador.

—Me deseas —gruñó—, no trates de negarlo, mujer.

—¡Qué me dejes, leche! —gritó en español al tiempo que levantaba su rodilla, tal y como la había enseñado a hacer Rowell, y lo golpeaba con fuerza en aquella parte tan sensible y tan excitada.

El escocés se dobló de dolor y se apartó gimiendo y maldiciendo furioso.

—¡Maldita zorra!

María echó a correr hacia el caballo, subió a él con presteza y se alejó de allí sin darle tiempo a reaccionar.

—¿Dónde está el señor Done? —preguntó Liam cuando María devolvió el caballo a las cuadras.

—Se ha entretenido. —Eludió su mirada—. Regresará enseguida.

El mozo frunció el ceño sin comprender.

—¿Se ha entretenido? ¿Y ha dejado que montara usted sola su caballo? ¡El señor no deja que nadie monte a *Sigh*!

—Pues ya ves, a mí me ha dejado. —María se alejó del muchacho para dirigirse al castillo con la tensión emanando por todos sus poros—. Menudo *imbécil*. ¿Qué se habrá creído el bárbaro ese? Tiene la delicadeza de un puercoespín y la sensibilidad de una mofeta...

—Señorita Fonet. —James salía en ese momento y le cortó el paso—. ¿Le ocurre algo?

María lo miró con tal furia que el escocés no pudo disimular su sorpresa.

—Ya veo que sí —dijo serio.

—¿Me deja pasar? —pidió.

El tono no hizo más que aumentar el interés en su interlocutor.

—La he visto salir con mi hermano. Y a juzgar por cómo regresa debe haber sido una salida algo accidentada. ¿Qué ha ocurrido?

—Ha ocurrido que este es un mundo de bárbaros insensibles que piensan que las mujeres solo estamos para darles placer —dijo, mordiendo las palabras—. Llevo aquí demasiado tiempo y ya estoy harta. Harta de no poder darme una ducha como es debido, de no poder prepararme un té en condiciones, de no poder leer tumbada en mi cama con una luz adecuada. Harta de ver caras desconocidas, de no poder montarme en un avión y largarme de aquí para siempre.

James la miraba con atención sin mostrar emoción alguna.

—¿Robert se ha propasado con usted?

María lo miró furiosa e irritada. Irritada porque no fuese capaz de captar más allá de lo evidente.

—Será mejor que vuelva con Aili. —Trató de esquivarlo.

James la cogió del brazo para detenerla y ella se zafó de él con violencia.

—¡No me toque!

Lejos de hacerle caso, James la agarró de la muñeca y la arrastró hasta uno de los salones. Una vez dentro cerró la puerta y la soltó.

—Y ahora cuénteme qué ha ocurrido —pidió con actitud relajada.

María lo miraba furiosa.

—¿Qué se ha creído? —Tenía los puños apretados y sus ojos echaban chispas. Aquellos dos hermanos eran unos brutos—. ¿Cómo se atreve a tratarme de este modo?

—Puede patear como una niña a la que hay que obligar a irse a dormir o puede responder a mi pregunta y comportarse como una adulta. Eso determinará el modo en que la trate.

—Es usted... —María se obligó a cerrar la boca para contener la ristra de insultos que se le venían a la boca—. No vuelva a ponerme las manos encima.

—Siéntese si lo desea —dijo James como respuesta—. Le prepararé un *whisky*, eso la ayudará a calmarse.

María lanzó una mirada asesina a su espalda. Solo le faltaba preguntarle si tenía la regla.

James puso un dedo de *whisky* en dos vasos y le dio uno a ella. Después se sentó en una butaca y esperó a que María se decidiese a hacer lo mismo.

—Y ahora —siguió el escocés indicándole el sofá—, cuénteme qué ha hecho Robert.

—Usted es el culpable de todo. Le ha hecho creer cosas de mí. Le dijo que yo mentía —le recriminó después de sentarse y beber un trago de *whisky*. Sintió, casi con alivio, como le quemaba la garganta—. Me llevó hasta el lago para que le contara lo que pasó aquella noche y sin venir a cuento me besó y me empotró contra un árbol dispuesto a... —Iba a decir «follarme», pero se contuvo a tiempo sin saber cómo sonaría aquello en los oídos del escocés.

James no se inmutó, aunque un músculo se contrajo en su mandíbula.

—¿Lo hizo?

María negó con la cabeza.

—Le di un rodillazo en sus partes.

James siguió inamovible.

—¿Qué le respondió?

María frunció el ceño sin comprender la pregunta.

—Cuando le preguntó qué había pasado aquella noche, ¿qué le respondió?

—Eso es lo único que le importa, ¿verdad? —Sintió que la rabia volvía a estrujarle el estómago y se puso de pie dispuesta a marcharse.

—Siéntese —ordenó James.

—Usted no tiene derecho...

—Tengo todo el derecho —la cortó, poniéndose delante de ella tan cerca que María pudo ver los tonos metalizados dentro de su retina—. He tenido mucha paciencia con usted, señorita Fornet, no intente aprovecharse de ello.

María se sentó, agotada. Realmente estaba cansada de todo aquello, estaba sometida a una enorme tensión emocional y no había podido desahogarse. No había tiempo para pensar en eso, tenía que llegar hasta Laura sana y salva, lo que cada día le parecía más difícil. Después ya dejaría salir sus emociones.

—Quiero irme de aquí —confesó, apartando la mirada para que no viera que tenía los ojos acuosos.

—Sabe cómo conseguirlo —respondió James con voz suave—. Tan solo tiene que decirme a qué ha venido.

María se limpió una lágrima, rápidamente y con disimulo, y respiró hondo buscando la calma que había perdido.

—Será mejor que regrese con Aili —dijo.

—En cuanto a Aili... —La voz de James se volvió de terciopelo y el frágil ánimo de María se estremeció por su suavidad—. Quiero agradecerle lo que está haciendo con ella. Aili es feliz con usted. Me ha contado todo lo que ha aprendido en estos días, está realmente entusiasmada.

María asintió, pero seguía sin mirarlo.

—Señorita Fornet, su actitud no me permite confiar en usted. Póngase en mi lugar. Veo el bien que está haciéndole a esa niña y le aseguro que no hay en el mundo nadie que se preocupe más que yo por ella, pero su empeño en no decirme qué ocurrió aquella noche me impide tratarla

como estoy seguro que merece.

Claro que lo entendía, pero ¿cómo iba a contarle la verdad? ¿Qué hombre de su época sería capaz de aceptar algo así? María sabía que solo siendo sincera conseguiría que se convirtiese en su aliado, que la ayudase. Lo veía en sus ojos, era un hombre de honor y estaba segura de que podría confiar en él. Empezaba a intuir que la diferencia entre los dos hermanos iba mucho más allá de un simple corte de pelo o el color de los ojos. Pero no podía decirle la verdad porque jamás la creería. Un círculo cerrado del que no podía escapar.

Y entonces lo comprendió. Estaba sola y debería salir de allí sin ayuda. Rowell la llevó hasta Turlom con ese fin, no sabían si podría contar con alguien para conseguir llegar hasta Laura, de manera que le enseñó el camino. Fueron en coche, pero se detuvieron varias veces para que el escocés le mostrase los senderos que no aparecían en el mapa y que se encontraría al viajar en el tiempo. Podía hacerlo. Y, además, era su única opción.

El hecho de tomar aquella decisión le devolvió las fuerzas que creía haber perdido. Debía planificarlo bien, escoger el momento.

—¿En qué está pensando?

La voz de James le hizo dar un respingo. Se había olvidado de dónde estaba y temió que su rostro hubiese mostrado más de lo que sería deseable.

—Tiene razón —reconoció en voz alta—. Y le prometo que se lo contaré todo cuando esté preparada. Ahora déjeme volver con Aili, por favor. Es cierto que no soy peligrosa y jamás haré nada que perjudique a esa niña.

James asintió y María se puso de pie para dirigirse a la puerta.

—Hablaré con mi hermano —dijo él antes de que abandonara el salón—. Intentaré que no vuelva a molestarla.

María entró en el cuarto de juegos y se encontró con que Aili estaba sola tumbada en el suelo y mirando al techo mientras cantaba una cancioncilla. La maestra se estremeció al reconocerla, era la misma que había cantado Rowell cuando estuvieron en Turlom. La que a él le cantaba su madre. La niña no se inmutó cuando la escuchó llegar y siguió cantando.

—Es una canción muy bonita —dijo María cuando terminó, sentándose en el suelo a su lado.

—Me la cantaba mi madre. —La niña giró la cabeza para mirarla.

La maestra le acarició el cabello con cariño. Cuando entró en la habitación y la vio tan sola sintió tristeza. ¿Qué pasaría con Aili cuando ella se marchase?

—Ven. —Le tendió la mano y se puso de pie—. Vamos a la cocina. Jill me ha dicho esta mañana que necesitaría ayuda para preparar sus pasteles después de comer.

—Tengo mucha hambre —dijo la niña sonriendo.

—¡Y yo! —exclamó la maestra.

María se sentía reconfortada al estar con aquellas mujeres. Era agradable el ambiente de trabajo compartido que había en aquella cocina. Allí podía relajarse y dejar de pensar en sus problemas, centrándose tan solo en la textura de la masa para el pan o el tamaño al que debían cortarse las verduras.

—Voy a preparar la salsa de arándanos —anunció la señora MacFerson cuando terminaron de comer.

—Pero descanse un rato —pidió María cogiéndole la mano para que no se levantara—. Trabaja mucho y se merece un poco de tranquilidad. Quedémonos un ratito aquí sentadas charlando y tomando este delicioso café.

Las tres cocineras se miraron sonriendo, no estaban acostumbradas a que les pidieran que descansaran y les resultó muy agradable oírlo.

—¿Hace mucho que trabajan juntas? —preguntó María mientras Aili se entretenía con trocitos de masa que Jill le había dado para jugar.

—Yo vine cuando tenía doce años —explicó la señora MacFerson—. Mi padre me trajo cuando murió mi madre y decidió que no podía encargarse de mí. La madre del señor Done me aceptó para trabajar en las cocinas. Por entonces la cocinera era Clara MacVernon, que me enseñó todo lo que ella sabía para que pudiera defenderme entre estos cacharros.

—Pero a la señora MacFerson le gusta mucho investigar —dijo Emily—, se ha inventado platos deliciosos.

—También he tenido que tirar auténticas bazofias incomibles —reconoció, riendo.

—¿Las tres vivís aquí? —siguió preguntando María.

—Jill no —dijo la cocinera—. Ella tiene su casa en la aldea.

—¿Y por qué no quiere ir al baile con nosotras? —preguntó María sonriendo—. Es muy joven y no está casada. ¿No le apetece divertirse?

—Yo no puedo ir a ese baile —respondió con mirada cínica—. Tengo que ocuparme de mi hijo.

—No sabía que tenías un hijo —dijo María gratamente sorprendida—. ¿Cuántos años tiene? ¿Por qué nunca lo he visto?

—Tiene tres años y el señor no quiere que lo traiga al castillo.

María miró a las otras dos mujeres y le resultó evidente que aquel tema les era incómodo. Cuando volvió a mirar a Jill la joven seguía con aquel desafío en sus ojos.

—¿Por qué no quiere que lo traigas? —preguntó con precaución.

—Porque solo aceptará a un nieto que sea legítimo. —Torció una sonrisa—. Si consigue que ese hombre se case alguna vez yo me hago monja.

María empalideció. No podía preguntarle quién era el padre de ese niño, ni siquiera estaba segura de querer saberlo, pero estaba claro que Robert iba a casarse pronto así que...

—¿Cómo se llama? —preguntó con incomprensible temor.

—Jamie —dijo Jill con una fría sonrisa en los labios.

María cogió su taza y bebió un sorbo de café que le supo amargo como las tueras.

—Si quiere puede venir a verlo algún día —ofreció sin borrar aquella sonrisa—. Es tan guapo como su padre.

—¡Jill! —exclamó la señora MacFerson.

—¿Y quién lo cuida mientras trabaja? —se interesó María esforzándose en que su voz sonase lo menos afectada posible.

—Mi madre. Está casi ciega y no sale de casa. El niño es su única distracción.

María sintió un pellizco en el corazón. Comprendió lo complicada que debía ser la vida de Jill. Tenía un rostro duro y enjuto, pero sus ojos tenían una chispa inquieta y cuando estaba concentrada en su tarea de amasar el pan y creía que nadie la miraba sus facciones se relajaban haciendo que pareciese hermosa. Igual que Aili. La maestra podía entender lo que James había visto en ella y comprendía el mundo en el que vivía ahora, pero aun así le dolió haberse equivocado con su apreciación del carácter del escocés. Sin motivos había aceptado que era un hombre de honor incapaz de hacer algo tan... Apartó la taza sin darse cuenta, ya no le apetecía el café.

Ella era una mujer del siglo XXI y toda la situación le resultó repugnante. Por muy sexi y atractivo que fuese, el que se suponía debía de ser su futuro marido, jamás podría mirarlo con

agrado después de aquello. Había dejado embarazada a una criada y se había desentendido por completo de la criatura. Algo que debía ser muy común en la época, pero que no lo justificaba en absoluto. El dibujo que pintaban aquellos hechos sobre la personalidad del escocés era de lo más clarificador y nada tenía que ver con la imagen que había proyectado Rowell sobre su abuelo. Ni sobre la relación que ambos ancestros mantuvieron. Jamás se casaría con un hombre al que no pudiese respetar.

Pero... ¿entonces? ¿Qué pasaría con Rowell? Incluso con Leod y Evan. Ella era un nexo necesario en esa cadena. No podía desentenderse de ello...

Se puso de pie de golpe ante el asombro de las tres cocineras.

—Será mejor que Aili y yo vayamos arriba. —Le hizo gestos a la niña para que la acompañara—. Tenemos tareas que hacer.

—Pero tenemos que ayudar a Jill a hacer los pasteles —dijo Aili.

—No se preocupe, señorita Campbell. —La aludida miró a la niña—. Puedo hacerlos sola, como siempre.

María se encontró con sus ojos y tuvo que apartar la mirada avergonzada. Era como si el destino quisiera obligarla a quitarle algo que, en justicia, debería haber sido de esa humilde panadera. Sintió los ojos de Jill clavados en su espalda hasta que salió de la cocina.



## Capítulo 9

Varios días después del que creía había sido su mayor descubrimiento sobre el carácter de James Done, uno de los criados fue a buscar a María a la cocina cuando se preparaba una de sus infusiones.

—El señor Robert quiere que salga al patio, señora.

María frunció el ceño sin decidirse a obedecer. Las tres cocineras la miraban con atención, sorprendidas de que no acatase aquella orden de manera inmediata.

—Al señor Done no le gusta que lo hagan esperar —dijo Jill.

María asintió y salió de la cocina para encaminarse al patio de armas. Según se acercaba los sonidos del exterior llegaron a ella con estremecedora claridad. Apresuró el paso y se encontró con una escena de terror. Varios hombres, atados a postes de madera, estaban siendo azotados. Robert Done era quien sostenía el látigo y cuando la miró sus ojos brillaban con evidente excitación.

—Venga aquí —le ordenó, limpiándose el sudor de la frente con el antebrazo.

María se acercó temblando y miró a aquellos hombres lastimados que apenas podían sostenerse en pie.

—¿Los reconoce? —preguntó Robert y acto seguido lanzó de nuevo el látigo contra la espalda de uno de ellos—. Este es el cabecilla, seguro que se acuerda de él.

María se había tapado los oídos estremecida por el sonido que había producido el azote del cuero contra el cuerpo del pobre hombre que emitió un grito ahogado a causa de sus escasas fuerzas.

—Son los desgraciados que la atacaron —afirmó el escocés respirando agitado a causa del

esfuerzo que llevaba haciendo durante un buen rato.

Ella los miró horrorizada al comprender. Estaba completamente pálida cuando volvió a poner la mirada en Robert. ¡Los estaba golpeando por sus mentiras!

—¡No! Ellos no... ¡Dios mío!

Miró aquella carne golpeada, los cortes profundos de sus espaldas y brazos, el charco de sangre en el suelo. Se estremeció, sintiendo que iba a vomitar.

—Claro que son ellos —dijo Robert con expresión perversa—. Los encontramos merodeando cerca del lago. Llevaban algunos objetos que claramente no les pertenecían. Y no son de por aquí. Todo exactamente como usted lo explicó.

María negaba con la cabeza sin cesar.

—No, no son ellos —confirmó, temblando—. Tiene que soltarlos, esos hombres no me hicieron nada.

—¿Está segura? No se deje engañar por la situación. Son mala gente. Ellos no dudarían en destripar a cualquiera solo por quitarle su mísero zurrón.

María sentía una angustia insoportable. El desagradable olor se colaba por sus fosas nasales y rebotaba en su estómago como un puñetazo. Una mezcla del olor de la sangre con los excrementos de aquellos tres hombres, que habían perdido el control de sus esfínteres a causa del dolor, y el sudor del propio Robert, al que no le iría mal una buena ducha.

—No son ellos —insistió muy seria y con demasiada vehemencia—. No lo son. Esos hombres no me hicieron nada. Déjelos ir, por favor, ya los ha castigado bastante.

Era evidente que Robert sabía perfectamente que ella le estaba diciendo la verdad. María sentía el corazón golpeando en su pecho con violencia y no podía respirar, se dio la vuelta para echar a correr hacia el castillo y se chocó con una mole dura de carne y hueso.

—¿Qué pasa aquí? —James la apartó suavemente colocándola a un lado y se enfrentó a su hermano gemelo.

Ver juntos a aquellos dos hombres idénticos resultaba inquietante.

—Encontramos a estos bandidos merodeando en la zona del lago negro —explicó Robert—. Portaban objetos que eran claramente robados y pensamos que eran los que habían atacado a la señorita Fornet. Ella asegura que no son ellos.

James miró a los pobres diablos y después a su hermano.

—Veo que te has divertido bastante, pero deberías buscarte otro entretenimiento más acorde con tu posición.

Robert endureció su semblante.

—¿Qué pasa, hermanito? ¿Se te ha aguada la sangre? ¿Ahora tampoco te parece bien que les dé su merecido a los que incumplen la ley?

—Si te refieres a no seguir las órdenes de Ian en cuanto a incursiones nocturnas, sabes que nunca ha sido lo mío. De todos modos, no creo que a padre le guste este espectáculo en su casa, pero tú mismo... —Se encogió de hombros.

Robert se volvió hacia uno de sus hombres y le hizo un gesto para que los soltaran.

—Que les den algo de comer y les limpien las heridas —dijo con firmeza y después tiró el látigo al suelo.

María lo miraba furiosa.

—No me mire así —pidió él frunciendo el ceño—, creí que eran quienes la atacaron. ¿Qué quería que hiciera?

—¿Preguntarme antes de golpearlos salvajemente? —María empezaba a recuperar la calma, aunque seguía estremecida—. ¿Cómo puede ser tan bárbaro?

Robert la miraba con el entrecejo completamente arrugado sin dar crédito a lo que oía.

—Mida sus palabras —amenazó, inclinándose hacia ella—. No tolero que una mujer me hable de ese modo.

—Tranquilo, Robert. —James se interpuso entre ellos—. Es extranjera, no conoce nuestras costumbres.

—Debe ser eso —aceptó Robert—, pero más le vale aprender rápido o se encontrará con una reacción muy desagradable.

—Será mejor que se marche. —La miró un instante.

María no se hizo de rogar y echó a correr hacia el interior del castillo. No se detuvo hasta que estuvo dentro de su habitación con la puerta cerrada. Se apoyó en ella temblando de rabia, miedo y angustia. Acababa de ver cómo golpeaban a un hombre con un látigo. Aquello no era ficción, no estaba participando en la grabación de una serie. Esas grietas sanguinolentas en sus espaldas eran auténticas. El dolor de esos hombres era verdadero. Se dejó caer hasta el suelo y se tapó la cara con las manos, dejando que los sollozos la sacudieran.

No había llorado apenas desde que viajó. No se lo había permitido porque creía que, si se dejaba ir, eso la debilitaría tanto que no podría soportarlo. Se sentía sola y asustada. No podía creer que tuviese que quedarse allí el resto de su vida. Los sollozos se hicieron más intensos y dolorosos, le raspaban la garganta y la sacudían con violencia. Por su cabeza pasaron imágenes a toda velocidad. Los alumnos de su clase, Julia y Cristina, su pequeño apartamento que ahora ocuparían otras personas... Y sus padres. Podía imaginarlos sentados en el sofá, uno al lado del otro, con las manos enlazadas, llorando. Tristes, pero aferrándose a la idea de que ella estaría bien, de que sería feliz. Si pudieran verla en ese instante, eso les destrozaría el corazón. Porque no era nada feliz. Era muy desgraciada y no quería estar allí.

Se limpió las lágrimas, enrabiada, y se puso de pie. No iba a dejarse vencer. Le había asegurado a Julia que era mucho más valiente de lo que ellas creían y demostraría que era cierto. Tenía a Aili y en ella se centraría por completo hasta que llegase la noche del baile en la taberna. Entonces escaparía. Nadie iba a detenerla.

—Pero ¿se puede saber qué hacen? —La señora MacInan había entrado en el cuarto y miraba horrorizada el tinglado que habían organizado—. ¿De dónde ha sacado toda esa ropa? ¡Dios mío! ¡Ha deshecho las camas! ¿Es eso?

—Sí, señora MacInan —dijo María con las mejillas coloradas por el esfuerzo y sin poder parar de reír—. No se preocupe, luego lo recogeremos todo y volveremos a ponerlo en su sitio.

—¿Ponerlo en su sitio? ¿Va a poner esas sábanas sucias en la cama después de haberse revolcado sobre ellas haciendo... lo que sea que estaban haciendo?

—Volteretas.

—¿Cómo dice?

—Estamos haciendo volteretas. Mire. —Se volvió hacia Aili—. Venga, enséñale a la señora MacInan cómo se hacen.

La niña se agachó para poner la cabeza en el suelo y dándose impulso rodó hacia delante provocando una exclamación horrorizada de la gobernanta.

—¡Se ha vuelto loca! —dijo la mujer corriendo a sujetar a la niña para que no volviese a hacerlo.

—Es muy divertido —aseguró la pequeña.

—¡Si tu padre te ve le dará un ataque! —aseguró la gobernanta sacudiéndola como si fuese un saco de trigo.

La niña agachó la cabeza con expresión compungida.

—No haga eso. —María se puso muy seria.

—¿Que no haga qué?

—Tratarla así. ¿No ve que es muy pequeña?

—¿Y qué tiene que ver que sea pequeña para que la corrija y la castigue? Debe saber lo que está bien y lo que está mal.

—Lo sabe perfectamente. —María se acercó a la niña y con suavidad la cogió de la mano apartándola de la gobernanta a la que miraba con desagrado—. Le recuerdo que la niña está a mi cargo —dijo al ver que no la soltaba.

La señora MacInan apretó los labios hasta formar una fina línea en su rostro, pero finalmente soltó a Aili de mala gana.

—Tenga cuidado con lo que hace —amenazó—. No tardarán en darse cuenta de la clase de mujer que es y entonces se irá de esta casa sin nada. Tal y como llegó.

María no quiso ser impertinente delante de la niña.

—Que tenga un buen día, señora MacInan —dijo después de respirar hondo.

La gobernanta se dio la vuelta y salió de allí dejando tras de sí un fuerte olor a azufre. La maestra miró a Aili, que había perdido el entusiasmo que la embriagaba unos minutos antes. Se agachó frente a ella y la miró a los ojos.

—¿Hacemos una juntas? —preguntó, sonriendo.

La niña abrió mucho los ojos y asintió repetidamente.

Kendrick Campbell la miraba de arriba abajo sin moverse de la silla.

—Así que usted es la famosa señorita María de la que tanto habla mi hija.

Kendrick Campbell era un hombre de unos cincuenta años, con cabello y barba grises que contrastaban con el pelo rojo de los Done. Podría decirse que era atractivo, pero había algo en su mirada que hizo que María sintiese un instintivo rechazo hacia él.

—Según James es culta y sumamente agradable con Aili —siguió diciendo el escocés—. Al parecer mi cuñado piensa que esos son los atributos más idóneos para una niñera. De la belleza y el atractivo físico no dijo nada. Ahora veo por qué.

—La niñera es para Aili, Kendrick, no para ti —dijo Robert burlón.

María trataba de evitar los ojos de Robert, no quería que la viese vulnerable después de lo que había pasado en el patio con los hombres a los que había torturado. No había vuelto a verlo desde ese episodio y no estaba segura de cuál sería la actitud del escocés hacia ella después de su reacción.

—Siéntese a comer con nosotros, señorita Fonet —pidió Robert señalándole la silla vacía junto a él.

—No tengo hambre, gracias —respondió muy seria y, sin poder evitarlo más, clavó sus pupilas en las del escocés—. Acabo de comer con Aili en la cocina.

—Vaya —dijo Kendrick Campbell frunciendo el ceño—, no sabía que ahora el lugar de mi hija estaba con el servicio. Reinold, ¿cuándo has desheredado a tu sobrina nieta?

—Si lo deseas —intervino James—, la señorita Fonet y Aili podrían comer contigo a partir de mañana.

—¿Te has vuelto loco? —Kendrick le dedicó una mirada asesina—. Solo me faltaba tener a

esa cría lastimosa delante mientras como. ¿Quieres que me siente mal la comida? Por mí que coman en la cuadra si les apetece.

James miró a María con expresión irónica y una ligera sonrisa a la que la española no respondió.

—Parece que ha logrado usted ponerse en contra a la señora MacInan —siguió Kendrick mirándola divertido—. Esa mujer me ha dado dolor de cabeza con sus quejas. Según dice obliga usted a hacer cosas inapropiadas a mi hija.

—Aili es una niña y necesita jugar para desarrollarse adecuadamente —dijo María tratando de sonar educada—. Solo hacemos cosas de niños.

—MacInan se ha ocupado de Aili desde que mi mujer murió. Me parece bien que la niña tenga una niñera, si James así lo ha decidido, pero intente no molestar a la vieja Maggie. Puede ser muy perseverante cuando se enfada.

—Haré todo lo que esté en mi mano. —Inclinó ligeramente la cabeza.

—Si no necesitas preguntarle nada más, dejemos a la señorita Fernet que vuelva con Aili —dijo James.

María tuvo la impresión de que la miraba con cierta admiración.

—¿Dónde la encontraste? —preguntó Kendrick y después le dio un enorme mordisco a un trozo de carne.

—Me la recomendó un amigo cuando estuve en España el año pasado —mintió.

—Vaya, vaya. Creía que había sido cosa de mi sobrina Anabella. Sé que se rodea de mujeres mucho menos atractivas que ella para que no tienten al diablo cuando tenga esposo.

—Anabella aún no necesita niñeras, Kendrick —intervino Reinold—. Debe estar intacta si quiere casarse con mi hijo.

Los dos hombres se echaron a reír como energúmenos y María apenas pudo disimular su desprecio. Se sentía como un caballo antes de ser comprado. En cualquier momento le pedirían que enseñara los dientes.

—Supongo que a Robert le parecería que Anabella es demasiado mojigata —dijo Kendrick.

—Claro, está acostumbrado a esas mujerzuelas que se lanzan a su cuello en cuanto lo ven —aseguró su padre.

—Anabella será la mujer perfecta para alguien como tú —siguió Kendrick mientras atacaba su pedazo de carne—, sumisa y entregada, como debe ser. No como la que me tocó a mí, perdóname que te lo diga, Reinold, pero tu sobrina no tenía ninguna de las virtudes que se esperan de una esposa. Aunque, debo reconocer que, en cuanto a físico, Maela era mucho mejor que Anabella. Sus tetas son como garbanzos, pero tranquilo, Robert, crecerán cuando tengan que proveer de leche a tus cachorros.

—Kendrick —intervino el susodicho—, contente un poco, te recuerdo que hay una dama presente.

—¿Dama? ¿Cuál dama? —se burló su cuñado señalando a María—. ¿Te refieres a esa?

—Si me disculpan —dijo la maestra dándose la vuelta para marcharse.

Tanto Reinold como Kendrick se quedaron sin palabras al ver que salía del comedor sin esperar a que el señor del castillo le diera su autorización. Su padre miró a James con el ceño fruncido.

—Es española —explicó su hijo como si eso lo explicara todo.

—Me importa una mierda de dónde sea, ve y enséñale buenas maneras o tendré que hacerlo yo.

María había salido del comedor escuchando de fondo las voces masculinas y tratando de no prestar atención a sus palabras. Le había costado muchísimo contener las encadenadas respuestas a sus ofensivos comentarios, que constantemente le llegaban a la boca. Había tenido que ejercer un autocontrol férreo para no decirle a ese energúmeno lo que pensaba sobre sus opiniones machistas y despreciables. El machismo era ley y no podía hacer otra cosa que acatarlo y resignarse. Faltaban cientos de años para que las mujeres pudiesen rebelarse. En ese momento no eran más que un objeto bonito que debía someterse a los designios masculinos. Esa era una de las simas profundas a las que debería bajar y no estaba segura de ser capaz de hacerlo sin llevar una buena espada, para rebanar gajates como el de ese estúpido Cromañón.

Se preguntaba cómo era posible que la madre de Aili se hubiese casado con ese cavernícola insultante y despreciable. La única explicación que se le ocurría para que aceptase semejante destino era que no hubiese tenido otra opción. Estaba claro que su tío debía haberla obligado, igual que parecían estar tratando de obligar a Anabella a casarse con Robert. Los Done ponían demasiado esfuerzo en emparentar con los Campbell. Dio gracias de que la hubiesen dejado comer con la niña todos los días desde que llegó. Tener que aguantar aquellas conversaciones habría sido la mejor y más eficaz dieta de adelgazamiento de la historia.

—No vuelva a salir de una estancia sin que mi padre se lo autorice.

La voz de James a su espalda la hizo volverse, sorprendida.

—¿Cómo dice? —lo encaró—. Sepa que si me hubiese quedado un segundo más mi reacción le habría disgustado aún más.

James la miraba con ojos sonrientes y eso la irritaba.

—Lo peor es que creo que lo dice en serio.

—Por supuesto.

—Kendrick es estúpido, no debe hacerle caso.

—Me preocupa que sea el padre de esa pobre niña.

—¿Es cierto que han tirado la ropa de las camas al suelo y han estado haciendo volteretas?

—Sí, es cierto. Y también hemos jugado al escondite, hemos pintado, leído y cantado. —Lo retó con la mirada y con las manos en la cintura a modo de tabernera—. Y sepa que estoy enseñando a Aili a hablar español.

James sonrió abiertamente.

—Ya veo. Ahora entiendo por qué su llegada a esta casa ha supuesto un cataclismo para la señora MacInan. Es usted una influencia muy perniciosa, me temo.

—Aili es una niña —dijo, excitada—. ¿Es que nadie más se ha dado cuenta? Necesita jugar, tener amigos, divertirse. Ya tendrá tiempo de preocuparse y de ser responsable. Lo único que debería importarle a todo el mundo es que esa niña sea feliz.

—La felicidad no es un valor importante en esta familia, señorita Fonet.

Aquella afirmación había borrado todo el humor en el rostro del escocés y María sintió una punzada en el pecho al percibir dolor en su mirada.

—Pues debería serlo —bajó el tono—. La felicidad es imprescindible para un buen desarrollo, señor Done.

James entrecerró los ojos y se acercó un poco más, como si se viera irremediamente atraído.

—Debería regañarla, pero ¿sabe una cosa? Me gusta su irreverente rebeldía. Cuando usted está presente provoca una reacción en cadena a su alrededor. Pero debería saber que eso la convierte en una persona muy peligrosa... María.

La manera en que dijo su nombre le provocó un estremecimiento, como si él hubiese

pronunciado un hechizo que llevase un recuerdo olvidado. Se mordió el labio nerviosa y aquel gesto atrajo la mirada del escocés hacia su boca. Todo sucedió de un modo natural, como si no pudiesen actuar de otro modo. James la atrajo suavemente, inclinó la cabeza y le rozó los labios con los suyos. No fue un beso apasionado, no hubo lengua, pero sí una emoción contenida que ocultaba una excitación superlativa.

Cuando se separaron María temblaba como una hoja y sin decir nada se dio la vuelta y corrió hacia la cocina para alejarse de él.

James la observó desaparecer sin moverse. Se sentía envuelto por la atmósfera de su aroma, un olor que se clavó en su cerebro como una caricia. Una atmósfera comfortable en la que se sentía en casa. Frunció el ceño con preocupación. ¿Qué había sido eso? ¿En serio acababa de besar a la niñera de Aili? Y no fue un beso sexual, fue algo mucho más profundo. No era que no la deseara, sentía su jinete desbocado debajo del *kilt* y no le habría costado nada empotrarla contra la pared y hacerla suya. Pero aquel beso había sido por algo distinto, algo que no reconocía porque jamás antes lo había experimentado. Sacudió la cabeza, tratando de quitarse todos aquellos pensamientos estúpidos, y al darse la vuelta se topó con la intensa mirada de su hermano. Robert no dijo nada y regresó al comedor.



## Capítulo 10

—¿Podemos hablar un momento? —James lo encontró jugando a las cartas con uno de sus hombres.

—Déjame acabar. Estoy a punto de desplumar a Sullivan —dijo Robert cogiendo la jarra de vino y llevándosela a los labios.

James se sentó en la butaca dispuesto a esperar a que acabase.

—Lárgate —ordenó Robert a su contrincante cuando terminó la partida.

—Me debes la revancha —advirtió Sullivan apurando el contenido de su jarra de vino antes de salir del salón.

—¿Qué quieres, hermanito?

—¿Hablaste con Anabella sobre Aili? —preguntó James sin moverse de la butaca.

Robert rellenó su jarra de vino y bebió un largo trago antes de responder.

—Pensaba que querías hablarme de otra cosa —aseguró con expresión burlona—. Anabella no quiere a la niña.

James miró a su hermano sin variar su expresión.

—Tú tendrás algo que decir a eso, imagino.

—James... —Robert se puso de pie y caminó hasta la chimenea, donde descansaba su pipa, y comenzó a prepararla—. Sabes que quiero a esa cría, pero no puedo obligar a mi mujer a cargar con ella, debes entenderlo.

—Aili te adora —escupió James entre dientes.

—Lo sé y ya te digo que yo también la quiero, pero voy a vivir en el castillo de los Campbell, seré la mano derecha del *laird* y, si juego bien mis cartas, es posible que algún día lo

suceda...

James torció el gesto con evidente incredulidad.

—Vas a tener muchos rivales a ese trono —dijo con ironía—. No creo que Aili afecte en nada.

—¿En serio crees eso? Sabes muy bien cuál es la historia de Maela. Sabes que esa niña está marcada por la locura de su madre.

—No hables así de ella —advirtió James tan calmado que daba miedo.

—Yo también la quería. —Robert lo enfrentó con evidente tensión—. No lo olvides nunca.

James respiró profundamente, sabía que con Robert no valía de nada la confrontación. Lo que más le gustaba a su hermano era ganar, de manera que si luchabas con él siempre perdías, aunque ganases, porque entonces no pararía hasta vengarse.

—Dijiste que te llevarías a Aili. Se lo juraste delante de mí.

Robert suspiró y después se llevó la pipa a la boca mirando a su hermano a través del humo.

—Lo intenté. Le hablé de ella y le dije lo que yo deseaba, pero teme a la maldición, cree que nuestros hijos podrían verse salpicados por ella y no quiere arriesgarse. Ya sabes que es muy devota...

James vio en su expresión que él tampoco quería llevársela y sintió un profundo desprecio por su hermano. No era la primera vez, pero en esa ocasión era demasiado injusto.

—Esa niña solo nos tiene a nosotros. No le importa a nadie más. —Se puso de pie y lo miró con orgullo—. ¡Lo juraste en su lecho de muerte!

—¿Qué sabía yo entonces? No voy a sacrificar mi brillante futuro por una cría. Además, Kendrick es su padre, él es quién debe protegerla.

—¿Cómo puedes ser tan rastroso? —James tenía los músculos de los brazos tensos y los

puños apretados.

—Era muy joven, no sabía lo que decía...

James comprendió que no había nada que hacer. Robert había decidido darle la espalda a la niña y no se la llevaría cuando se marchase.

—Tú cuidarás de ella —aseguró con expresión turbada—. Eres mejor que yo. Siempre lo has sido.

Su hermano lo miró con desprecio.

—En cuanto a María... Déjala en paz.

Robert frunció el ceño desconcertado. No se esperaba ese cambio brusco de tema.

—¡Vaya! Así que le has echado el ojo...

—No tiene nada que ver conmigo. Sé lo que pasó en el lago y te advierto que no vuelvas a ponerle la mano encima.

Su hermano se mostró enormemente sorprendido.

—¿Qué tenemos aquí? —Hizo aspavientos con las manos—. ¿James interesado en una criada?

—Te repito que no se trata de mí. Si padre se entera de que vas detrás de la niñera te cortará las pelotas.

Robert cambió de semblante instantáneamente. Sabía que su hermano tenía razón, su padre no toleraría que pusiese en peligro su matrimonio con Anabella.

—Déjala en paz —insistió James—. No está aquí para satisfacer tus deseos.

Se dio la vuelta para salir del salón. No podía decir más de lo que había dicho y era mejor marcharse cuando aún estaba a tiempo.

María dedicó la mañana por completo a la enseñanza académica. Quería que antes del baile en la taberna Aili aprendiese el máximo de conceptos posibles. Las matemáticas básicas se le daban bien y le encantaba la lectura, a pesar de no haber cumplido los seis años aprendía rápido. Lo que se le daba peor era la escritura.

Después de las tareas bajaron a comer a la cocina. La niña era cada vez más sociable y alegre y solía reírse con facilidad. Effie, que era la encargada de la limpieza, y su marido Duncan Crane, que se encargaba de encender las chimeneas y del mantenimiento del castillo, eran muy dados a la broma. Aunque antes tenían muy poco contacto con la niña, desde que María se encargaba de ella habían tomado la costumbre de pasar por el cuarto de juegos a media mañana para ver cómo estaban y preguntar si necesitaban algo. La maestra creía que solo querían unos minutos de charla y hablaba con ellos gustosa, pero pronto se dio cuenta de que era a Aili a la que querían ver. En pocos días comprendió el motivo. Tenían una hija que murió muy pequeña y Aili les recordaba a esa niña. Verla se convirtió en un aliciente para el matrimonio y, como la pequeña se reía mucho con las anécdotas que contaba Duncan, María propició esos encuentros con gusto.

—Hace un día espléndido —dijo Duncan entrando en la cocina con una cesta de huevos—. Aquí tiene lo que me pidió, señora MacFerson.

—Para usted siempre hace buen día —dijo la cocinera cogiendo la cesta—. Ya llueva o nieve.

—Por supuesto —reconoció el hombre—, los días son hermosos porque son distintos. Un día hace sol, otro llueve, otro nieva... ¿Dónde estaría la gracia si siempre fueran iguales? ¿Qué me

dice, señorita Campbell? ¿No piensa como yo?

Aili se encogió de hombros y María se quedó mirándola pensativa. Desde que llegó al castillo no habían salido al exterior. En ese momento se dio cuenta de que siempre que mencionaba la idea de salir alguien decía algo que hacía que pareciera mala idea. Estaba tan preocupada con sus asuntos y tan interesada en enseñarle a Aili lo máximo posible que no se había percatado de ese detalle.

—¿Has terminado de comer, Aili? —preguntó.

La pequeña asintió con la cabeza.

—Bien, pues vamos a salir a dar un paseo. ¿Te apetece?

—¿Un paseo? —La señora MacFerson la miró con el entrecejo arrugado—. Hace frío fuera y es muy posible que nieve.

—Estamos en invierno —dijo María con una sonrisa divertida—. El frío es saludable, señora MacFerson, y a Aili le irá bien tomar un poco el aire. Desde que estoy aquí no hemos pisado la calle ni una sola vez. Creo que ya es hora.

—¿Usted cree? De verdad, no creo que deba salir con ella. Tendría que hablar con su padre antes...

*Ni muerta vuelvo a hablar con ese energúmeno, pensó María.*

—Nos abrigaremos bien. —Acarició el pelo de la niña—. Y correremos un poco para entrar en calor. ¿Quieres, Aili?

La niña asintió repetidamente.

—Yo voy a estar fuera cortando madera —dijo Duncan para tranquilizar a la cocinera—. Si necesitan algo solo tienen que silbar.

—Gracias, señor Crane. Vamos, iremos a buscar ropa de abrigo.

María la cogió de la mano y salieron de la cocina.

Hacía mucho frío y el cielo tenía ese color blanquecino que anunciaba nieve. Saludaron al señor Crane, que salió tras ellas.

—Si necesitan algo, ya saben —dijo el hombre, después se llevó dos dedos a la boca y silbó para dar ejemplo.

—Yo no sé hacer eso —dijo Aili.

—Pues tendré que enseñarte. —María sonrió y acto seguido emitió un largo y potente silbido imitando al escocés.

Duncan se giró a mirarlas y les hizo un gesto de aprobación antes de seguir su camino. Aili se reía, pero también temblaba y María comprendió que lo más urgente era hacer que entrase en calor.

—¿Ves aquel árbol de allí? —preguntó, señalándose con el dedo. La niña asintió sin dejar de temblar—. Pues vamos a hacer una carrera hasta él. Tienes que correr todo lo que puedas, ¿vale? Yo contaré hasta cinco y correré también. ¡A ver quién gana!

La niña echó a correr y María empezó a contar.

—Uno, dos, tres, cuatro ¡y cinco! —Salió disparada tras ella, poniendo cuidado en no alcanzarla.

Cuando Aili llegó al árbol se reía a carcajadas.

—¡He ganado! ¡He ganado!

—¡La revancha! —gritó María llegando junto a ella y haciéndole cosquillas—. ¡Quiero la revancha!

—¿Qué es eso? —preguntó la niña con curiosidad.

—Tienes que darme la oportunidad de vencerte en un segundo intento —explicó la maestra—. Ahora iremos hasta aquel árbol.

La niña asintió y echó a correr sin esperar más instrucciones. María esperó los cinco segundos de rigor y corrió tras ella, esa vez la alcanzó y consiguió el primer lugar.

—¡Gané! ¡Gané! —exclamó la maestra.

—¡La revancha! —gritó la niña igual que había hecho ella antes—. ¡Quiero la revancha!

María miró a la pequeña, sorprendida, y después rompió a reír a carcajadas. Ninguna de las dos tenía frío ya.

Desde una de las ventanas del segundo piso alguien las observaba con atención mientras fumaba en su pipa. Robert sentía un extraño y desconcertante sentimiento al mirar a la joven española, su corazón se removía inquieto y el deseo le atenazaba las entrañas. Cada día que pasaba se sentía más irritado y nervioso, tenía la imagen de la mujer permanentemente en su cabeza y era algo que no podía controlar. Cuando la llevó al lago creyó que si podía tomarla acabaría con la obsesión que crecía en su interior, pero nada había salido como él deseaba. Y ahora que James se había convertido en su protector aquello era casi un reto para él. Una apuesta que no podía ni quería perder.

—Lánzala, no tengas miedo.

Aili sostenía la rama en sus manos sin decidirse, pero finalmente cogió impulso como María le había enseñado y la lanzó con todas sus fuerzas. Habían trazado una línea con piedras y el juego consistía en rebasarla.

—¡Oe, oe, oe, oeee, oeee, oeeee! —cantó la niña dando saltitos tal y como María le había

enseñado.

—Espera. —La maestra vio que tenía sangre en la mano y se la cogió para ver la herida—.

Te has hecho un arañazo.

—Tengo sangre. —La niña miraba su mano admirada.

—Tranquila, no es nada, lo curaremos y no quedará ni rastro, ya lo verás. —Sacó un pañuelo de su bolsillo y le envolvió la mano con él.

—No la tapes —pidió la niña—. Quiero que tío James la vea, no quiero que se cure.

—Está bien —sonrió—. Volvamos ya, antes de que la señora MacInan salga a buscarnos.

Aili, con las mejillas sonrosadas y una brillante sonrisa, se abrazó a ella como respuesta y la apretó tanto que la maestra comprendió todo lo que la niña no era capaz de decirle con palabras.

—¿Qué es lo que tengo que ver? —James caminaba hacia ellas sujetando las riendas de su caballo.

—¡Tío James! ¡Tío James! ¡Mira! —La pequeña corrió hacia él mostrándole la mano en la que tenía el rasguño.

James soltó las riendas y se agachó frente a ella para cogerle la mano.

—¡Dios! ¡Estás herida! —exclamó, exagerando su expresión—. Debe dolerte mucho.

—Qué va, soy muy fuerte —dijo la niña con superioridad.

—Ya lo veo —reconoció el escocés.

María se había acercado observando la escena con cierta tristeza.

—Es una auténtica guerrera —dijo tímidamente.

James levantó la mirada y cuando posó sus azules ojos en ella las piernas de María se volvieron de gelatina.

—Me sorprende que la señora MacInan las haya dejado salir. —Se puso de pie.

—Tuvimos cuidado de que no nos viese —reconoció María con mirada pícaro.

James asintió muy serio.

—El señor Crane está cortando leña y nos ha dicho que si pasaba algo le avisáramos silbando —le contó Aili—. María sabe silbar muy bien. ¡Enséñaselo!

Aili tiraba de la falda de su niñera.

—Aili, no deberías contar mis secretos. —Se ruborizó.

—No podré creerlo si no lo veo —dijo James con expresión divertida.

María se colocó los dedos debajo de la lengua y lanzó un potente silbido al que Duncan acudió rápidamente.

—¡Tranquilo, Duncan, no pasa nada! —gritó la maestra haciéndole gestos.

Cuando se volvió hacia James el escocés tenía una mirada demasiado íntima que provocó una súbita subida de temperatura en su cuerpo.

—Deberíamos volver adentro —sugirió con voz temblorosa—. Hay que curarle la herida a Aili.

James asintió y las vio alejarse mientras jugaba con las riendas de su caballo. Siempre había tenido éxito con las mujeres, algo de lo que jamás se había quejado y que le había proporcionado innumerables beneficios, pero cuando María lo miraba todo su cuerpo respondía de un modo extremo. No había necesidad de que tuvieran ninguna clase de contacto, tan solo su mirada era suficiente para alterar los latidos de su corazón. Decididamente, estaba en problemas.

Se dio la vuelta para llevar a su caballo hasta las cuadras mientras se preguntaba qué era lo que provocaba aquella reacción de su cuerpo. Intuía una candente pasión en ella por todo lo que hacía, era como si pudiera ver la verdadera personalidad que ocultaba tras aquella correcta pose femenina. Era hermosa, pero no con una belleza al uso. Su rostro era dulce y angelical, pero su

personalidad contradecía esa imagen y provocaba un choque entre ambos modelos que a él le resultaba tremendamente excitante.

Desde que la besó no había podido quitársela de la cabeza. La sensación que sintió al rozar sus labios, mullidos y dulces, fue realmente exquisita. Estaba seguro de que tomarla no sería una experiencia más y no podía dejar de imaginar el tacto de sus curvas. ¿Por qué seguía pensando en eso? Aquella mujer ocultaba algo y él lo sabía. No podía confiar en ella. Quizá podría darse un revolcón para quitarse aquella ansia que le provocaba tenerla tan cerca. Disfrutar de su cuerpo unas cuantas noches hasta que lo dejara seco y pudiera continuar con su vida. Pero había algo en su interior, una vocecita que no quería escuchar y que le decía que si se metía dentro de ella jamás podría dejarla ir. Todo su cuerpo se encendía solo de pensarlo y le dolían los huevos de tanto resistirse, pero en lo más profundo de sus ser sabía que disfrutarla, aunque solo fuese una vez, lo condenaría para siempre.

—Vaya, vaya, hermanito. —Desde la ventana Robert lo observaba mientras se dirigía hacia los establos—. ¿De verdad crees que te la voy a dejar para ti solo?

—¿Está usted loca? —La señora MacInan había entrado en la cocina como una exhalación en cuanto se enteró de la aventura que habían tenido el día anterior—. ¿Cómo se le ocurre sacar a la niña con el frío que hace? ¡Y encima está herida!

—No fue nada —dijo María—. Solo un rasguño al tirar una rama.

—¿Tirar una rama? —MacInan estaba roja de ira—. ¿Cómo se atreve? ¿Cómo se atreve?

Le arrebató a la niña de un tirón y la arrastró hacia la puerta de la cocina a pesar de su

resistencia.

—Ahora mismo hablaré con el señor, esto no puede seguir así.

—No haga eso —le pidió María—, no tire de ella de ese modo, le hace daño. Además, la está cogiendo de la mano herida.

—¡Así aprenderá!

La niña intentó zafarse y la gobernanta le dio una bofetada con tal fuerza que habría caído al suelo de no haberla tenido bien sujeta. Hasta la última gota de sangre abandonó el rostro de la maestra que, sin pensarlo, se acercó rápidamente a la gobernanta y cogió a la niña en brazos. Estaba claro que aquella mujer tenía la costumbre de golpearla.

—Vaya a hablar con quien guste, pero no vuelva a tratar a Aili de ese modo en mi presencia o no respondo.

—¿Cómo se atreve? —La furia que vio en los ojos de la gobernanta la advirtió de que no dudaría en golpearla a ella también—. Se va a arrepentir de esto.

—Adelante —habló María con determinación, a pesar de que le temblaban las piernas—, ya le he dicho que vaya a hablar con quien le dé la real gana, pero le juro que mientras yo esté aquí no volverá a tratarla así.

—Veremos cuánto tarda en echarla el señor Campbell después de saber todo esto.

La cocinera y sus dos ayudantes miraban la escena sin perder detalle y casi sin respirar. Cuando la gobernanta salió de la cocina se acercaron a María y a la niña.

—Pero está usted loca —afirmó la señora MacFerson—, va a hacer que la echen.

—No me importa. —María se desinfló de pronto—. No soporto a la gente que abusa de los niños.

Buscó un lugar en el que sentarse y colocó a Aili sobre sus rodillas. La niña se abrazó a ella

escondiendo la cara en su cuello.

—No debería haberse enfrentado a ella —insistió la cocinera con pesar—. Es una mujer cruel y no está acostumbrada a que nadie se rebele a sus designios, tan solo los señores pueden hablarle de ese modo.

—Debe buscar un aliado —dijo Jill—. Por la niña. Si usted se va, todo será peor para ella. No puede olvidar eso.

María comprendió lo que Jill quería decir. Aquella horrible mujer se desquitaría con la niña cuando ella no estuviese. Sabía que Aili era muy desgraciada cuando ella llegó al castillo. Pero ahora que era una niña feliz el daño que podrían causarle sería mucho mayor. Había aprendido lo que era no estar solo, importarle a alguien como para que se dedicase a ti por completo. La maestra sintió una punzada de culpa sabiendo que estaba decidida a abandonarla. Pero ella no era quién debía preocuparse por aquella niña, no era nada suyo. Debía hablar con James y hacerle entender lo que la niña necesitaba. Él era su tío y encontraría el modo de protegerla.

—Hablaré con James —musitó sin darse cuenta.

—A esta hora suele estar limpiando sus armas —Jill asintió.

—¿Podéis cuidar de Aili, por favor?

—Yo necesito ayuda con el pan —dijo Jill acercándose a la niña y tendiéndole la mano—. Nadie hace los bollos como la señorita Campbell, todo el mundo lo dice en el comedor.



## Capítulo 11

Cuando entró en la armería y lo vio de espaldas no pudo evitar ruborizarse. ¿En serio aquel hombre estaba destinado a ser su marido? Por más que quisiera dar crédito al destino no podía asimilar semejante escenario.

Llevaba puestos unos pantalones de cuero que se pegaban a sus musculosas piernas y marcaban un poderoso trasero. No tenía camisa y los músculos de la espalda brillaban por el sudor del trabajo que estaba realizando. Si tuviese que catalogar aquel cuerpo, diría que no tendría nada que envidiar a Chris Hemsworth. En cuanto a su rostro... Se quedó sin aliento cuando se volvió y la miró. Sus ojos eran los más bonitos que hubiese visto nunca, pero aquella boca estaba hecha para el pecado.

—Señorita Fonet. —Se le veía sorprendido.

—Perdóneme por molestarlo, pero necesito hablar con usted...

—¿Ocurre algo?

—Quiero hablarle de Aili.

—¿Su mano está bien? —preguntó, entornando los ojos.

—Perfectamente, no ha sido nada —aseguró la maestra.

James dejó la espada, que bruñía en ese momento, sobre una mesa llena de artilugios del mismo tipo. Cogió un trapo con el que se secó el sudor del rostro y después siguió con el resto del cuerpo sin dejar de mirarla.

—Siéntese —indicó mientras se ponía una camisa amplia que había dejado sobre un taburete. Apoyó el trasero en la mesa y cruzó una pierna sobre la otra dispuesto a escucharla con atención.

—He tenido un conflicto con la señora MacInan —empezó María.

—Qué sorpresa.

La camisa sin abrochar se abría hasta el pecho dejando ver el vello rojizo. María trató de centrar la mirada en su rostro, aunque aquello no mejoraba en nada su turbación.

—Usted sabe que cuando llegué me encontré con una niña retraída, asustadiza y triste. Siempre estaba sola o con esa mujer y ahora no me cabe duda de que eso no le hacía ningún bien.

—Sé que desde que se ocupa usted es muy feliz, ya lo hablamos.

María asintió.

—Y por eso me siento responsable de lo que vaya a ocurrir cuando me marche —confesó la maestra olvidándose de todo lo que no fuese aquella niña—. Ahora sabe lo que es que la quieran y se preocupen por ella.

—Ella sabe que yo la quiero y me preocupo.

—Lo sé, pero usted tiene ocupaciones a las que debe dedicar todo su tiempo. —Señaló las armas que estaban sobre la mesa—. Todo eso que hace con esas... cosas.

James sonrió.

—La entiendo.

—Esa niña necesita compañía, educación y, sobre todo, cariño.

¿Por qué aquel temblor en su voz? ¿A qué narices se debía que no pudiese hablar de ese tema sin emocionarse? María centró su atención en las llamas que crepitaban en la chimenea.

—¿Le importa? —preguntó el escocés con suavidad.

María lo miró anonadada.

—¿Cómo dice?

James sonrió.

—Es una pregunta sencilla. Quiero saber si le importa de verdad Aili.

—¡Pues claro que me importa! —Se puso de pie—. Me importa muchísimo.

James Done se acercó lentamente sin quitarle los ojos de encima, como un tigre a punto de saltar sobre su presa.

—¿Seguro que solo ha venido por eso?

—Usted me metió en esto.

—¿Que yo la metí en qué? —preguntó, divertido.

—En esto —dijo María—. Yo solo quería ir a Turlom, a casa de mi amiga, y usted se inventó esa historia de la niñera. Ahora que estoy aquí y he conocido a Aili no puedo desentenderme de ella.

—Pues no lo haga.

—No puedo hacer lo que debo si tengo a esa urraca pegada a mi cogote.

James escondía muy mal sus ganas de reír.

—Es la gobernanta de mi padre. Lleva en la familia...

—Me importa un pimiento —lo cortó María furiosa—. Si tengo que ayudar a Aili, necesito que me dejen hacer mi trabajo sin interferencias. Debe hablar con su padre y convencerlo de que me dé la autoridad necesaria para que yo sea la única encargada de ella y que esa mujer no vuelva a ponerle la mano encima.

James la miraba con aquellos preciosos ojos azules y una expresión de curiosa sorpresa.

—¿Y no ha pensado en hablar usted con él?

—No quiero hablar con ese hombre.

María se apartó inquieta y James entornó ligeramente los ojos.

—Él es su padre —insistió el escocés—. Es quien toma las decisiones que tienen que ver con

Aili.

—Pero a usted le importa. Y su madre también, lo vi en sus ojos cuando habló de ella. Estoy segura de que Maela no querría que usted abandonase a su hija.

El rostro del escocés se oscureció de pronto y su expresión se endureció. María comprendió que había tocado un tema delicado.

—No quería molestarle —musitó.

—Pues no hable de lo que no sabe —respondió con aspereza.

María se quedó unos segundos en silencio. Era evidente que había metido la pata al mencionarla, pero eso no podía desviarla de su misión.

—Esa niña necesita de su protección, James —dijo con suavidad—. Cuando yo me vaya...

—Aún falta mucho para eso —la cortó enseguida.

*Menos de lo que tú te crees.*

—Pero ocurrirá y entonces, ¿qué será de ella? Esa mujer volverá a poner sus zarpas sobre la niña. ¡Le ha pegado un bofetón!

James Done la miró ahora con expresión completamente desconcertada. Se puso las manos en la cintura y María no pudo evitar pensar que estaba muy sexi.

—¿Y eso es lo que le parece tan terrible? ¿Es que a usted no le daban bofetadas cuando se portaba mal? Yo he recibido muchos golpes en mi vida y la mayoría de ellos cuando aún no podía empuñar una espada.

—Bárbaros, eso es lo que son —susurró María apartando la mirada.

—Una bofetada no le hará daño, señorita Fonet. Los niños necesitan disciplina. Es bueno que aprendan cuanto antes. Aili es una niña dulce y buena, pero eso no significa que no haya que corregirla alguna vez.

—¿Usted le ha pegado? —Lo encaró, irritada.

James frunció el ceño.

—No —respondió, rotundo—. Jamás pegaría a alguien que no se pudiese defender.

La maestra respiró aliviada.

—Esa niña necesita una madre —dijo, rebajando el tono—. Alguien que la trate como lo que es, que no espere de ella que se comporte como un adulto. ¿El señor Campbell no piensa casarse de nuevo?

James frunció el ceño de nuevo. Aquella mujer lo desconcertaba hasta límites insospechados.

—¿Está pensando en ser candidata?

—¿¡Qué!?! —exclamó, horrorizada—. No me ataría a ese hombre ni aunque fuese el único en el planeta y estuviese rodeada de zombis que quisieran comerse mi cerebro.

—¿Zombis? ¿Es alguna clase de animal?

María soltó el aire de golpe de sus pulmones.

—Tenemos que encontrar una solución para ella. ¿Su hermano no querría llevársela con él? Pronto se casará con la señorita Campbell. Seguro que ella piensa que Aili es encantadora. Cualquiera lo pensaría.

—No deja usted de sorprenderme, señorita Fonet. Es como si pudiese meterse en mi cabeza —murmuró burlón.

—¿Ya lo había pensado?

James se mordió el labio sin dejar de mirarla pensativo, sopesando lo que debía y no debía decir.

—¿Quién es usted en realidad? —preguntó el escocés—. ¿Por qué apareció de repente?

*Otra vez la misma canción* —pensó María mientras el escocés seguía mirándola con aquella

inquisitiva expresión.

—¿Por qué mintió? ¿Qué es tan terrible como para que prefiera que la retenga aquí antes que contármelo?

María enmudeció sintiendo que el suelo se había transformado en arenas movedizas.

—He visto sus ropas y nadie viste así en España.

María trató de darse la vuelta para marcharse, pero James la agarró con sus grandes manos y la obligó a mirarlo.

—Deja de resistirte, mujer. Sé que quieres confiar en mí, lo veo en tus ojos. Esos ojos que me traspasan cuando crees que no me doy cuenta —dijo, tuteándola—. Habla conmigo, dame la oportunidad de confiar en ti. Es lo que más deseo...

—No hay nada que decir.

—¿Crees que soy estúpido?

Se acercó tanto a ella que María se perdió en el acero de sus ojos. Sin pensar, lo agarró de la camisa y se puso de puntillas para llegar hasta su boca. James no se hizo de rogar y gimió contra sus labios al notar que los entreabría para darle paso. La maestra perdió el mundo de vista cuando sintió aquella lengua, húmeda y caliente, buscando la suya.

El beso se fue haciendo cada vez más profundo. James no tenía suficiente, quería tenerla bajo su peso. Sujetaba su cabeza con las manos para tener el control de su boca, luchando contra la certeza del poder que tenía aquella pequeña mujer, capaz de hacerlo sentir con tamaña intensidad. Quería disfrutar de su cuerpo, saborear cada centímetro de su piel...

Con el cuerpo en llamas el escocés tiró de un manotazo todo lo que había sobre la mesa y la depositó sobre ella.

—Estás sangrando. —María se incorporó asustada al ver el corte que acababa de hacerse en

el antebrazo. Respiraba con dificultad a causa de la excitación y los ojos le brillaban de un modo irresistible.

James no respondió, en lugar de eso se quitó la camisa y colocó las manos de María sobre su pecho.

—Voy a desnudarte y hacerte mía aquí mismo. —La miró a los ojos—. Si no lo deseas aún estás a tiempo de negarte. Te dejaré ir, no soy de esos hombres que cogen lo que desean sin importarles si ella lo quiere también, pero dilo cuanto antes.

María estaba mojada y se sentía tan excitada que temió que fuese demasiado evidente, pero aun así tuvo un momento de duda. Lo deseaba más que a nada en el mundo, pero no quería ser otra Jill.

—¿Vas a tardar mucho en responder? —preguntó él con expresión ansiosa.

—Antes necesito que respondas a una pregunta —dijo María.

—Creo que ahora mismo sería capaz de cederte mi alma, aunque fueses el mismo demonio.

—El hijo de Jill.

—Eso no es una pregunta.

—Sí lo es. Y sabes muy bien dónde poner el interrogante.

—Si lo que preguntas es si soy el padre de ese niño, la respuesta es no —aseguró el escocés.

María no pudo evitar sonreír aliviada y James gruñó entre dientes cuando vio que bajaba sus manos para soltar los cordones de su pantalón.

—Liberémosla de su encierro —dijo la maestra divertida con la situación.

Verlo tan excitado la llevó a un punto de no retorno. ¡Qué narices! Iba a ser su marido. El padre de sus hijos...

James le subió el vestido hasta la cintura y María colaboró dejando libres sus redondos

pechos. El escocés escondió la cara en ellos gimiendo de placer y acto seguido capturó uno de sus pezones entre los dientes mordisqueándolo con delicadeza. Mientras jugaba con aquel botón el miembro masculino presionaba la tela de su ropa interior, que para María era de lo menos sexi. Ojalá hubiese tenido algo de lencería fina. La maestra se sintió ebria de pasión y con un ansia en la parte baja de su vientre que deseaba llenarse de él.

—No es mi primera vez —dijo para que supiese que no tenía que ir con cuidado.

Un segundo después lo sintió abriéndose camino con inquietante decisión. A pesar de no ser virgen nunca había estado con un hombre como él y por un momento temió no poder adaptarse a su envergadura. Sabía de sobra que el cuerpo de una mujer es tremendamente flexible y que el tamaño no importaba, pero...

—¡Ooooooh! —gritó sin poder contenerse.

James se adentró completamente en ella con una implacable rotundidad y María gimió sintiéndose completa. El escocés empezó a moverse con suavidad dejando que ella se hiciera con el mando y marcara el ritmo.

Los movimientos constantes la llevaron al clímax y sus músculos se tensaron, apresándolo con fuerza y provocando la incontenible explosión en su interior.

Se ataba los cordones del escote sin atreverse a mirar hacia James, que recogía las armas que había tirado al suelo y volvía a colocarlas sobre la mesa. Su mirada se fijó en la herida de su brazo y se acercó a mirarla solícita.

—Deberías curarte ese corte, es profundo. —Le cogió el brazo con suavidad.

James sonrió.

—No te preocupes, no es el primer corte que me hago limpiando las armas. Robert y yo peleábamos muchas veces cuando mi padre nos mandaba esta tarea y siempre acabábamos con alguna herida.

María lo soltó con delicadeza y lo miró sin poder esconder su turbación.

—¿Me contarás ahora quién eres en realidad y lo que buscas en las tierras de los Done?

María se sintió acorralada. No sabía qué decir, cualquier cosa sonaría falsa. Nada había ocurrido como habían planeado en su tiempo y ella tampoco había seguido los pasos que Rowell le había indicado. No debió presentarse en plena noche frente al castillo, no debería haber pedido ayuda a Liam, el mozo de cuadras, ni entrar en contacto con James del modo en que lo hizo. Pero estaba tan asustada... Rowell le había indicado exactamente a dónde ir cuando saliese de la cueva. Le explicó a quién debía pedir ayuda para llegar hasta Laura.

Y ahora había ocurrido. El destino había encontrado el modo de unirlos. Él era la persona, estaba segura, el único en el que podía confiar. El hombre al que iba a amar toda la vida...

—No puedo contártelo...

*¿En serio había dicho eso en voz alta? ¿Estaba loca? ¡Eso era una confirmación explícita de que ocultaba algo! ¿Qué clase de persona escucha algo así y no se muere de curiosidad?*

James apretó los dientes y los huesos de su mandíbula se marcaron bajo la piel. Su enorme presencia funcionó como el mejor intimidador posible.

—No saldrás de aquí hasta que me lo cuentes todo —exigió.

María trató de dar un paso atrás, pero él la agarró de los brazos y la inmovilizó. Su respiración era agitada y la fuerza que ejercían sus manos era excesiva como para ignorarla.

—Me haces daño —susurró ella sin poder apartar la mirada—. No me hagas daño, por favor.

Las manos de James se aflojaron y por su rostro cruzó una expresión de ofendida

incredulidad. Lentamente, la soltó sin dejar de mirarla.

—¿Por quién me tomas? —gruñó—. No voy a hacerte daño, pero habla de una vez y no te guardes nada. Si hay algo que no tolero es la mentira.

—No me creerías —musitó María.

—Déjame decidir a mí —dijo con evidencia de que estaba perdiendo la paciencia con ella—.

Suelta lo que sea y yo decidiré si te creo o no.

—Vengo del futuro.

## Capítulo 12

James no se movió y su rostro no mostró la más mínima alteración. Estaba claro que no la había escuchado. Quizá si hacía como si no lo hubiese dicho...

—¿Que vienes de dónde? —preguntó muy calmado.

*Mierda, sí que me ha oído.*

—Del futuro.

El escocés se puso las manos en la cintura e inclinó la cabeza mirándola con fijeza.

—No te estoy mintiendo.

María lo miraba a los ojos y no había en ellos un ápice de falsedad. James frunció el ceño, no parecía querer engañarlo. Lo cierto era que su expresión se asemejaba a la de alguien ansioso por que lo creyeran, pero él no estaba loco. Sin embargo, debía reconocer que su mirada limpia y lo que habían compartido unos minutos antes había creado un vínculo entre ellos y no pudo evitar sentirse conmovido por lo que, creyó, era una llamada de auxilio.

—Querías la verdad y es lo que te doy —insistió María—. Entiendo que no seas capaz de aceptarlo, vives en un mundo demasiado arcaico, pero estoy segura de que eres inteligente y sabrás ver que no te estoy mintiendo. He conocido a tu nieto y él decía que se parecía a ti, así que...

—¿Que has conocido a quién? —En ese instante sí que estaba estupefacto—. Yo no tengo ningún nieto. ¡No tengo hijos, por Dios!

—No, él nacerá en 1720.

James exhaló un suspiro mientras trataba de que aquellas locuras no se asentaran en su cabeza. Porque, por mucho que lo lamentara, estaba claro que esa mujer estaba loca. Que creía

en lo que estaba diciendo era evidente, por eso su mirada resultaba tan inquietante, pero nadie en su sano juicio creería que la gente podía viajar en el tiempo. Se armó de paciencia y, apoyando de nuevo el trasero en la mesa, se cruzó de brazos sin dejar de mirarla.

—Adelante —la animó—, cuéntame toda la historia.

María dudó un instante, pero ya había traspasado cualquier barrera así que no había vuelta atrás.

—Vengo del siglo XXI. Tu nieto viajará al futuro, allí conocerá a mi amiga Cristina y se enamorarán. Al verme a mí me reconocerá como alguien a quien ya conocía... aquí, en su tiempo, y de ese modo supimos que yo viajaría al pasado. —Como si se hubiesen abierto las compuertas de un submarino en plena inmersión las palabras salían de la boca de María sin freno mientras se paseaba delante de él como un gato enjaulado—. Él me preparó para el viaje. Me enseñó todo lo que creyó que me resultaría útil aquí, aunque está claro que se equivocó bastante. Aprendí a montar a caballo, a pescar, a cazar, a matar un pollo. —Hizo una mueca de asco—. ¿Para qué va a servirme matar un pollo? También me enseñó a nadar. Siempre me había dado miedo el agua y ahora creo que entiendo por qué. De hecho, si no me hubiese enseñado, no estaría aquí contándote todo esto porque jamás me habría metido en el lago. O no habría salido de él...

El rostro de James era una máscara indescifrable.

—La noche que llegué aquí habíamos ido de campamento al lago. Tu nieto, Cristina y yo. Ellos tenían cosas de las que hablar y se alejaron para estar solos, y yo me propuse dormir. Tuve un sueño agitado y extraño y me desperté al escuchar los gritos de un niño que se estaba ahogando. Sin pensarlo me levanté y corrí al agua. Cuando dejé de oír los gritos supuse que se había sumergido y como una imbécil me hundí también. Fue una locura, ahora lo sé, una jugada

de mi cerebro o del destino. Creo que aún estaba dormida —dijo, parándose ante él—. La cuestión es que cuando salí del agua el campamento había desaparecido, había una enorme luna en el firmamento y yo estaba en 1694. —María se percató entonces de su expresión y suspiró apenada—. No crees ni una palabra de lo que he dicho.

De manera inesperada dio un fuerte golpe sobre la mesa al tiempo que emitía un gritito contenido. Necesitaba tanto que la creyese...

—Puedes estar tranquilo. —Lo miró a los ojos con tristeza—. No soy una loca peligrosa, no voy a atacar a nadie con un cuchillo mientras duermo.

James no pudo evitar su sonrisa. Pensar que alguien pudiese creer que aquella pequeña y dulce mujer fuese peligrosa le pareció muy gracioso.

—Solo quiero volver a encontrarme con Laura —pidió María a punto de echarse a llorar—. Es lo único que necesito.

James asintió lentamente.

—Ya te he dicho que te llevaré yo mismo si es necesario. Cuando me cuentes por qué estás aquí.

María lo miró con una expresión tan desvalida que el escocés sintió un pellizco en su corazón, pero no estaba dispuesto a cejar en su empeño.

—De cualquier modo —siguió con la misma firmeza—, te dejaré ir en cuanto encuentre una solución para Aili. De hecho, te llevaré yo mismo a Turlom y mantendré una intensa conversación con Connell Darroch.

María sintió una angustia insoportable. Su ánimo se estaba desmoronando.

—No sé cómo he podido creer que podía confiar en ti —dijo impotente.

—Si Aili te preocupa tanto como dices, estarás dispuesta a ayudarme —aseguró James con

una fría sonrisa—. No es necesario que sigas con esta farsa, ya veo que no me vas a contar la verdad, así que te quedarás aquí hasta que tengamos una solución para esa niña.

—¿Podrías intentarlo? Ponerte en mi lugar, digo. ¿Podrías hacer el esfuerzo de imaginar cómo me sentiría si lo que te he contado fuese cierto? Lo aterrador que resulta todo para mí es...

James no varió su expresión y María se dio por vencida.

—Algún día lamentarás el dolor que me estás causando —respondió María con la voz ronca por la sal de las lágrimas que se habían acumulado en su garganta—. Considéralo una promesa.

Echó a correr fuera de aquella habitación y James la vio desaparecer con una extraña emoción latiéndole en el pecho. Cogió la espada que había estado limpiando y se sentó de nuevo en el taburete en el que María lo encontró. Había visto a muchos hombres perder la cabeza a causa de la guerra o por el alcohol, pero aquello era muy distinto y turbador. No podía estar loca, pero la otra opción era mucho peor. Sin embargo, en lo único que pudo pensar el escocés en los siguientes minutos fue en sus labios suaves y en su cuerpo cálido. El corazón se le aceleró al recordar la pasión que había demostrado y la cima de placer que había alcanzado al poseerla. Nunca antes había experimentado una satisfacción parecida. Fue como si su cuerpo y su alma hubiesen encontrado el modo de comunicarse a través de ella.

—El señor Campbell la espera. Acompáñeme.

La gobernanta interceptó a María cuando se dirigía a la cocina y, a juzgar por su malévolamente expresión, la maestra supo que aquella orden ocultaba algo malo para ella. Se había dado prisa en irle con sus chismes al padre de Aili. No discutió. Su ánimo no pasaba por un buen momento

después de lo ocurrido en la armería. Debía evitar en lo posible los conflictos si quería mantener sus lágrimas a buen recaudo.

—Señor Campbell, aquí está —dijo la señora MacInan.

El escocés miró a la gobernanta con fijeza y la mujer desapareció rápidamente.

—No vuelva a sacar a la niña del castillo sin permiso y sin acompañante —ordenó con voz agresiva y mirándola con sus pequeños ojos de rata—. Si vuelve a hacer algo semejante, la echaré de aquí a patadas.

En otras circunstancias aquella afirmación la habría llenado de júbilo, pero en ese momento carecía por completo de valor sabiendo que James no la dejaría marchar.

—¿Ha entendido lo que he dicho?

María asintió con la cabeza.

—Entonces no hay nada más de lo que hablar. Lárguese.

—¿Sigo siendo la persona encargada de cuidar de Aili? —preguntó ella muy seria.

El escocés, que se había dado la vuelta dando por hecho que la conversación había terminado, la miró sorprendido.

—De momento —respondió.

—Entonces le pido que se lo haga saber a la señora MacInan para que no se inmiscuya en nuestras actividades diarias. Entorpece mi trabajo y altera en exceso a su hija. —No mencionó lo de la bofetada porque intuía que a ese hombre no le parecería algo digno de tener en cuenta.

—La señora MacInan goza de mi total confianza, señorita Fernet —le advirtió.

—Eso no significa que se comporte como si fuese la señora de este castillo. ¿O es que lo es en alguna medida? —lo dijo con expresión burlona y tono sarcástico.

—Pero ¡qué dice, mujer!

—Es lo que parece —insistió la maestra—, se comporta como tal, dando órdenes a todo el mundo y afirmando que tiene poder sobre todos los hombres de esta familia. Como ha demostrado con usted, por cierto.

El rostro del escocés se encendió como una tea. Se acercó a ella a grandes zancadas y María sintió su desagradable aliento tan cerca que apartó la cara rápidamente.

—Tenga cuidado, señorita, ninguna mujer me ha hablado jamás de ese modo. Le aseguro que no le gustaría verme enfadado.

—Lo único que deseo es que me dejen ocuparme de Aili con tranquilidad. Su hija está muy contenta conmigo, si hablara con ella...

—Esa niña ha sido un grano en el culo desde que nació —escupió Kendrick Campbell—. Me importa una mierda lo que ella opine.

María empalideció estremecida por el desprecio que emanaba de él.

—¿Cómo puede hablar así de su hija?

—¿Mi hija? Ni siquiera estoy seguro de que lo sea. Su madre se dedicaba a deambular de noche por el bosque. A saber lo que haría...

—No debería hablar así. Aili es una niña maravillosa y si pasara más tiempo con ella vería...

—¡Cállese de una vez! —le gritó—. Me da dolor de cabeza escucharla.

María se dio la vuelta dispuesta a marcharse, pero antes de salir de la habitación sintió una garra que tiraba de ella. Se encontró con los ojos del escocés y sintió de nuevo aquel ácido aliento en su nariz.

—¿Le he dicho acaso que puede irse? A mí no me da la espalda una mujercuela como usted. Si vuelve a molestarme con estupideces o se atreve a faltarme al respeto, como acaba de hacer, le enseñaré a comportarse yo mismo con este. —Le mostró el puño apretado.

María temblaba como una hoja y su corazón latía acelerado. Nunca en su vida había tenido tanto miedo.

—No vuelva a hablarme de esa cría. Encárguese de que no estorbe y procure no alterar a la señora MacInan para que no venga a importunarme —ordenó—. Y ahora quítese de mi vista.

La empujó con violencia y María cayó al suelo golpeándose el codo. El dolor irradió por todo su brazo y la maestra temió que se lo hubiese roto. Se levantó lo más rápido que pudo y, sujetándose el brazo, salió de allí sin mirar atrás. Cuando estuvo lejos de aquella sala se apoyó en la pared del corredor y cerró los ojos, esforzándose en calmar su estómago que se agitaba peligrosamente. Sentía una rabia desconocida, nunca antes había deseado tener la fuerza suficiente para poder golpear a alguien. Se acordó de la desagradable manía que tenía Julia de enfrentarse a energúmenos violentos, cuando los veía amedrentando a alguien en plena calle. Por primera vez en su vida comprendió lo que su amiga sentía.

—Ojalá estuvieseis aquí —musitó, sollozando.

Las echaba muchísimo de menos. No se permitía pensar en ellas ni en sus padres ni en Rosario. No podía. El dolor que atenazaba su pecho cuando la imagen de alguno de ellos se hacía sitio en su cabeza era tan insoportable que se obligaba a mantenerlos alejados. Se limpió las lágrimas, enfadada, y respiró hondo. No iba a arreglar nada llorando y lo sabía.

Y no, no iba a pensar más en él. Ese maldito escocés se la había follado sin más. No había amor ni sentimientos en aquel acto primitivo y cuanto antes lo aceptase mejor para ella. Era como si hubiese salido de fiesta y se hubiese acostado con un tío al que no iba a volver a ver. No era importante que eso no fuera con ella, que las únicas veces que había tenido sexo fuese siempre con alguien de quien creyó estar enamorada. Para él había sido un desahogo y nada más. El destino estaba en coma etílico y si seguía fallando tanto acabaría con muerte cerebral, pero

ella no era médica ni enfermera. ¡Qué le diesen al destino!

Se sacudió el vestido con fuerza y tuvo que ahogar un grito a causa del dolor que sintió en el codo. Sería mejor que buscara algo para bajar la inflamación. Esperaba que hubiese algo para eso en ese siglo porque estaba claro que no podía pedir hielo...

—Señorita Fonet.

María se detuvo sintiendo en su nuca la mirada de la gobernanta.

—¿Ha sido agradable su charla con el señor Campbell? —preguntó con tono perverso.

María se volvió a mirarla y si las miradas mataran aquella mujer estaría más seca que la momia de Tutankamón.

—Dígame una cosa, señora MacInan —la increpó—. ¿Siente usted algún aprecio por Aili?

La gobernanta levantó el mentón con orgullo.

—Por supuesto. Igual que por sus tíos, a los que cuidé desde que nacieron.

—Pues tiene usted una manera muy peculiar de perjudicar a aquellos a los que aprecia. Doy gracias de que no haya tenido hijos, no puedo imaginarme la clase de madre que sería.

Se alejó de ella sin esperar respuesta.

—¿Así está bien? —La pequeña Aili miraba a Jill esperando su aprobación.

—Está perfecta —confirmó la cocinera—, este pudín de manzana estará delicioso.

—Lo comeremos para merendar —dijo Emily—. Señorita Fonet, mire que pudín ha hecho Aili.

María se acercó a ellas.

—¿Cómo se atreve? —MacInan entró tras ella como una tromba de agua con ganas de destruirlo todo a su paso—. ¿Cómo se atreve a darme la espalda después de decirme algo tan vil?

La maestra se volvió y la miró con expresión de hartazgo.

—Pero ¿qué problema tiene este siglo con eso?

—Usted no es nadie para hablarme del modo en el que lo ha hecho. Llevo en esta familia demasiados años, muchos más de los que lleva ningún otro...

—Sirviente —dijo María—, termine la frase: sirviente. Porque eso es lo que somos para ellos. Todos nosotros. Usted incluida.

La gobernanta la miraba furiosa.

—Yo estoy por encima de todos ustedes.

—En el país de los ciegos el tuerto es el rey —musitó la maestra—. Pero sigue siendo tuerto, no lo olvide.

—Espero que el señor Campbell le haya dado su merecido —señaló el brazo que María sujetaba tratando de aliviar el dolor—. Así aprenderá cuál es su sitio.

—Mi sitio está con Aili —dijo María sin amedrentarse—. Y le sugiero que no moleste más al señor Campbell con temas relacionados con su hija, me ha dejado claro lo que le pasará a quien lo haga.

No quería dar detalles de lo que había pasado estando la niña delante, pero la expresión en el rostro de la señora MacInan fue lo bastante elocuente como para indicarle que sabía a lo que se refería. La gobernanta se llevó una mano a la cara y María comprendió que Kendrick Campbell no había sido un energúmeno solo con ella.

—Mientras yo esté aquí me ocuparé de Aili y le aconsejo que nos deje tranquilas. Yo no me inmiscuiré en sus asuntos, haga usted lo mismo —aconsejó.

—Usted se irá muy pronto y todo volverá a ser como antes —respondió la gobernanta dirigiendo su mirada a la pequeña Aili—. Contaré los días.

La niña se abrazó a María y la señora MacInan salió de la cocina con la misma furia con la que había entrado. La maestra sintió una punzada de culpa por desear que las amenazas de esa odiosa mujer se cumpliesen cuanto antes. Acarició el cabello de la pequeña con cariño.

Como no las dejaban salir, María se las ingenió para llevar el exterior al castillo. Le pidió al señor Duncan que la ayudase a recoger plantas y flores y hojas de árboles y las llevaron a uno de los salones. Abrió todas las ventanas para que entrase el sol y el aire fresco. Apartaron algunos muebles y lo colocaron todo perfectamente ordenado sobre una de las alfombras. Después Aili y ella se sentaron en el suelo y María le dio su primera clase de botánica.

—He tenido que preguntar los nombres de algunas de las flores a la señora MacFerson — explicó María cuando terminaron la clase—. No las conocía todas, así que, ya ves, hoy yo también he aprendido cosas.

—¿En tu país son diferentes?

María asintió.

—Cada lugar tiene su propia flora. Algún día viajarás lejos y podrás verlo tú misma.

—Entonces iré a España —dijo Aili—, así podré volver a verte.

María sonrió con tristeza al pensar que a la España a la que a ella le gustaría ir no volvería jamás.

—¿Cuándo te irás? —preguntó la niña poniéndose muy seria.

Llevaba todo el día muy rara y, en ese momento, María comprendió el motivo.

—Aún no lo sé —respondió sincera—. Pero tendré que irme algún día, me esperan en otro lugar.

—¿Y no puedo ir contigo?

María la miró a los ojos con cariño y negó despacio.

—Este es tu hogar.

—Pero yo quiero estar contigo. —La niña bajó la cabeza.

—Quizá podamos vernos de vez en cuando. —Deseó la maestra.

—No quiero quedarme sola otra vez —susurró.

María sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

—No digas eso. Aquí hay personas que te quieren.

Aili no dijo nada y siguió cabizbaja.

—¿En qué piensas?

—En que no debo llorar —dijo la pequeña—. No está bien llorar porque pone tristes a los demás.

María respiró hondo para calmarse.

—¿A ti te pone triste?

Aili asintió.

—¿A quién has visto llorar?

—Mi madre siempre lloraba. Sobre todo, el día que se fue.

—¿El día que se fue? —María frunció el ceño desconcertada.

—Sí. Se despidió de mí... Nadie me quiere porque estoy loca.

María se mostró horrorizada.

—¿Quién te ha dicho eso? ¡Tú no estás loca! Eres una niña maravillosa.

—Mi padre me lo dijo cuando murió mi madre. Dijo que ella estaba loca y que yo también.

*¿Le dijo eso a su hija? ¿En un momento como ese? ¡Ese hombre es un monstruo!*

—Mamá vino a mi cuarto y me despertó, dándome muchos besos, como solía hacer cuando estaba triste. Besos salados, los llamaba. Me dijo que me quería tanto que le dolía el corazón.

—Esas son cosas que dicen las madres para que sepamos lo mucho que nos quieren.

—También me dijo que yo no era su hija. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Dijo que ellos me habían puesto en su vientre y que algún día vendrían a por mí.

—Tu madre estaba muy enferma —susurró María entre emocionada y aterrada—, seguramente el dolor no la dejaba pensar con claridad.

—Ya no pude volver a verla. —Aili lloraba sin aspavientos, las lágrimas caían de sus ojos silenciosas e imparables—. A veces me imagino que está escondida, aprieto los ojos muy fuerte y luego los abro esperando que aparezca, pero nunca lo hace. El tío James dice que nadie vuelve del lugar al que ella se fue.

La maestra estaba sobrecogida. La niña hablaba de un modo sorprendentemente sereno y maduro y eso ponía los pelos de punta. Aquella criatura estaba traumatizada por la muerte de su madre y no había en el castillo nadie que pudiese consolarla. Extendió los brazos para que se refugiase en ellos. Aili no se hizo de rogar y se abrazó a ella con fuerza, como si quisiera asegurarse de que no iba a desaparecer. Entonces lo supo, no podía abandonarla sin más. Sus planes de fuga la noche del baile en la taberna quedaban descartados. Se quedaría con ella y buscaría una solución, tal y como James le había pedido.

—No hablemos de cosas tristes. ¡Vamos a cantar! —dijo con mucha ternura y, poniéndose de pie, la cogió de las manos y empezó a cantar la canción de Jarabe de Palo que había estado enseñándole—: Bonito, todo me parece bonito. Bonita mañana. Bonito lugar. Bonita la cama. Que bien se ve el mar.

Le hizo un gesto a Aili para que siguiese ella mientras caminaba hacia atrás con ritmo sin

dejar de mirarla.

—Bonito es el día —cantó la niña sonriendo divertida—, que acaba de empezar. Bonita la vida. Respira, respira, respira...

Una vez la maestra se olvidó de sus planes de fuga el ambiente en el castillo se relajó para ellas. Organizó una rutina con Aili que las mantenía ocupadas la mayor parte del tiempo. Su relación con el servicio del castillo se fue afianzando y ya era una más para ellos, por lo que la trataban con total confianza. En cambio, procuraba tener el menor contacto con los hombres de la familia y, por supuesto, con la gobernanta, a la que evitaba como a la peste.

Todo iba bien. Hasta el viernes de la última semana del mes. Justo un día antes del baile en la taberna de los Abercombie.

## Capítulo 13

María bajó los peldaños que daban entrada a la bodega y buscó el vino que a la señora MacFerson se le había terminado. Iba a preparar una *pizza* para cenar, aunque lo vendería como que era un plato típico de su madre para no dar demasiadas explicaciones. Tampoco sabía cuántos años llevaban los italianos preparando esa delicia...

—No había tenido ocasión de disculparme por lo que ocurrió en el lago. —Robert Done estaba parado frente a la puerta obstruyendo el paso.

—Acepto sus disculpas —dijo María que ya tenía el vino que necesitaba y se disponía a marcharse.

—¿Ya no somos amigos? —preguntó él acercándose.

—He dicho que acepto sus disculpas, pero nunca hemos sido amigos.

—Ya veo... prefiere la compañía de mi hermano.

Lo dijo de un modo que provocó que las mejillas de la maestra se encendieran. El escocés entornó los ojos con expresión taimada. Sin querer acababa de decir mucho más de lo que hubiese deseado.

—Señorita Fornet, no se deje engañar por las suaves maneras de James. Es un Done y, como todos nosotros, está acostumbrado a tener lo que desea. No me gustaría que se hiciese falsas ilusiones.

—¿Quiere decir que él también va poblando Escocia de hijos bastardos a los que no reconoce? —dijo ella con desprecio.

—¡Vaya! —exclamó Robert aparentemente divertido—. Las noticias vuelan.

—¿Le hace gracia?

El escocés se encogió de hombros.

—No sé lo que le habrán contado, pero le aseguro que todo lo que ocurrió entre esas mujeres y yo fue placentero para ambas partes.

—¿Eso habría dicho de mí si no hubiese logrado escapar?

—Estoy convencido de que lo habría disfrutado.

—Pues se equivoca.

—¿Seguro?

Robert se acercó a ella haciendo que retrocediese hasta que chocó con la pared. El escocés apoyó las manos a ambos lados de su cuerpo encerrándola entre ellos.

—No puedes negar lo evidente, mujer —dijo con ojos que parecían querer devorarla—. En el lago estabas tan mojada ahí abajo que parecías haber salido del agua.

—Apártese —exigió con la ira brillando en sus ojos—. Es usted un energúmeno y un desgraciado.

María dejó caer el vino al suelo y lo empujó con sus pequeñas manos. El escocés ni se inmutó.

—No sabes lo mucho que me excitas, mujer. No puedo sacarte de mi cabeza y sé que no podré hacerlo hasta que disfrute de ti plenamente.

Robert sacó la lengua y la pasó obsceno por encima de sus labios. María apartó la cara y trató de nuevo de librarse de él, pero el escocés la agarró con fuerza y la volteó poniéndola de espaldas y aplastando su cara contra la piedra.

—No me arriesgaré a que vuelvas a darme un rodillazo —susurró en su oído mientras sus manos trataban de liberar sus pechos.

María no podía moverse, el cuerpo de Robert actuaba como un muro que la aplastaba contra

la pared. Si trataba de mover la cabeza, se destrozaría la cara contra la piedra.

—¡Socorro! —gritó.

Robert se rio.

—Nadie puede oírte —susurró sin dejar de acariciarla—. No te esfuerces. Dedicar todas tus energías a darme placer y te aseguro que sabré recompensarte.

Soltó sus pechos y bajó las manos para levantarle las faldas. La mantenía oprimida contra la pared y la piedra le laceró los pezones, provocando un gemido de dolor que el escocés malinterpretó. La maestra trató de alcanzarle los testículos con la mano dispuesta a clavarle las uñas, pero Robert interceptó su mano antes de que llegara a su destino.

—Cuanto más te resistes más me excitas —susurró Robert junto a su oído.

María se concentró y derivó la tensión que acumulaba en su cuello hacia la cabeza. Golpeó a Robert en plena cara y el escocés la liberó sorprendido y tambaleante. El primer impulso de la española fue echar a correr, pero la voz de Rowell en su cabeza repitió lo que le había dicho mil veces cuando la entrenaba: nunca huyas de tu enemigo hasta neutralizarlo por completo. Cogió una de las botellas que había amontonadas en un estante y le golpeó el cráneo con ella.

Ahora sí, echó a correr como si la persiguiese el mismo diablo y no paró hasta escuchar las voces de las cocineras. Se detuvo para recuperar el aliento y se arregló los cordones del escote. Le ardía la cara y estaba furiosa, pero debía mantener la calma si quería tener el control de la situación. No podía confiar en que nadie la defendiese en aquel castillo. Estaba más que claro que Robert Done hacía lo que le daba la gana y nada que le dijese su hermano iba a pararlo, como ya había demostrado. Estaba sola y sola debería salir de allí.

Tenía que marcharse, seguir con sus planes de fuga y alejarse de allí cuanto antes. Si seguía bajo el mismo techo que aquel *cabrón*, acabaría por violarla. Él mismo se lo había dicho: hasta

que no la poseyera no podría quitársela de la cabeza. Sintió una punzada en el pecho al pensar en James. Estaba segura de que si le contaba lo que había hecho su hermano le daría una paliza. Pero ¿de qué le serviría a ella eso? Nada podría evitar que ese troglodita hiciese lo que quisiera con ella.

Cuando estuvo segura de poder mantener el tipo, respiró hondo y entró a la cocina.

—Si que ha tardado —dijo la señora MacFerson al verla aparecer—. ¿Y dónde está el vino?

—He tenido un accidente —dijo María—. Tropecé, me caí y me di contra la pared en la cara.

La cocinera se acercó solícita y revisó su mejilla.

—Tiene que lavarse esa herida. Menuda caída ha tenido que ser. Emily, trae unos paños limpios.

Aquella noche, tumbada en su cama y con los más oscuros pensamientos pululando dentro de su cabeza, se preguntó de dónde había sacado tanto valor. Si las chicas la vieran no lo creerían. Siempre había sido la más temerosa de las cuatro, la menos intrépida. Y allí estaba, en el siglo XVII, sin poder confiar en nadie y teniendo que sobreponerse a un intento de violación. O a dos. Antes no estaba segura, pero ahora no le cabía la menor duda de que eso era lo que habría ocurrido en el lago si no hubiese actuado como lo hizo. Cada vez que cerraba los ojos imaginaba que iba hasta la habitación de Robert con un cuchillo y le rebanaba el cuello.

Golpeó las mantas con los puños una y otra vez, tratando de descargar la enorme rabia y frustración que sentía. Se incorporó exhausta y completamente despierta. Estaba claro que no iba a poder dormir. Apartó las mantas y se levantó de la cama. Se quedó unos segundos en medio de la habitación pensativa. Le gustaría bajar a la cocina y prepararse una infusión, pero no le hacía mucha gracia deambular sola por el castillo en plena noche. Estaba segura de que siempre podía

encontrarse con alguien, había escuchado voces muchas noches desde que estaba allí.

Levantó el colchón de la cama y cogió el cuchillo que había cogido de la cocina y había escondido allí, por si acaso. No se iba a acobardar tan pronto, si quería sobrevivir en el siglo XVII tenía que echarle ovarios. Se envolvió en un tartán, se puso las zapatillas y salió de la habitación dispuesta a bajar a la cocina a prepararse esa infusión.

Atravesó el pasillo hasta las escaleras sin hacer ningún ruido. El castillo estaba en completo silencio. Sujetaba el cuchillo apretado debajo de la manta y miraba hacia atrás por si alguien la seguía con malas intenciones.

—¿A dónde vas?

Sacó el cuchillo y apuntó hacia James, que había aparecido de repente frente a ella. El escocés iba vestido con la misma ropa que le vio en la armería y la miraba con expresión sorprendida.

—¿Se puede saber qué haces?

María se dio cuenta de que seguía apuntándole con el cuchillo y bajó la mano escondiéndolo de nuevo bajo el tartán.

—No sabía a quién podría encontrarme.

James frunció el ceño y entornó los ojos.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó muy serio—. ¿Qué te ha pasado en la cara?

—Me he caído —mintió.

El escocés siguió mirándola con aquella expresión que conocía tan bien. No la creía.

—¿No puedes dormir? —preguntó, dando un paso hacia ella.

—No.

—¿Y a dónde ibas?

—A la cocina a prepararme una infusión de manzanilla.

Sin saber por qué la mirada de James la hizo enfadar.

—¿Es que soy una prisionera? —dijo, irritada—. ¿No puedo salir de mi habitación?

—Yo no he dicho eso.

—No, no lo has dicho.

La maestra pasó por su lado y siguió su camino dejando claro que no necesitaba compañía, pero el escocés no parecía dispuesto a dejarla tranquila y la siguió hasta la cocina. María se volvió hacia él furibunda.

—¿Podrías dejarme en paz?

James la miraba con una mirada inquisitiva.

—Podría.

María negó con la cabeza sin saber qué palabras emplear. No quería que estuviese allí porque lo creía capaz de sacarle lo que había ocurrido con Robert. Se había prometido no volver a mentirle, pero si se quedaba y la presionaba tendría que hacerlo y eso la sacaba de quicio.

—Quiero relajarme y contigo aquí no creo que eso sea posible —trató de sonar antipática.

—¿Te pongo nerviosa?

—Sí, me pones nerviosa.

James se acercó más y María dio un paso atrás de manera instintiva.

—¿Te doy miedo?

La maestra frunció el ceño sin saber qué responder.

—No voy a hacerte nada que tú no quieras —dijo, preocupado ante su evidente nerviosismo—. ¿Seguro que te has caído?

María se apresuró a darle la espalda y empezó a prepararse la infusión. James la cogió del

brazo para hacer que lo mirase y María se soltó con demasiada brusquedad.

—¿Qué narices te ha pasado? —preguntó, preocupado.

—Ya te he dicho que me he caído. He bajado a la bodega a buscar vino para la cena, he tropezado y al caer me he golpeado la cara contra la pared.

James frunció el ceño.

—¿Restregaste la cara por la pared para levantarte?

—Soy muy torpe. —Lo miró desafiante.

—¿Nunca vas a dejar de mentirme? —siguió inquisidor.

—¿Y tú no me vas a dejar en paz de una vez? —estalló María—. No vamos a volver a hacerlo, si es lo que esperas acosándome de este modo.

—¡Vaya! —exclamó el escocés sorprendido—. No se puede decir que no seas directa.

María cerró los ojos un segundo y respiró hondo. Debía calmarse si no quería contárselo todo del tirón.

—¿Estás enfadada conmigo? —preguntó él.

Lo miró sorprendida, había algo dulce en su voz que la conmovió. Y no debía conmoverse o acabaría llorando a moco tendido.

James la cogió de la barbilla y le giró la cara para observar los arañazos de su mejilla y sin decir una palabra acercó los labios para besarla con delicadeza. Después se apartó lo suficiente para mirarla a los ojos y las partículas grises lanzaron destellos plateados, hipnotizándola.

La besó sin más preámbulos y María sintió la dulzura que irradiaba desde sus labios y se extendía por todo su cuerpo. El escocés introdujo los dedos en sus cabellos para sujetarle la cabeza y poder ejercer la presión adecuada dejando paso libre a su lengua y entonces la maestra abrió los ojos y lo empujó con tanta fuerza que se apartó sorprendido.

Lo que vio en los ojos de María ralentizó los latidos de su corazón. Lo miraba con una profunda tristeza y sus ojos estaban anegados en lágrimas. La maestra trató de huir, pero él la agarró de la cintura y la sostuvo a pesar de sus intentos por zafarse de su abrazo.

—¿Qué ocurre, María? —preguntó con suavidad.

—¡Déjame! —dijo ella entre dientes al tiempo que forcejeaba.

—¿Qué ha pasado? Confía en mí.

—Solo quiero estar sola, por favor. —Sintió una profunda rabia contra sí misma por no poder contener las lágrimas que caían sin freno por sus mejillas—. Por favor.

James no la soltaba, había una sincera preocupación en sus ojos.

—Alguien te ha hecho daño —afirmó, taimado.

—¡Ya te he dicho que me caí! —exclamó con demasiada vehemencia.

James la soltó sin dejar de mirarla con atención. María se limpió las lágrimas furiosa consigo misma.

—Veo que sigues sin confiar en mí —dijo, decepcionado.

—¿Has decidido creerme? —preguntó ella con ironía.

—¿Todo esto es por eso?

María endureció su expresión, aunque sus ojos seguían brillantes por las lágrimas.

—¿Has pensado, aunque sea un poco en ello? ¿Has intentado plantearte la posibilidad de que lo que te conté fuese cierto? ¿Lo has hecho?

El semblante del escocés respondió por él.

—Y luego me pides que confíe en ti.

—¿Tengo que creer todo lo que me digas, por muy absurdo que sea, para que confíes en mí?

—¡Sí! —exclamó ella perdiendo la poca paciencia que le quedaba—. Tú tenías que ser mi...

mi...

—¿Tu qué? —James la miraba con todos sus sentidos alerta.

—Mi aliado —improvisó—. Tú debías ayudarme y en cambio...

James se llevó una mano a la cabeza y apartó el pelo mientras trataba de pensar con lógica.

—Por favor, James —pidió ella haciendo un último esfuerzo—. Te juro por Dios que vengo del futuro, del siglo XXI. Me siento perdida, asustada y sola. Llévame con Laura, ella es la única que puede ayudarme.

—¿Por qué? ¿Por qué ella puede ayudarte?

María cerró los ojos un instante. Sentía una enorme necesidad de que la creyera, de poder confiar en él. *¡Necesito ayuda, joder!*

—Ella es como yo.

—¿Qué quieres decir con que es como tú? —Abrió los ojos desmesuradamente—. ¿Me estás diciendo que la mujer de Darroch también viene del futuro?

María asintió lentamente.

—Hay que reconocer que tienes una imaginación desbordante. Podrías haberte inventado una historia más creíble y quizá habrías podido conseguir que te dejase marchar...

—Eso debería hacerte ver que es cierto lo que te cuento —respondió con expresión cansada—. Nadie en su sano juicio sería tan imbécil como para inventarse algo así.

Una sombra de duda cruzó frente a los ojos del escocés.

—Está bien —dijo de pronto—. Voy a tratar de ponerme en tu lugar y haré un ejercicio de fe. ¿Para qué estás aquí?

—No lo sé.

—¿Para qué está esa Laura aquí?

—Tampoco lo sé.

El escocés hizo un gesto de impotencia y bufó irritado.

—No me lo pones nada fácil.

—Sé que si no estuviésemos aquí algunas personas no existirían en mi tiempo —se apresuró a decir María temiendo perder su buena disposición si no colaboraba.

—Explícate.

—En mi tiempo somos cuatro amigas: Julia, Laura, Cristina y yo. Julia vino... vendrá a Escocia después de que su madre le deje un diario con la organización de un viaje para su veinticinco cumpleaños.

James fruncía el ceño, era evidente que le costaba seguir el relato.

—Ve más despacio —pidió—. La otra vez no entendí ni la mitad de lo que dijiste.

—Siéntate —pidió María—. Prepararé café, creo que ahora no necesito una manzanilla.

Frente a sendas tazas de café, y una cafetera con la que ir rellenándolas, María se abrió al escocés por completo. Con tranquilidad le contó todos los detalles de la historia desde que Julia recibió el cuaderno de dibujo de su madre de manos de su abuela Rosario hasta el momento de su propio viaje, obviando la relación que, según Rowell, los unía a ellos. James la miraba sin perder detalle de lo que contaba, como un niño al que le relataban su primera aventura épica.

Cuando María terminó de hablar esperó a que reaccionara de algún modo, pero el escocés parecía estar analizando todos y cada uno de los detalles de su historia.

—¿Y dices que Connell lo sabe? —preguntó.

María asintió. Le había contado lo de la carta de Laura.

—Según esa historia, tu amiga vino para salvar a Connell y al resto de MacDonald, cosa que no le salió muy bien, por cierto.

—A él lo salvó.

—Connell Darroch no habría ido a la boda de su hermano. Llevaba años sin pisar Broch Deich —mencionó el castillo de Alexander MacDonald.

—Pero Margaret, su hermana, y Peter sí habrían estado allí.

—Probablemente.

—Y no es seguro que Connell no fuese. Es una suposición plausible, pero no una certeza absoluta.

—Bastante absoluta —respondió James burlón.

—La cuestión es que Leod y Evan no nacerían si Laura y Connell no estuviesen juntos.

—¿Y crees que son muy trascendentales las vidas de esos dos hombres? ¿Han realizado alguna proeza digna de tales sacrificios?

—Eso no es lo que da valor a una persona. —La maestra le sostuvo la mirada—. Leod y Evan son dos hombres maravillosos y hacen muy feliz a Julia, pero antes de ellos hubo otros y otros...

—Lo entiendo.

María asintió varias veces y James se inclinó hacia delante y, apoyando los codos en sus rodillas, la miró con curiosidad.

—¿Y qué pintas tú en esta historia? ¿A quién has venido a salvar?

María se estremeció y hasta el último vello de su cuerpo se puso de punta.

—No... no lo sé.

—Ahí esta otra vez. —El escocés se apoyó de nuevo contra el respaldo de la silla—. Tus ojos me dicen que mientes.

—No miento, es solo que...

—Que no puedes decírmelo, ya.

María se mordió el labio y se retorció las manos nerviosa. No quería perderlo, él había puesto de su parte, pero si no le decía la verdad no volvería a intentarlo siquiera.

—Laura es... será la abuela de Rowell Done —dijo al fin.

James frunció el ceño y negó con la cabeza.

—¿Quién es Rowell Done?

—Tu nieto.

James abrió los ojos con gran sorpresa y María comprendió lo que estaba pensando.

—¡No! ¡Laura y tú, no! —se apresuró a aclarárselo—. Laura es su abuela materna y tú eres su abuelo paterno.

—¿Estás diciéndome que un hijo mío se casará con una hija de ese... ese... bastardo?

—No le insultes.

—No es un insulto, eso es lo que es —dijo, enfadado—. Y te aseguro que ningún hijo mío emparentará con los MacDonald.

—Escúchame, James —pidió María inclinándose hacia delante para captar su total atención—. Lo que ocurrió en el castillo de Alexander MacDonald fue una masacre. Esos hombres, comandados por los Campbell, se presentaron en el castillo del *laird* pidiendo alojamiento. Les dieron de comer y de beber y los acogieron como manda la tradición escocesa. Ellos esperaron a que estuvieran en sus camas y los mataron cuando estaban indefensos. Persiguieron a mujeres y niños que escapaban del horror y los mataron sobre la nieve. No tuvieron ninguna compasión. Connell Darroch no es tu enemigo. ¡Él tiene derecho a odiar a los Campbell y a todos aquellos que les ayudaron!

El rostro del escocés se había convertido en una máscara pétrea. Hasta la última gota de

sangre había abandonado su rostro y miraba a María con hielo en los ojos.

—No puedo contarte más —siguió la maestra sin saber la tormenta que había desatado en el interior del escocés—, de hecho, ya he hablado demasiado porque te he dicho cosas que no deberías saber. Ninguna persona debe conocer su destino antes de que ocurra. No, si puede evitarse. Esto podría modificar tus actos y quién sabe las consecuencias que podría tener para el futuro. Por favor, no te pido que hagas nada, tú sigue con tu vida tal y como desees vivirla. Tan solo llévame con Laura, deja que me reúna con ella y lo demás... El destino decidirá.

—No es posible que mi hermano participase en algo tan deshonesto. Es imposible.

María comprendió demasiado tarde que había cometido un error. Había conseguido que el hecho de que la creyera resultase tan perjudicial para él que no pudiese aceptarlo. Se puso de pie, agotada. No podía con más tensión, ese último intento la había superado por completo. Al día siguiente iría a la taberna con Emily y llevaría adelante su plan de fuga. Pasara lo que pasara se iría de allí y se encontraría con Laura. Aunque para ello tuviese que dejar a Aili.

—Olvídalo todo —pidió—. Por favor, olvídale.

James la miró fijamente a los ojos y después de unos segundos asintió ligeramente con la cabeza.

—Es lo que pienso hacer —aseguró.

María salió de la cocina con la extraña sensación de que acababa de romper el conjuro que los unía.

## Capítulo 14

—Señorita Fornet, qué agradable sorpresa. —Los dos hermanos entraron en el salón y en cuanto María escuchó la voz de Robert se levantó de la butaca que ocupaba para marcharse.

—Discúlpenme, tengo cosas que hacer —dijo cortante, dirigiéndose a la puerta.

James no perdió de vista el rostro de su gemelo.

—¿Qué ha pasado con ella? —preguntó cuando estuvieron solos.

Robert se servía *whisky* en un vaso y miró a su hermano sonriendo perverso.

—No ha pasado nada, que yo sepa —mintió.

James entornó los ojos y lo miró con más atención. Lo conocía demasiado bien y estaba claro que ocultaba algo.

—¿Has visto su cara? —preguntó.

—No tiene nada de especial —dijo Robert burlón.

—Te pedí que la dejases en paz.

—¿Pedir? —Robert lo miró con frialdad—. Me parece recordar que aquello fue una amenaza en toda regla.

—Fue una advertencia —aclaró el otro—. Sabes que yo nunca amenazo.

Robert caminó hasta uno de los sillones colocados frente a la chimenea, donde los troncos crepitaban lanzando chispas. James se acercó también y cogiendo el atizador colocó los maderos para que el fuego quemase correctamente. Después se volvió a su hermano.

—¿Por qué siempre tienes que hacerlo? —preguntó.

—¿Hacer qué?

—Sabes perfectamente de lo que hablo, Robert. Lo hiciste con Maela, con Jill... Siempre

que una mujer me interesa...

—¿Te interesa la niñera de Aili? —lo cortó, mirándolo con falsa sorpresa—. ¡No me digas!

—¡Vas a casarte! ¿Por qué esa necesidad de molestarla?

—¿Te ha demostrado alguna clase de interés? —preguntó su hermano tratando de ocultar lo mucho que le importaba la respuesta—. ¿O eres tú el que ha puesto los ojos en ella y no te hace caso?

—Si así fuera, estaría en su derecho.

—Es una niñera. —Robert estaba perdiendo la paciencia—. Y, además, extranjera. ¿Qué pinta aquí? ¿No has pensado que es muy raro que apareciese frente a nuestra puerta en plena noche?

James apartó la mirada, no quería que viese sus propias dudas reflejadas.

—Está claro que busca algo —siguió Robert—. Deberíamos tratar de averiguar qué es lo que trama en lugar de pelearnos por ella.

—No nos estamos peleando por ella. —James se levantó y miró a su hermano con fuego en los ojos—. Tú vas a casarte con Anabella.

—Aún no me he casado. —Robert se puso frente a él con la misma mirada. Era como si se estuviese mirando en un espejo—. De momento soy un hombre libre y tú no vas a decirme con quién puedo o no puedo follar. Puedes ir a hablar con padre si así lo deseas, es posible que no le guste mi debilidad por las mujeres, pero te aseguro que no hará nada. Como no lo hizo nunca. ¿Sabes por qué? ¡Porque soy como él! Por eso siempre consigo lo que quiero, hermanito. Ya deberías saberlo.

James lo agarró por la camisa y tiró de él mirándolo a los ojos con acero en la mirada.

—No te acerques a María —advirtió—. Si me entero de que esos arañazos en su cara tienen

algo que ver contigo, te juro que te arrepentirás.

Robert torció una sonrisa. Nunca evitaba una pelea, para él era parte de la diversión.

—A veces, en el fragor de la batalla, uno puede sufrir algo de daño... —Lo miró a los ojos.

—¿Te refieres al rodillazo que te dio en los huevos? —James mordió cada palabra sin soltarlo—. Es demasiada mujer para ti, hermano. Maela perdió la cabeza por tu culpa, pero si te acercas a María deberás tener cuidado con la tuya.

—Claro, hermanito, lo que tú digas, pero ahora ¡suéltame! —Le empujó con fuerza y se lo quitó de encima. Eso le había dolido más de lo que James se imaginaba—. Búscate una mujer que te vacíe los huevos, James, se te está agriando el carácter.

—Robert... —El escocés lo miraba con triste determinación—. No me obligues a aceptar lo que me dice mi cabeza. Siempre he creído que detrás de esa pose indiferente y egoísta había un hombre de honor. Es lo que me has demostrado en cada batalla en la que hemos luchado juntos. Pero últimamente no dejo de ver algo en ti que me da escalofríos. Con la muerte de Maela algo se te pudrió dentro.

En esa ocasión fue Robert quien lo agarró de la pechera, furioso.

—Cuidado, hermanito, estás acabando con mi paciencia.

—¿La amabas? ¿Es eso? Verdaderamente la amabas...

Robert le dio un puñetazo y lo lanzó contra el sofá. James trastabilló, pero pudo recuperar el equilibrio apoyándose en el respaldo del mueble. Se limpió la sangre del labio sin dejar de mirarlo.

—¿Por qué dejaste que padre la casara con Kendrick si la amabas? —preguntó furioso—. ¡Yo no estaba aquí! ¡Solo te tenía a ti!

—¿Te habrías apartado de ella? —gritó el otro furioso—. ¡Solo tenía ojos para ti! James es

tan caballeroso. James es tan valiente. James es tan... Siempre hablando de ti con esa admiración enfermiza.

—Pero tú sabías que yo no la amaba —dijo su hermano con expresión dolida.

—James siempre tan generoso con sus sentimientos.

James apretó los dientes. Aquello le dolió profundamente porque era cierto, siempre había sido generoso con sus sentimientos... hacia él, desde niños. No importaba lo egoísta o cruel que fuese Robert, siempre le mostraba su afecto. Incluso cuando su padre lo castigaba por cosas que había hecho él, se sentía satisfecho de protegerlo y recibía el castigo en silencio. Maela le dijo una vez que su mayor defecto era el amor incondicional que sentía hacia su hermano porque no le permitía ver quién era en realidad.

—Deberías haber luchado por ella —dijo—. Te aseguro que serías más feliz.

Robert lo miró con una sonrisa burlona y los ojos más fríos que su hermano había visto.

—Yo convencí a padre de que la casara con Kendrick.

James empalideció y sus ojos se veían aún más plateados en contraste con el tono de su piel.

—¿Qué has dicho?

Robert sonrió perverso.

—Me dijo que te amaba y que nunca podría amar a otro. —Se dirigió a la mesa en la que estaba el *whisky* y llenó un vaso. Después apuró el contenido de un trago antes de volverse a su hermano de nuevo—. Si no podía amar a otro, ¿qué más daba con quién se casara? Al menos podíamos hacer negocio.

—¿Y convenciste a padre de que la casara con un hombre al que detestaba?

—No fue fácil, no creas. No confiaba en que sus «peculiaridades» no acabasen perjudicando a la familia. Le aseguré que yo mismo hablaría con el *laird* para convencerlo. Utilicé la debilidad

que Ian siente hacia mí para ello.

James apretaba los puños y los huesos de su mandíbula se marcaron con fuerza bajo su piel. Nunca había sentido tanta rabia como en ese momento. Recordó a Maela y el frío de la muerte corrió por sus venas.

—Entonces tú la destruiste —murmuró.

—Lo hice por ella, podría estar embarazada y necesitaba un marido —respondió Robert como si eso lo justificase todo—. Dijo que antes que casarse conmigo se colgaría de una de las vigas del comedor.

James negó con la cabeza sin poder asimilar tanta vileza.

—Dios Santo... ¡La forzaste! —La voz de James era puro hielo—. Ahora lo entiendo todo.

—Todas son iguales —respondió su hermano con expresión perversa—. Dicen que no cuando quieren decir que sí. Como esa niñera...

Robert apartó la mirada y James se lanzó contra él con una furia imposible de contener. Los dos hermanos se enzarzaron en una pelea que nada tenía que ver con las muchas que habían tenido en su vida. Aquella vez no había contención alguna y ambos parecían querer silenciar al otro para siempre. El sonido de los huesos al chocar se mezclaba con los gemidos y gruñidos que los golpes provocaban. Después fueron los muebles, la porcelana y los metales que componían el mobiliario de aquel salón. No tardó en llegar su padre, alertado por el servicio.

—¿Qué diantres pasa aquí? —La atronadora voz del señor del castillo detuvo la pelea como si alguien hubiese pulsado el botón de parada—. ¡Levantaos!

Los dos hermanos obedecieron. Sus rostros eran un mapa de golpes y la sangre brotaba de diversas heridas. Robert parecía no poder erguirse del todo por un dolor en el costado y a James le costaba respirar a causa de las costillas.

—Explicaos —ordenó el padre.

Ninguno de los dos abrió la boca.

—Está bien, como gustéis. James, prepara tus cosas. Mañana mismo saldrás en busca de la recaudación.

Miró a su padre dolido, sabía muy bien lo mucho que detestaba esa tarea y se la encomendaba para castigarlo. Esperó a conocer el castigo que tenía pensado para Robert, sabiendo de antemano que no sería tan duro.

—Robert, ve a curarte esas heridas y más te vale que no dejen marcas. He recibido carta del *laird*, tu prometida llegará en una semana para la boda.

El primogénito de los Done miró a su padre con expresión sorprendida.

—¿La boda?

—El *laird* ha decidido que no esperemos más. La novia vendrá para casarse y os instalaréis aquí.

Robert apenas podía modificar su expresión a causa de los golpes que había recibido, pero se adelantó para acercarse a su padre.

—¿Aquí? ¡Eso no puede ser, padre! Si quiero tener influencia en...

—¿Te crees que no lo sé? —gritó su padre furioso—. Lo ha decidido Ian y no podemos hacer nada más que acatar su decisión. Una vez que estés casado ya encontraremos el modo de cambiar las cosas.

James miraba a ambos hombres con un claro sentimiento de pérdida. Nunca había estado muy unido a su padre, así que en ese ámbito no notaba carencia alguna. Para Reinold era como si solo tuviese un hijo, James era tan solo un reflejo de su hermano. Aun así, aquel desprecio hacia él, después de descubrir el auténtico rostro de Robert, le resultó insoportable.

—Pero ¿por qué, padre? —insistió Robert, que estaba tan ofuscado que olvidó por completo que James estaba presente—. Siempre he hecho lo que Ian quería. Cuando me pidió que acudiese a Glen Coe me puse en camino. Hice todo lo que me dijo sin protestar, no quería que ningún MacDonald saliese vivo de allí, ni siquiera los niños. Me contó todo lo que había hecho para impedir que Alasdair llegase a tiempo a estampar su firma de adhesión al rey y así tener la excusa para atacarlos. Quería vengar la muerte de su hijo y había urdido todo aquel plan durante mucho tiempo. Creí que al contarme todo esto me estaba demostrando una confianza ciega. Me hizo partícipe de sus planes. ¡A mí! ¡No a su hijo!

—Yo también lo creo así, hijo. Y estoy seguro de que nada ha cambiado.

—¡Claro que ha cambiado! Nos quiere lejos y no voy a ser su mano derecha. Sigue prefiriendo a ese sin sangre de John.

—John es su hijo —argumentó Reinold—, su único hijo varón después de que Luke MacDonald matara a Ian. Es normal que esté a su lado. Pero, tranquilo, estoy seguro de que el *laird* no olvidará tus servicios y estarás ahí cuando llegue el momento. ¿Quién sabe? Quizá John sufra un accidente...

Robert lanzó un gruñido de rabia y dio un golpe en la mesa, lo que le produjo un fuerte dolor en el costado. De pronto recordó que su hermano estaba allí. Se volvió a mirarlo y lo que vio en sus ojos le heló la sangre.

—Fue una matanza bajo confianza —dijo con voz profunda—. Os dieron alojamiento, comida y bebida. Os trataron como hermanos y respondisteis matándolos cuando estaban desarmados, como unos sucios cobardes...

Robert miró a su padre.

—Siempre has sido un pobre ingenuo, hijo —intervino Reinold—. Aferrándote a ese estricto

código de honor como si alguien fuese a valorarte por ello. No sabes en qué mundo vives, James. Esto es la ley del más fuerte. De no ser así Alexander MacDonalld estaría vivo. Siempre se mantuvo fiel a su código de honor y mira a dónde le llevó. Sé que no puedo confiar en ti y doy gracias por tener a tu hermano a mi lado. Jamás habrías accedido a casarte con Anabella y tampoco habrías aceptado las exigencias de Ian Campbell.

James miraba a su padre como si no lo reconociera.

—Masacrasteis a toda aquella gente como venganza por lo que hizo un solo hombre —dijo, completamente anonadado.

—¿Un solo hombre? —Robert lo encaró—. ¿Crees que Luke actuó sin conocimiento de su padre? Ni siquiera Connell está fuera de sospecha, si se libró es únicamente porque no estaba allí.

—Ahora entiendo a Stuart. Puedo comprender la repugnancia que sintió al ver lo que pretendíais.

—Stuart es un blando como tú —escupió su hermano.

James sintió el abismo que se abría entre aquellos dos hombres y él.

—Será mejor que me marche. —Caminó hacia la puerta.

—Hay algo más que debes saber. —Lo detuvo su padre—. Anabella ha puesto una única condición para vivir aquí. Quiere que Aili se vaya.

James se volvió muy despacio y miró a Robert directamente.

—¿Vas a permitirlo?

—Lo habría propuesto yo si no lo hubiese pedido.

—La enviaremos con el duque de Kney —explicó Reinold—. Su esposa necesita damas para la corte y está dispuesta a educarla para tal menester. Su padre está de acuerdo, de hecho, ha

recibido la propuesta de Anabella con enorme satisfacción.

—¿Con ese malnacido? —James los miraba a ambos horrorizado—. ¡Sabéis bien lo que se cuenta de él! ¡No lo permitiré! ¿Sabe la duquesa de las «peculiaridades» de Aili? Yo mismo le contaré lo de la maldición si seguís adelante.

Su padre lo miró amenazador.

—No te enfrentes a mí, James. Que seas mi hijo no hará temblar mi mano y lo sabes.

—La mía tampoco temblará, padre —respondió muy calmado—. Yo me encargaré de Aili. Vosotros lo único que tenéis que hacer es dejarla en paz.

—¿Y si no? —lo retó Robert.

—Si no le presentaré a Anabella la lista de todos tus hijos para que pueda compadecerse de ellos. —Miró entonces a su padre—. Y estoy seguro de que a Kendrick le gustará mucho saber que la hermana de mi madre dejó una gran dote a su hija para cuando llegase el momento de su boda. Esa dote que nunca le entregaste a su esposo.

Le sostuvo la mirada a su padre durante unos segundos y finalmente se dio la vuelta y salió de allí sin decir nada más.

—¿Me despertarás cuando regreses? —preguntó la niña con la súplica en la mirada—. Por favor, María, nunca he estado en una taberna. Me gustaría tanto saber cómo es... Además, a mí me gusta bailar. No molestaré, por favor.

—No es un baile importante. —María le acarició el pelo después de arrojarla—. Es solo uno pequeñito.

—¿Por qué no puedo ir contigo? Me estaré callada en un rincón, si hace falta. Tan solo quiero estar contigo.

Aili tenía una expresión tan adorable que María no pudo resistirse y la abrazó con cariño. Tuvo que cerrar los ojos para que no se le saltasen las lágrimas. Se había esforzado durante todo el día por no pensar en lo que iba a hacer y tampoco en lo que sería de la niña cuando ella no estuviese. Debía ser fuerte. Se inclinó para darle un sentido beso y dejó que la pequeña se abrazara a su cuello durante un momento.

—No puede ser, tesoro —dijo, sonriéndole con tristeza—. Prométeme que te dormirás enseguida.

La niña asintió sin apartar sus brillantes ojos del rostro de la maestra. Finalmente, se colocó de lado y cerró los ojos.

—Te echaré mucho de menos —dijo con voz triste—. Todos los días de mi vida.

María sintió un estremecimiento y se quedó aún unos segundos más mirando el cuerpecito encogido bajo las mantas. No podía saberlo, era imposible. Salió del cuarto y cerró la puerta con cuidado. Bajó las escaleras con aquel pensamiento en su cabeza y se dirigió a la cocina.

—Hoy ha tardado más de lo normal —dijo Emily cuando la vio entrar.

—Sí, Aili me ha entretenido más de lo habitual. —Evitó su mirada.

Emily y la señora MacFerson se miraron un instante y la joven ayudante de la cocinera asintió con la cabeza.

—Voy a ponerme un vestido limpio —dijo, saliendo de la cocina.

María se había sentado frente a una taza de café que la señora MacFerson le había preparado. La oronda escocesa se sentó en la cabecera de la mesa.

—¿Qué le ocurre, señorita Fernet? Ha estado muy callada todo el día. De hecho, está así

desde ayer y nos tiene preocupadas. —María trató de sonreír, pero apenas le salió una mueca y la cocinera continuó hablando—. No sé qué pasa en esta casa. Hoy esos dos hermanos se han peleado como nunca.

—¿Por qué? —preguntó la maestra disimulando su preocupación.

—Nadie lo sabe, pero si no llega a entrar el señor en el salón no sé hasta dónde habrían llegado. Han roto los muebles y ellos acabaron hechos unos zorros. El señor ha ordenado a James que se marche por la mañana. Lo ha enviado a recaudar los impuestos y le aseguro que no hay cosa que más deteste ese muchacho.

—¿Y no sabe el motivo por el que peleaban?

La cocinera negó con la cabeza. María sintió que los latidos de su corazón se aceleraban.

—¿El señor James... está muy mal?

La señora MacFerson sonrió.

—Tranquila. —Dio unas palmaditas en su mano—. James es fuerte y se recuperará rápido, igual que Robert.

*Ojalá no igual* —pensó María para sí. Habría deseado ser ella la que lo golpeará hasta dejarlo inconsciente.

Algo debió ver la cocinera, pues su expresión se tornó preocupada.

—¿Está bien, señorita? De verdad que me tiene preocupada.

—Tranquila, estoy perfectamente.

—Cuando bajé a la bodega... —La señora MacFerson parecía incómoda—. Vi que había sangre...

—Ya le dije que me caí —respondió rápidamente.

—Pero la sangre estaba en la pared.

María apartó la mirada.

—¡Ya estoy lista! —exclamó Emily entrando en la cocina—. Coja algo de abrigo, ya podemos irnos.

Se dirigían a la puerta de entrada cuando escuchó la voz de James a su espalda.

—No regrese sola. Si desea volver antes pídale a Liam que la acompañe.

María se estremeció al ver su cara magullada y con varios cortes.

—¿Está usted bien? —preguntó.

—No se preocupe por mí —respondió escueto—. Emily, no permita que vuelva sola, asegúrese de que Liam la acompaña.

María borró de su mente la sensación de que había un mensaje oculto y de que sabía lo que pretendía hacer.

—Volveré con Liam, no se preocupe —mintió y sin esperar más le dio la espalda y salió de allí lo más rápido que pudo.

La taberna de los Abercombie estaba en la aldea, a una milla le habían dicho, lo que venía a ser poco más de kilómetro y medio desde el castillo. Tardaron menos de media hora en llegar y María puso mucha atención en el camino para no tener problemas al regresar. Su plan era quedarse un rato y después aducir un falso dolor de cabeza para poder marcharse. Después de la insistencia de James no tenía demasiadas esperanzas en poder evitar que Liam la acompañase, pero estaba segura de poder hacer que, una vez cerca del castillo, el mozo la dejase continuar

sola y regresara a la taberna.

A partir de ahí empezaba la segunda parte del plan. Esperaría unos minutos para asegurarse de que Liam estaba lo suficientemente lejos y recogería la bolsa que había dejado detrás del establo con algo de comida, ropa y unas monedas que había sustraído a cuenta del trabajo que había realizado durante todo el tiempo que había permanecido en el castillo.

Se llevaría el caballo de Robert, era el único que había podido montar y estaba segura de que no la tirarían. Además, era un ejemplar fuerte y no le costaría cabalgar hasta Turlom. Con suerte, todo saldría bien.

## Capítulo 15

—¿Qué le pasa a Liam? —preguntó María a Emily al ver que el joven estaba sentado en un rincón y parecía estar aburriéndose.

—No ha venido Anne. —La ayudante de cocina no dejaba de mover los pies.

Emily no había dejado de bailar desde que llegaron y estaba claro que disfrutaba de cada una de las miradas que Dougal Abercombie le dedicaba mientras tocaba la flauta. Por suerte para ellos, algunas piezas podía tocarlas su padre solo y eso les había permitido disfrutar del contacto mutuo. María, en cambio, se había mantenido en un discreto segundo plano. Ni queriendo habría podido seguir los pasos de baile que requería aquella música. Los escoceses tenían una forma muy peculiar de bailar y en nada se parecía a lo que ella conocía. Le pareció muy sospechoso que Rowell hubiese obviado esa parte de su entrenamiento. Estaba claro que su futuro nieto no se encontraba a gusto moviendo el esqueleto.

—¿Quién es Anne?

—Es la hija de Tobi MacNass, es ese de ahí, al parecer no la ha dejado venir porque esta mañana tuvieron una de sus broncas. Esa que está sentada en la otra punta del salón es Leslie, su amiga. Anne es la más avispada de las dos, la divertida, y Leslie está enfurruñada porque va a tener que relacionarse sola y no se le da bien.

María se llevó el vaso a los labios pensativa. Emily volvió a bailar, en cuanto Dougal soltó la flauta, y la dejó con sus maquiavélicos pensamientos.

Si no conseguía que Liam se lo pasara bien, no querría volver a la taberna cuando le pidiese que la acompañara y todo su plan se iría al garete. De hecho, ya debería haberse marchado hacía rato. Quería estar lejos cuando todo el mundo regresara a casa. Después de pensar y analizar

todas las posibles opciones se le ocurrió una idea. Se acercó a Leslie con disimulo y se sentó en una silla junto a ella.

—¿No te gusta bailar? —preguntó, mirándola con una afable sonrisa. No quería asustarla.

La joven se encogió de hombros. Tal y como María había deducido al observarla, era tremendamente tímida.

—Me llamo María —siguió—. Trabajo como niñera en el castillo de los Done.

—Lo sé. Emily nos ha hablado de usted.

—Espero que bien —sonrió—. ¿Y tú a qué te dedicas?

—Trabajo en las tierras de los señores, como mis hermanos y mi padre. Hasta que me case.

Si es que alguna vez me caso. Me llamo Leslie.

María asintió y después miró de reojo a Liam que parecía repentinamente interesado en la conversación que mantenía con la joven campesina.

—Me ha dicho Emily que tu amiga Anne no ha podido venir —comentó, fingiendo estar interesada en los bailarines.

—Es una testaruda indomable, ha vuelto a discutir con su padre. Le dije que no echara a perder la única diversión que tenemos, pero no me hizo caso. Como siempre.

—¿Y por qué discutieron? ¿Lo sabes?

Leslie negó con la cabeza.

—¿Y no crees que haya ningún modo de convencer a su padre de que le permita venir?

—¿A Tobie MacNass? —negó con la cabeza—. Ya le digo yo que no. ¿A quién cree usted que se parece su hija?

María volvió a mirar a Liam, ahora abiertamente, y Leslie siguió su mirada.

—Liam parece disgustado —dijo María—. ¿Le conoces?

Leslie asintió dándole la espalda al mozo de cuerdas.

—¿No sois amigos?

—Anne me sacaría los ojos si tan siquiera me atreviese a acercarme a él. Menuda es.

—¿Y ese Tobie MacNass suele quedarse hasta muy tarde? —se interesó con disimulo.

—Normalmente se va hacia la mitad —dijo Leslie mirando al padre de su amiga—. Le gusta mucho beber y pronto no se aguantará de pie.

María suspiró y asintió al tiempo que se inclinaba para hablarle al oído mientras miraba detrás de ella hacia Liam.

—Pues hoy no creo que aguante tanto —susurró—. A juzgar por cómo baila, parece un pollo al que le han cortado la cabeza.

Leslie miró al pobre MacNass, para el que no se había hecho el baile.

—Cuando está sobrio aún es peor —asintió al tiempo que se reía.

—Me ha encantado hablar contigo, Leslie. —Se puso de pie—. Creo que voy a marcharme, me duele mucho la cabeza y estoy cansada.

—Me ha dado gusto conocerla, señorita —dijo la joven.

María se alejó de Leslie y fue hasta donde estaba Liam con expresión taciturna.

—Me voy a casa —anunció.

Liam se puso inmediatamente de pie.

—Me voy con usted, aquí no hago nada.

Los dos se acercaron a Emily para despedirse y María tuvo que mentirle diciéndole que le dolía la cabeza para que les dejase marchar sin una ristra de insistentes motivos para quedarse.

—No lo estabas pasando muy bien —le dijo a Liam cuando se hubieron alejado un buen trecho.

—No.

—Yo tampoco soy mucho de bailes —dijo la maestra y acto seguido respiró hondo para llenar sus pulmones—. Me gusta más la naturaleza. ¿Y a ti?

—A mí sí me gustan los bailes —confesó el muchacho que seguía con una expresión huraña.

—Bueno, quizá la próxima vez sea más divertido. —Se cruzó de brazos para darse un poco más de calor bajo la lana que la cubría.

Siguieron en silencio el resto del camino. El mozo de cuadras no tenía ganas de hablar debido a su mal humor y María esperaba el momento preciso para su maquiavélica manipulación.

—Tengo una cosa que decirte, Liam. Leslie me ha dado un mensaje de Anne.

El muchacho se paró en seco y la miró expectante.

—¿De Anne?

María asintió.

—Pero ya sabes lo tímida que es Leslie y le impone mucho que el padre de Anne sepa que ella la ayudó, así que tienes que prometerme que no le dirás nada cuando vuelvas. Te sentarás en el mismo lugar en el que has estado toda la noche y esperarás.

Liam frunció el ceño.

—No pensaba regresar.

—Oh. —María se mostró desconcertada—. Bueno, si no te interesa ver a Anne, yo creí...

—Sí, sí, claro que me interesa verla. ¿Qué es lo que le ha dicho Leslie?

—No sé —dudó la maestra llevándose la mano a la barbilla como si sopesara la idea—. No me gusta mucho la idea de meterme en esto. No quisiera que Tobie MacNass supiera que tuve nada que ver en la aventura de su hija...

—Le juro por Dios que no diré nada a nadie ni aunque me torturen.

María tuvo que aguantarse la risa y asintió lentamente.

—Anne esperará a que su padre regrese y se escabullirá para ir a la taberna. Según Leslie el señor MacNass suele irse sobre las diez, antes de caerse al suelo redondo. Su mujer lo dejaría en la calle si no fuese capaz de entrar en casa por su propio pie.

—¿Y Anne se escapará en plena noche? No lo ha hecho nunca —dijo, asombrado.

—Es posible que ahora tenga mucho interés en ver a alguien —pronunció con expresión cómplice.

Liam puso los ojos como platos y miró el camino por el que habían llegado.

—Esa chica es muy valiente —dijo María, sonriendo, al tiempo que se ponía a caminar de nuevo—. Eres muy afortunado, Liam. Si es capaz de hacer algo así por ti es que le interesas de verdad.

Sintió una punzada de culpa. Era consciente de que estaba siendo muy injusta con Liam, estaba utilizando sus sentimientos de manera cruel, pero esperaba que el joven pudiese perdonarla algún día. Estaba segura de que si pudiera explicarle toda la situación, incluido el motivo por el que no podía estar cerca de Robert Done ni un solo día más, lo entendería.

—Deberías volver ya. —María se detuvo—. Ya estoy delante del castillo y sería muy decepcionante para Anne que no estuvieses allí. Después del riesgo que ella piensa correr por ti.

—Pero el señor James...

—Tranquilo, le diré que me acompañaste hasta la puerta. Ve tranquilo. —Lo empujó suavemente sin dejar de sonreír—. No seas impaciente. ¡Y pásalo muy bien!

Liam asintió repetidamente y después de un momento de duda echó a correr regresando por donde habían vuelto. María esperó hasta perderlo de vista y se dirigió hacia la parte de atrás de

los establos donde había escondido un hatillo. Después entró a la cuadra y permaneció allí dentro hasta que calculó que habían pasado quince minutos. Liam ya debía estar en la taberna, a juzgar por cómo corría el muchacho.

—Tranquilo... tranquilo. —Se acercó al caballo y lo acarició suavemente antes de ponerle la montura.

Abrió el hatillo y sacó sus pantalones tejanos para ponérselos debajo del vestido y con una cuerda se ató el tartán de manera que quedase bien recogido a su cuerpo. Se metió el dinero al bolsillo y sostuvo el cuchillo en sus manos sin dejar de mirarlo hipnotizada. Ojalá no hiciese falta, pero si alguien la atacaba no se lo pensaría dos veces. Las experiencias que había sufrido con Robert le habían dado la motivación que antes no tenía.

Sacó al caballo de la cuadra y caminó despacio junto a él, alejándose del castillo. Aquel era el momento más peligroso y lo sabía, un relincho del caballo podría llamar la atención de alguien y todo su plan se iría al garete. Miró al cielo y agradeció aquella enorme luna. Al menos ella estaba de su parte.

Cabalgó durante horas y el día amaneció con las gotas de rocío brillando sobre las hojas de los árboles. Por primera vez desde que llegó, María pudo disfrutar de la belleza de aquel paisaje. Entre los árboles y rodeada de aquellas montañas se sintió a salvo. Eran los seres humanos quienes la atemorizaban y allí estaba sola.

No había parado desde que se alejó del castillo de los Done y ya que el sol le daba los buenos días aminoró el paso para disfrutar de ese momento. También quería darle un poco de descanso a Sigh. El caballo se había portado como un campeón. Así que, cuando escuchó el rumor de un

riachuelo cercano, bajó de un salto y lo llevó de las riendas para que bebiese de sus aguas.

Se estiró para destrabar los músculos y bostezó con la boca bien abierta, llenándose de oxígeno. Calculaba que estaba a mitad de camino de Turlom y no podía evitar la emoción que sentía al saber que pronto estaría con Laura.

Cuando el caballo acabó de beber lo llevó hasta un árbol y lo ató a una de sus ramas. No se arriesgaría a que regresara con su dueño y la dejase tirada como había visto en muchas películas.

—Ahora comeremos algo —dijo, hablándole al caballo—. He traído unas zanahorias que nos servirán a los dos.

Después de darle su parte a Sigh se sentó en una piedra con las piernas dobladas y se comió la suya. Hacía frío, el cielo estaba despejado y el sol no tenía fuerza para calentar. Echaba de menos el calor de España. Incluso en invierno el sol era más fuerte que en Escocia.

Cuando se preparó mentalmente para aquel viaje en el tiempo pensó que para ella sería mucho más sencillo de lo que lo fue para Laura. Creía que se encontraría con su amiga y ella la ayudaría a superar los primeros tiempos. Pero nada había sucedido como esperaba. Si Rowell la viese allí sentada comiendo zanahorias... Sola en medio del bosque, huyendo de sus antepasados...

—Sabía que no debía confiar en ti.

María trató de levantarse tan rápido que acabó cayéndose de culo sobre la hierba húmeda. Se puso de pie y corrió hacia el caballo, pero James la alcanzó antes de que se acercara al animal.

—¿De dónde has salido? —preguntó la maestra sin dejar de revolverse entre sus brazos y mirando a su alrededor para saber si estaba solo.

—Dejé mi caballo hace cinco minutos para que no me oyeras llegar.

Se llevó una mano a la boca y lanzó un silbido corto y sonoro. El caballo acudió al trote y se

detuvo junto a ellos. María comprendió que había tenido suerte de que Robert no se percatase a tiempo de que su caballo no estaba donde debía.

—De ningún modo vas a escapar de mí —dijo el escocés sin soltarla—. Voy a soltarte, pero si intentas algo te juro que te ataré con una cuerda y te subiré al caballo como un fardo.

María sintió como los brazos que la mantenían sujeta se aflojaban y, lentamente, la soltó.

—¿Cómo me has alcanzado tan pronto? —preguntó, sorprendida.

—Llevo horas siguiéndote —dijo él muy serio.

—Has venido solo —susurró mientras se preguntaba si era buena idea sacar el cuchillo de debajo del tartán.

—¿Necesito a alguien más? —Escueto y duro.

—Deja que me vaya. —No quería hacerle daño y tampoco quería que él se lo hiciera a ella, lo que era mucho más probable.

—Creí que Aili te importaba. Puedo aceptar que no tuvieras escrúpulos en engañarme y traicionarme de este modo, pero de verdad creí que Aili te importaba.

El rostro de James era una máscara férrea que en lugar de provocar temor despertó la ternura en María.

—No podía quedarme. —Desvió la mirada y suspiró—. Lo siento mucho, James. Hubiese querido poder confiar en ti...

—¡Lo que me faltaba por oír! —exclamó el escocés sin dar crédito a lo que escuchaba—. ¿Que tú hubieses querido confiar en mí?

—¡Sí! Te abrí mi corazón. Te conté la verdad...

—¿La verdad? ¿Crees que soy estúpido? ¡Sí, claro que lo crees! ¿Cómo no ibas a creerlo? Todo el mundo me toma por estúpido, ¿por qué no ibas a hacerlo tú?

El cuerpo del escocés era pura tensión y sus ojos refulgían acerados. María lo miró con mayor atención.

—¿Qué pasó entre Robert y tú? —preguntó.

James no dijo nada. Siguió mirándola con aquella expresión entre desvalida y furiosa, exigiéndole sin palabras, recriminándole algo que la maestra no alcanzaba a entender.

—James, te juro por Dios que necesito que me creas de una puñetera vez. —Sus ojos lanzaban chispas—. ¿Puedes imaginar por un momento lo que sentí al encontrarme en un tiempo tan... aterrador? En mi época la gente no lleva espada. En mi país no ha habido guerras en ochenta años. Soy maestra en un colegio, tengo una clase con veintitrés niños. Vivo en un pequeño piso de cuarenta metros cuadrados en el mismo pueblo que mis padres. Soy hija única y tuve que decirle a mis padres que jamás volverían a verme. ¿Crees que quería venir aquí? ¡No! ¡No quería! —Los sollozos eran ya incontenibles—. Me gustaba mi vida, nunca he sido una aventurera. De hecho, las chicas creen que soy la más miedosa de las cuatro...

Se sentó en una piedra, dándole la espalda, y se limpió las lágrimas sin dejar de sollozar.

—Tienes que creerme y tienes que ayudarme. Tú... tú...

—Yo, ¿qué? —preguntó él con voz gélida.

María negó con la cabeza sin mirarlo. No iba a decírselo. Si lo hiciese, si le contase que él iba a ser su marido, ya nunca sabría si lo que ocurriese habría sido motivado por su confesión. Eso suponiendo que realmente acabasen juntos. Se había enamorado de él, de eso ya no había ninguna duda. La emoción que había sentido al verlo fue demasiado grande para ignorarla. Nunca había sentido nada igual por nadie. Pero no podría vivir con la incertidumbre de si sus revelaciones habían sido la causa de lo que fuera que pasara en adelante. Respiró hondo y soltó el aire de golpe de sus pulmones antes de ponerse de pie de nuevo y enfrentarlo.

—No voy a volver al castillo —dijo con firmeza.

—¿Y qué pasa con Aili?

—Eso deberás decidirlo tú. Yo no tengo ninguna posibilidad de ayudarla.

—Van a enviarla a casa del duque de Kney.

María lo miraba sin comprender. No tenía ni idea de quién era ese duque.

—Es un Campbell. Anabella habló con la esposa del duque para pedirle que acogieran a la niña porque no quiere ocuparse de ella.

—¿Y crees que no estará bien allí?

—Al duque le gustan jovencitas. Muy jovencitas —aseguró con desprecio.

María empalideció.

—No puedes permitirlo.

—No, no puedo y no lo permitiré. Por eso he venido a buscarte. Quiero que se quede contigo.

María negó con la cabeza repetidamente.

—No voy a volver al castillo, James. Lo siento, de verdad, pero no puedo regresar.

James frunció el ceño y la miró con tal intensidad que ella tuvo que apartar la mirada.

—¿Qué te hizo? —preguntó inquisidor.

María se mantuvo en silencio.

—No vas a decírmelo.

Negó con la cabeza y él gruñó furioso.

—Si no me lo cuentas te arrastraré conmigo y sabes que no tienes ninguna posibilidad de resistirte.

Hizo ademán de cogerla, pero María se escabulló y antes de que pudiera reaccionar sacó el

cuchillo y lo amenazó con él.

—No voy a volver, ya te lo he dicho.

—¿Crees que puedes atacarme con eso? —El escocés sonreía burlón.

—No —respondió ella muy seria—. Sé que eres demasiado fuerte para mí. Pero te juro por Dios que no regresaré a ese castillo... viva.

Puso la punta de la hoja en su cuello, justo a la altura de la carótida. James empalideció haciendo evidente que la creía capaz.

—Baja ese cuchillo —pidió.

—No —negó María—. Márchate y deja que siga mi camino.

—No puedo dejar que vayas hasta Turlom sola —explicó él—. No he venido a llevarte de vuelta, solo pretendía acompañarte.

María frunció el ceño confusa.

—Júralo —exigió—. Júralo por tu honor.

—Lo juro por mi honor.

María bajó el cuchillo lentamente y James soltó el aire con un bufido.

—Me vas a matar de un susto, mujer.

—¿Cuál es tu plan para Aili? Si no pensabas llevarme de vuelta...

—Esperaba que hicieras algo como esto, lo vi en tu cara cuando le advertí a Emily que no te dejaras sola. Estuve esperando a que regresaras y te vi salir del establo con Sigh. Te he seguido toda la noche. —Parecía nuevamente furioso—. ¿Estás loca, mujer? ¿Cómo se te ocurre emprender este viaje sola? ¿Sabes lo que podría haberte pasado? ¿Es que no le tienes miedo a nada?

—Claro que tengo miedo, pero me daba más miedo quedarme allí.

James se acercó en dos zancadas y la sujetó por los hombros mirándola a los ojos.

—¿Mi hermano abusó de ti? ¿Lo hizo? ¡Dímelo de una vez! —gruñó con rabia.

María negó con la cabeza muy despacio.

—Le golpeé con la cabeza y luego le di con una de las botellas de la bodega —confesó—.

Rowell me entrenó para defenderme en un caso así.

James cogió aire con fuerza y las aletas de su nariz se abrieron para darle paso. María percibía la tensión en sus brazos y en su cuello.

—Maldito *cabron* —escupió entre dientes—. ¿Lo que tienes en la cara...?

María asintió.

—Te llevaré hasta Turlom —dijo el escocés con determinación—. Convenceré a Connell para que permita que Aili viva allí contigo.

María frunció el ceño de nuevo.

—Tu padre no lo permitirá.

—Lo haré. Ya me he encargado de eso.

—¿Cómo?

—Los dos tienen mucho que perder.

María comprendió que algo muy grave había ocurrido entre ellos.

—¿Te quedarás con ella? —preguntó el escocés—. Es pequeña. En poco tiempo olvidará que una vez perteneció a nuestra familia.

María asintió.

—Quiero mucho a Aili y me hará muy feliz tenerla a mi lado.

—Sé que contigo será feliz.

La maestra sonrió con tristeza.

—Será mejor que nos pongamos en marcha.

El escocés fue hasta su caballo y subió en él con presteza.

—No creo que necesites mi ayuda para montar —dijo burlón.

María se levantó las faldas dejando ver los pantalones tejanos que llevaba puestos y subió a  
Sigh sin dificultad.

—¿De verdad las mujeres del siglo XXI visten así? —preguntó James con expresión  
divertida.

María sonrió abiertamente. ¿Eso es que la creía...? *Poco a poco, María*, se dijo, y lo siguió.

## Capítulo 16

James llevaba un rato observando el cielo y calculando el tiempo que tenían antes de que la tormenta que se vislumbraba descargase sobre ellos. Tenía claro que tendrían que refugiarse y esperaba llegar a tiempo hasta la cueva de Gravel. El escocés pensó que María se quejaría, pero la española seguía adelante sin protestar a pesar de que había empezado a lloviznar. La miró de reojo varias veces, era una mujer extraordinaria, ya no le cabía la menor duda. Había ideado un plan para escapar que recaía por completo sobre sus hombros, sin apoyo de ningún tipo. No había tenido miedo de abandonar el castillo para adentrarse en las montañas en plena noche. La había seguido de cerca, observando cada movimiento, y sus decisiones siempre habían sido de lo más acertadas.

—La tormenta arreciará en breve —anunció el *highlander*—. Tenemos que resguardarnos y esperar a que pase.

María lo miró y asintió.

—¿Dónde? —preguntó.

—Hay una cueva...

—No entraré en ninguna cueva —lo cortó María.

James la miró frunciendo el ceño.

—¿Dónde quieres resguardarte? ¿Debajo de un árbol?

—¿No hay ningún sitio más? ¿Una granja? ¿Una aldea?

James negó con la cabeza.

—El lugar más cercano está a veinte millas. Ya no merecería la pena, cuando llegásemos estaríamos empapados.

María apretó los labios para no decir todo lo que le venía a la boca respecto a la idea de entrar en una cueva y más habiendo tormenta. Era como gritar alertando a los indios de dónde debían clavar sus flechas.

James entornó los ojos mirándola con atención.

—¿No te gustan las cuevas? —preguntó.

—¿Es una pregunta trampa? —María lo miraba con expresión irónica.

James sonrió, pero no dijo nada. Siguieron avanzando bajo la llovizna hasta que el escocés se detuvo.

—Lo siento, María, pero debemos resguardarnos o podrías enfermarnos. La cueva es pequeña, pero nos resguardará. —Se bajó del caballo.

Ella lo imitó a desgana, metió el caballo lo justo para que quedara protegido y ató las correas a un árbol cuya rama llegaba hasta la cueva. Después se quedó junto a los animales, no quería entrar mucho más.

—Pensaba que querías volver —dijo James a su lado.

María siguió mirando hacia el exterior de la cueva, la lluvia era cada vez más intensa y se estremeció a causa del frío y la humedad que había en su ropa.

—No es un autobús —dijo sin mirarlo—, no sabes a dónde te lleva. Y por lo que sé no se puede regresar.

—¿Cómo lo sabes?

—Rowell lo intentó durante un año entero y no consiguió nada.

—¿Rowell es... mi nieto?

María asintió con expresión de desconfianza.

—¿Por fin me crees? —James asintió lentamente y María sintió deseos de abrazarlo—. ¿De

verdad?

—Estoy seguro de que no estás loca y esa era mi única otra opción —aseguró el escocés sonriendo.

Un rayo cayó muy cerca de donde estaban y María se sobresaltó.

—Será mejor que nos metamos dentro. —Le hizo un gesto para que lo siguiese.

En el interior aún hacía frío, pero la temperatura era más estable que fuera. Se sentaron junto a la pared y el escocés se apoyó en la piedra y cerró los ojos. Le dolía la cabeza y las costillas, tantas horas cabalgando no ayudaban a curar sus heridas.

—¿Cuándo decidiste creerme? —preguntó María.

—No sé el momento exacto —respondió sin abrir los ojos—. Me resistí todo lo que pude. Pero debo decir que desde nuestro encuentro en la armería intuí que no iba a poder evitarlo.

—¿Tan pronto?

—Eres una mujer muy convincente, María Fonet. —Inclinó la cabeza y entreabrió ligeramente los ojos para mirarla un segundo y después volvió a la posición inicial—. Háblame de ti, cuéntame cosas de tu vida. Del futuro.

María lo imitó y recostó la cabeza cerrando los ojos también. La lluvia golpeaba las piedras y los truenos retumbaban a cada momento, pero por primera vez desde que llegó se sintió tranquila y segura.

—Soy maestra en una escuela de primaria. Todos los niños van a la escuela en el siglo XXI. Estudian seis años, que es lo que llamamos primaria, y después pasan al instituto hasta que completan la enseñanza obligatoria.

—¿Les obligáis a estudiar? —preguntó, abriendo los ojos, sorprendido—. ¿A todos los niños? ¿Los hijos de los campesinos también?

María asintió.

—Las cosas son muy distintas en el futuro. Los campesinos que trabajan la tierra de otro cobran un sueldo todos los meses. Tienen su casa y sus hijos van a la escuela. Yo soy tutora de una clase de quinto curso. Tengo veintitrés alumnos, diez niños y trece niñas.

—¿Las niñas también estudian?

María volvió a asentir.

—La mujeres hemos conseguido mucho en estos años —dijo orgullosa—, no todo lo que merecemos, pero cada vez estamos más cerca de lograrlo.

—¡Vaya!

—¿Te parece mal?

—No, no —se apresuró a decir—, es solo que resulta difícil de imaginar cómo será ese mundo.

—Pues los hombres y las mujeres se casan cuando se aman y cuando ya no se aman se divorcian.

—¿Divorcian?

—Se separan para siempre y de ese modo quedan libres para volver a casarse con otras personas.

—¿Pueden volver a casarse?

María asintió.

—Las veces que quieran. Además, las mujeres trabajamos en cualquier ámbito. Hay mujeres bombero, mujeres astronautas...

—¿Mujeres qué?

—Ostras, claro —musitó la maestra por lo bajo.

María se dio cuenta de que eran muchísimas cosas las que podría explicarle y sin pensarlo se puso de pie y comenzó a hablar como si estuviese frente a uno de sus alumnos. Le habló de historia, de geografía, de tecnología... El escocés parecía relajado y la miraba como el niño al que su abuelo le cuenta una aventura de su juventud.

Cuando la tormenta amainó James sabía de la vida de María más que de ninguna otra persona que hubiese conocido. Pero lo que llenaba su mente era una mezcla de sorpresa, admiración y espanto ante todo lo que había escuchado sobre el futuro. Un futuro que él jamás vería.

—Es extraordinario —dijo cuando María volvió a sentarse a su lado.

—Lo es —asintió la maestra—. Me doy cuenta de todo lo que el ser humano va a conseguir en estos trescientos años. Ahora soy consciente.

—Debes sentirte muy desgraciada teniendo que vivir aquí —susurró el escocés.

—No —negó ella—, desgraciada no es la palabra. He tenido momentos duros y momentos terribles, pero he aprendido que la vida es igual en todas partes y en todas las épocas. Pase lo que pase, queremos vivirla.

James se llevó las manos a la cabeza y se apartó el pelo de la cara para relajar los músculos faciales, seguía doliéndole la cabeza y las costillas lo estaban matando.

—Ojalá tuviese una de esas pastillas de las que has hablado —dijo en voz alta.

María se puso de rodillas y comenzó a masajearle la cabeza.

—Ahora te toca a ti —pidió—. Háblame de tu vida y de tu mundo.

El escocés empezó a hablar y le contó cosas de su niñez, de lo poco que recordaba de su madre. Después le contó cómo fue su primera vez con la espada y el miedo que pasó cuando tuvo que correr al campo de batalla. Le habló de sus viajes, de las obligaciones del clan...

María consiguió calmarle el dolor y también fue capaz de leer entre líneas. La mala relación

con su padre, la predilección de este por su hermano.

—¿Qué le pasó a Maela? —En cuanto lo preguntó sintió que él ese ponía rígido.

El escocés se apartó con un gesto de agradecimiento y se puso de pie para dirigirse a la entrada de la cueva y comprobar si tardaría mucho en pasar la tormenta. María no insistió, lo observó allí parado a contra luz y se estremeció al recordar su cuerpo desnudo. Se sintió cohibida, nunca le había pasado eso con nadie, la atracción que sentía por aquel escocés era de lo más inoportuna en ese momento.

James se volvió hacia ella y captó su mirada antes de que la maestra la apartase. Se acercó y después de mirarla unos segundos volvió a sentarse en el suelo, esa vez frente a ella.

—Maela vino a vivir con nosotros cuando tenía cuatro años. Robert y yo éramos tres años mayores que ella y al principio nos pareció un incordio tener a una niña en el castillo. Pensábamos que sería tonta y quejica y que nos metería en problemas con padre, pero estábamos muy equivocados. Maela resultó ser divertida y aventurera, siempre estaba dispuesta a apuntarse a nuestras locuras y jamás se quejaba por nada ni le contaba a nuestro padre nada de lo que hacíamos. Crecimos los tres juntos y estábamos muy unidos hasta que, de repente, todo cambió.

—Cuando os hicisteis mayores vuestros sentimientos cambiaron —apuntó María.

James asintió despacio.

—Robert se enamoró de ella y empezó a comportarse de un modo diferente cuando estábamos juntos. Al final consiguió separarnos.

—¿Maela no sentía lo mismo por él?

—No.

—Porque estaba enamorada de ti —afirmó María.

James asintió y la española empezó a hacerse una idea clara de la situación de los dos

hermanos.

—Cuando intuí lo que mi hermano sentía me eché a un lado. Creía que si me apartaba todo llegaría a buen puerto. Me marché a Francia y luego a España. Al regresar me encontré con que mi padre había concertado una boda entre Maela y Kendrick Campbell. Incredulé a mi hermano por no impedirlo y él me dijo que era lo mejor para todos, que estaba embarazada y caería en desgracia si no se casaba.

María empalideció.

—¿Quién era el padre? —preguntó con temor.

—No me lo confesó hasta el día de la pelea.

—¿Robert es el padre de Aili? —preguntó, conmovida.

James asintió.

—Y el muy cabrón le juró a Maela en su lecho de muerte que jamás abandonaría a la niña. Que la protegería de todo y de todos —escupió entre dientes—. Y ha vuelto a traicionarla.

María lo miraba sin comprender.

—¿Está dispuesto a dejar que su hija esté cerca del duque, sabiendo la clase de hombre que es?

James tenía una expresión terrible que hizo a María desear que nunca estuviese así de enfadado con ella.

—Él sí, pero yo no.

—¿Y cómo has conseguido desbaratar sus planes? —preguntó con preocupación. Creía que Reinold Done y su primogénito no dudarían en hacerle daño si les resultaba beneficioso—. ¿No temes por... tu vida?

—No creo que llegasen tan lejos —dijo James sin que el enfado se borrara de su rostro.

—¿Y qué has planeado?

—Te llevaré a Turlom. Hablaré con Connell Darroch para que deje que Aili se quede contigo. Regresaré a buscarla y la traeré.

—¿Y después? —Lo miraba con intensidad.

—Ya pensaré en ello cuando llegue el momento —dijo sin apartar sus ojos de ella.

—¿Lo sabías? ¿Qué Robert es el padre de...?

—Entonces lo sospeché, pero Maela me lo negó. Me aseguró que no estaba embarazada cuando se casó con Kendrick, que todo era mentira.

—Pero Aili...

—Maela me juró por todo aquello en lo que creía que esa niña no había sido fruto de su relación con ningún hombre. Según ella, se despertó una noche en medio del bosque a causa de un espantoso dolor en su vientre y fue en ese instante cuando la niña se gestó. —James la miró con tristeza—. Como comprenderás, mi prima había perdido la razón por completo y yo lo achaqué a la repugnancia que sentía por Kendrick. Ahora sé que se inventó esa historia para que yo no supiera lo que había hecho mi hermano.

María sintió compasión por aquella pobre mujer y deseó poder decirle de algún modo que su hija estaría bien. Que ella se ocuparía de que así fuese.

—No me has hablado de tu... esposo —habló el escocés de pronto.

María sonrió ligeramente.

—No tengo esposo.

—Estás... ¿divorciada, has dicho?

—No, no estoy divorciada porque nunca he estado casada.

—¿Nunca? —preguntó, extrañado—. Pues teniendo en cuenta que podéis separaros cuando

deseéis y volver a casaros tantas veces como queráis, resulta sorprendente.

—No he encontrado a nadie con quien deseara casarme.

James dio un paso hacia ella, le apartó un mechón de cabello y aprovechó para acariciarle la mejilla.

—Yo tampoco... —musitó pensativo—. Pero sé que si encontrase a la mujer adecuada no me separaría de ella jamás.

María sentía el corazón galopando y la sangre fluyendo imparable por sus venas y arterias.

—¿Crees que hay alguna posibilidad de que halles a ese hombre aquí? —preguntó el escocés sin dejar de mirarla con aquellos ojos febriles.

María asintió muy despacio, de un modo casi imperceptible. Se hundió en las profundidades azules de aquellos ojos y comprendió que ya nunca querría salir de allí. Puso la palma de su mano en el pecho masculino y el calor que irradiaba amenazó con quemarla. Su cerebro le decía que estaba bien, que todo era como debía ser. Tal y como el destino había decidido. Pero ella no quería aceptarlo, no quería resignarse a cumplir los designios establecidos sin que hubiese una parte de entrega y elección.

—Creo que tienes fiebre —musitó.

James se inclinó para besarla. María le devolvió la caricia y la suave punta de su lengua realizó un lento trazo para dibujar sus labios antes de saborear cada rincón de su boca. La garganta del escocés emitió un contenido gruñido y la apretó contra su cuerpo.

Cuando María abrió los ojos estaba tumbada en el suelo y el duro cuerpo masculino estaba sobre ella. Una deliciosa sensación previa la inundó y provocó que un suspiro escapase de sus entreabiertos labios. Aquello consiguió excitarlo aún más. James se apartó lo justo para poder poner una de sus enormes manos sobre uno de sus pechos y de repente toda la excitación de

María se convirtió en pánico. Lo apartó con brusquedad y se puso de pie con torpeza.

—¿Qué ocurre? —preguntó, sorprendido.

María apartó la vista de aquella enorme protuberancia en sus pantalones y se llevó una mano a la frente como si se tomase la temperatura.

—No vamos a hacer esto aquí —dijo nerviosa—. Además, ya ha dejado de llover.

Se dio la vuelta y caminó hacia el exterior de la cueva para comprobarlo, pero, sobre todo, para alejarse de él. James intuyó lo que ocurría y se llamó un millón de veces estúpido por su poco tacto. Su hermano la había agredido y, aunque no había conseguido lo que pretendía, estaba claro que estaba asustada.

—Será mejor que nos vayamos de una vez. —María soltó las riendas de su caballo para sacarlo de la cueva—. Tenemos que llegar antes de que se haga de noche.

James la observó con los ojos entornados y después bajó la mirada hacia su pantalón.

—¿Por qué narices no me habré puesto el *kilt*? —dijo en gaélico.

María lo miró sin comprender lo que había dicho. James se detuvo a su lado con las riendas de su caballo en la mano.

—No debes temer nada de mí. —La miró a los ojos—. Jamás te haré daño, María.

La maestra asintió lentamente y después sacó su caballo de la cueva.

La subida hacia el castillo de Turlom era bastante pronunciada y los caballos estaban agotados, por lo que hicieron el último tramo a pie y llevándolos de las riendas. María miraba a James, constantemente, consciente de su mal color de cara y la excesiva sudoración dadas las bajas temperaturas.

—¿Estás bien? —preguntó, viendo que tropezaba.

—Perfectamente —dijo él y aceleró el paso.

Cuando llegaron a la explanada, la maestra se detuvo un momento para asimilar el cambio de escenario. El castillo que ella recordaba era un edificio en ruinas, con una parte completamente destruida y rodeado de la más completa soledad. En ese momento estaba ante un edificio en uso y los sonidos eran los propios de la ocupación humana. Voces, cacharros y animales.

Dos enormes perros empezaron a ladrar en cuanto se acercaron y una mujer joven, que estaba recogiendo ropa tendida, los vio llegar y entró rápidamente a la casa, seguramente a avisar a su señora. El momento había llegado y María se preparó para ello. Se detuvo frente a la entrada, a unos pocos metros de las escaleras. Se arregló el pelo y la ropa, como si eso importase lo más mínimo. El corazón le latía desbocado y no apartaba la mirada de aquella puerta, como si fuese la del mismísimo cielo. James se había apoyado en un árbol, su corazón también latía desbocado. Aunque no era la emoción la que provocaba ese efecto.

Una mujer apareció secándose las manos en una especie de mandil que cubría toda la falda del vestido. El sol se había ocultado ya por el horizonte y las sombras iban tomando terreno rápidamente, pero María la reconoció al instante a pesar de la dificultad de visión que le procuraron las lágrimas.

Laura se quedó paralizada al verla, con las manos envueltas aún en el mandil y temblando como una hoja sin apartar la vista, convencida de que se trataba de una alucinación.

—¿María? —susurró.

—Laura... —Su amiga se había acercado hasta el primer escalón y la miraba con los ojos anegados en lágrimas—. Soy yo.

Laura se abrazó a ella sin emitir el más mínimo sonido. Fue un abrazo apretado, cargado de una emoción tan intensa que habría sido imposible expresarlo con palabras. Las dos lloraban ante

la mirada de los allí presentes. Margaret, detrás de su cuñada, Peter, que apareció por el camino, montado en su caballo, y James. Bueno, James apenas las veía.

—Dios bendito —susurró Laura casi sin poder hablar a causa de los sollozos que agitaban su pecho.

Necesitaron algunos minutos para recuperar la voz y poder hablar de manera inteligible.

—Tengo mucho que contarte. —María se limpió las lágrimas sin dejar de mirarla, temía que si lo hacía se desvanecería como en un sueño.

—¡Oh, ya lo creo que sí! —respondió Laura riendo cada vez más—. Soñé con esto tantas veces... Pero jamás creí que se convertiría en realidad.

—Ese hombre que ha venido con ella parece a punto de... —Margaret señaló hacia el lugar en el que estaba James.

María se volvió justo en el momento en el que el escocés se desplomaba en el suelo inconsciente.

## Capítulo 17

—Se pondrá bien —dijo el doctor a las múltiples preguntas de María—. Tiene un par de costillas rotas y algunos hematomas por todo el cuerpo. Necesita descansar. No debería haber cabalgado tantas horas, pero se pondrá bien.

Laura le ofreció algo de comer o beber al doctor y lo acompañó hasta el salón. María se quedó sola con James, que la miraba desde la cama con expresión enfadada.

—Todos los médicos son iguales. —Intentó incorporarse—. Les encanta dramatizar.

—Si intentas levantarte, te juro que te ato a la cama —dijo muy seria.

James se tumbó inmediatamente. María cogió una silla y se sentó junto a él.

—Robert es un animal —escupió entre dientes.

James sonrió divertido.

—Tendrías que ver cómo ha quedado él.

—¡No quiero a un Done en mi casa! —Connell dio un golpe en la mesa con expresión furibunda.

—Está herido, Connell —dijo Laura sin inmutarse por aquel arranque de su esposo. Lo conocía bien y sabía que ella no corría ningún peligro—. Tengo que hablar con María, aún no sé qué ha pasado y por qué está él aquí. Déjame aclararlo todo y después decidiremos qué hacer.

—Yo te diré lo que haré con él —aseguró el escocés respirando agitado—. ¡Le rebanaré el pescuezo como ellos hicieron con mi familia!

Laura podía imaginar lo que estaba sintiendo y sabía que Margaret y Peter sentían lo mismo,

lo había visto en sus ojos cuando ella hizo llamar al médico. Habían tenido que irse para no decirle una barbaridad. Pero tenía que hablar con María antes de poder decidir.

—Déjame hablar con ella, por favor. —Lo miró como a un igual—. Te juro que después te dejaré decidir a ti y no me opondré a tu decisión.

—¿Aunque no la compartas?

Laura asintió despacio.

—Está bien —concedió Connell y salió de la habitación dando un portazo.

Laura comprendía su enfado y lo difícil que era para él tolerar semejante ofensa. Los Done habían participado en la masacre de Glen Coe. Robert Done se había jactado de ello delante de algunos miembros del clan MacDonald que no habían perdido la oportunidad de ir a contárselo a Connell. Tener a James en su propiedad era una ofensa insoportable.

María se volvió al oír que se abría la puerta y Laura entró sigilosa temiendo despertarlo. Cuando vio que su amiga sostenía la mano de James Done supo que todo iba a resultar mucho más complicado de lo que pensaba.

—Tendríamos que hablar —musitó.

María asintió y soltó al escocés con suavidad, después colocó bien las mantas y salió detrás de ella.

—He hecho que nos preparen café y unos bocadillos. —La llevó hasta un pequeño saloncito—. Esta es mi habitación personal. Aquí escribo y bordo...

Era un cuarto pequeño pero cargado de personalidad. Los muebles eran de madera, pero más

delicados de lo habitual para la época.

—Me los han hecho especialmente. Según mis indicaciones, ya sabes.

Las dos amigas se miraron con evidente turbación. Sentadas en el sofá, la una junto a la otra, sin saber cómo empezar, sin querer más que tocarse y sentir que todo era cierto y no estaban soñando.

Laura en especial.

—Nunca creí que esto fuera posible. —Cogió las manos de María—. Soñé muchas veces que alguna de vosotras venía también, pero era más un deseo que una esperanza. Y en el fondo tampoco quería que ocurriese porque esto... bueno, es duro. ¿Cómo ha pasado? ¿Es que acaso habéis descubierto el modo de viajar?

María negó con la cabeza.

—No vendrá nadie más —explicó—. Solo tú y yo.

Laura la abrazó sin poder contenerse y las lágrimas volvieron a sus ojos.

—¿Cuánto hace que estás aquí? —preguntó, deshaciendo el abrazo.

—No llega a dos meses, aunque el tiempo aquí se desliza tan lentamente que parece que haga un año.

Su amiga asintió.

—Cuesta acostumbrarse a la calma. Las horas dan para mucho cuando no tienes tantas distracciones —sonrió—. Yo he aprendido a bordar, imagínate. Y he escrito una novela.

María sonrió al tiempo que se mostraba admirada.

—Eres increíble.

—Tienes mucho que contarme —siguió Laura—. Y yo a ti.

—Leímos tu carta.

Laura se llevó las manos a la boca para ahogar un grito emocionado y los ojos volvieron a humedecerse.

—Nos reunimos todos en el hotel de Leod, tus padres también estaban. Julia fue la encargada de leerla —sonrió con lágrimas en los ojos—, varias veces.

—Me lo imagino, seguro que se la aprendió de memoria.

Las dos rieron a carcajadas, una risa fruto de la enorme emoción que no encontraba por dónde salir.

—¿Cómo están todos?

—Bien, bien. Julia está embarazada —explicó.

—¡Oh! ¡Qué alegría!

—Tus padres están bien, recibir tu carta les devolvió la paz que habían perdido con tu desaparición. Lo único que necesitaban era saber que estabas bien. Ver que, además, eras feliz fue un regalo para ellos.

—Lo soy, María. Muy feliz. Connell es... el amor de mi vida.

Su amiga asintió comprensiva.

—¿Y Cris? ¿Cómo está ella?

María amplió su sonrisa.

—Muy bien. Enamorada y feliz. Pero déjame que te lo cuente todo en orden para que puedas comprender por qué estoy aquí. —Miró las tazas de café que había sobre la mesa—. Vamos a necesitar mucho más que café. ¿Dónde escondes el *drambuie*?

María habló durante horas sin parar. Margaret les avisó de que estaba la cena y varias veces se asomó al saloncito al ver que no salían. Finalmente, la hermana de Connell les llevó una

bandeja con la cena y así pudieron continuar charlando hasta bien entrada la madrugada. Lloraron, rieron y se emocionaron sin orden ni concierto, mezclando lo uno con lo otro.

Con cada palabra se fue tejiendo un mapa en el que ambas fueron colocando sus momentos y vivencias, construyendo para la otra una realidad paralela que completaba el rompecabezas. Cuando ya no les quedaba más que decir permanecieron en silencio, juntas y abrazadas en el sofá. María recostada sobre el pecho de Laura, que miraba al techo completamente despejada.

—¿Por qué nosotras? —lanzó la pregunta al aire sin esperar respuesta.

María llevaba un buen rato pensando en eso y se incorporó para mirarla.

—Tiene que haber una razón —negó con la cabeza—. No puedo aceptar que todo haya sido fruto del azar. No es posible.

—¿Que no es posible? ¿En serio te planteas que algo pueda no ser posible después de haber viajado en el tiempo?

La maestra llenó las copitas con el excelente *drambuie* de Laura.

—Desde luego el de Leod se parece a este, pero este es mejor —comentó antes de acercar la copa a sus labios.

—Ya no lo recuerdo —respondió Laura cogiendo la suya.

—¿Crees que podrás convencer a Connell para que acepte a Aili aquí?

Laura asintió. Después de todo lo que habían hablado ya tenía claro que James no era un enemigo.

—Es un hombre maravilloso, María. —Sus ojos brillaron de un modo inconfundible—. Me ama con verdadera devoción. Y yo a él.

Su amiga la miró unos segundos con intensidad.

—¿No te has arrepentido nunca? ¿Ni un poco?

Laura negó con la cabeza.

—Si hubiera tenido la posibilidad de volver, no lo habría hecho —confesó—. Echo de menos a todos y también me acuerdo de lo cómodo que era tener agua corriente, luz, gas..., ya sabes, esas cosas. Pero todos los días, cuando me despierto y veo entrar la luz por la ventana de nuestra habitación y siento su brazo rodeando mi cuerpo... Nunca creí que viviría algo así, un amor tan profundo e intenso. Hay entre nosotros una complicidad absoluta. Confío en él más que en mí misma.

María sonrió con ternura y asintió. Laura se recostó contra el respaldo del sofá y la miró con los ojos entornados.

—¿Y tú? —preguntó—. Sientes algo por James, lo he visto en tus ojos. No es solo sexo.

—Apenas nos conocemos...

—Yo no necesité mucho tiempo para darme cuenta de que me moría por Connell. Estoy segura de que has tenido tiempo más que suficiente, si no, no te habrías acostado con él. Te conozco, María.

—Tienes razón, pero me niego a decir que estoy enamorada, sabes cómo pienso.

—Ya, ya —admitió su amiga—. Necesitas que el tiempo certifique que no te equivocas.

—Los sentimientos son volátiles.

—Es increíble lo que nos hacen los traumas infantiles.

María frunció el ceño sin comprender a qué se refería.

—Todo esto es por Pedrito.

—¿Pedrito? ¿Te refieres a Pedrito Varela? —María se rio—. Pero si solo fuimos novios tres horas.

—¡Pues eso! Era tu vecino, os conocíais desde que nacisteis y cuando te pidió que fueses su

novia le dijiste que sí, aunque no te gustaba mucho.

—Éramos unos críos, Laura, teníamos nueve años.

—Lo recuerdo muy bien, fuimos al parque a celebrar el día de la tortilla y se le ocurrió darte un beso en los morros. —Laura se reía a carcajadas y casi no podía hablar—. Lo perseguiste por todo el parque y no paraste hasta darle una bofetada. La señorita Rosa no dejaba de llamarte, pero tú no cejaste en tu empeño de castigarlo.

—No me gustaba. —María se aguantó la risa—. ¿Qué podía hacer?

—Le dijiste que ya no eras su novia y estuvo un mes mustio y enfadado. Ya no volvisteis a ser amigos.

—Fue muy desagradable. Su madre y la mía eran amigas y yo tenía que verlo constantemente.

—Y te dejó un trauma. —Laura seguía riéndose al recordarlo.

—No digas tonterías. Eso no tiene nada que ver con esto. James es un hombre increíble y creo que siente algo por mí, pero no me ha dicho que esté enamorado.

—Ya te lo diré —aseguró Laura—. El destino no se equivoca y si todo lo que me has contado es cierto, no hay ninguna posibilidad de que las cosas sucedan de otro modo. Piénsalo, nosotras somos la prueba de que ocurrirán tal y como nos han contado porque no existiríamos de no ser así. Nada habría sucedido como sucedió y ninguno de nosotros seríamos como somos. Nuestros recuerdos no han cambiado, así que nuestra realidad en el siglo XXI tampoco. James será tu marido y Rowell nuestro nieto.

—¿Y lo de la tía de Rowell que se casará con un español? ¿Qué me dices a eso?

Laura asintió entornando los ojos.

—Quizá sea ella el meollo de todo esto. —Se puso de pie y atizó el fuego para que las llamas

recuperasen vigor. Después volvió al sofá y se sentó con las piernas dobladas—. ¿Rowell no te dijo si era hija tuya o mía?

María la miró como si de repente se diese cuenta de ese detalle.

—¡No lo pensé! —exclamó, sorprendida—. ¡Claro, si era su tía tenía que ser una de nuestras hijas! Yo no veía a Rowell como nada mío, a pesar de que afirmara que era mi nieto para mí era el novio escocés de Cristina.

—Esa niña puede ser el nexo de unión con nuestra vida en el futuro —afirmó Laura—. Hasta ahora el único nexo que teníamos entre pasado y futuro eran Leod y Evan. Nosotras somos las abuelas de Rowell y antepasadas de Leod y Evan. Pero esto que me has contado parece abrir otras posibilidades.

—¿Te refieres a una rama que nos lleve hasta Julia o a Cris? ¿O a las dos? —María tenía los ojos muy abiertos y la cabeza le daba vueltas—. Todo esto es una locura.

—Tienes razón. Debemos dejar de hacer esto. No podemos hacerle el trabajo al destino. Cuando llegue el momento sabremos qué hacer. Ahora ninguna de las dos tiene una hija, así que no es necesario que nos preocupemos de soldados españoles ni leches. Bastante tenemos con los problemas reales.

—¿Crees que Connell escuchará todo lo que tengo que contarle?

Laura asintió con una sonrisa.

El escocés miraba a María sin dar crédito. Le había dado una versión resumida de toda la historia. Su amiga le había advertido de que no le ocultase nada del futuro, que con él solo valía decir la verdad y Connell tuvo que sentarse y pensar antes de poder decir una palabra.

—¿Estás segura de que las cosas van a ir así? —preguntó después de un buen rato, a lo que María asintió—. ¿James Done mi mejor amigo?

María volvió a asentir y Connell Darroch se recostó contra el respaldo del sillón como si le hubiese caído encima un fardo de cien kilos.

—Es un buen hombre —explicó la maestra—. No tuvo nada que ver en la masacre. De hecho, todos esos golpes que tiene son fruto de la pelea que tuvo con su hermano al enterarse de su participación en los oscuros planes que llevaron a esa acción tan horrible en Glen Coe.

—Connell... —Laura se acercó a su marido y se arrodilló junto al sillón cogiéndole la mano y mirándole a los ojos—. Tú mejor que nadie sabes que pertenecer a una familia no significa que te identifiques con ellos ni que comulgues con todo lo que hacen. Dale una oportunidad de explicarse y deja que las cosas sigan su curso.

El escocés apretó los labios evidenciando que no estaba nada contento con la solución de su esposa. Después de pensarlo unos segundos la soltó y se puso de pie.

—Hablaré con él cuando esté restablecido y si me convence lo que diga, acataré lo que determine el destino —dijo, mirando a ambas mujeres—. Pero si no me convence os aseguro que me enfrentaré a ese destino sin dudarle un instante.

Cuando las dos amigas se quedaron solas Laura miró a María con preocupación.

—Creo que ha llegado el momento de que hables con James y le expliques todo lo que necesite saber antes de hablar con mi marido. Esto es muy serio, María, estos hombres se rigen por el honor, un concepto que en nuestro siglo solo existe en la ficción. James debe ser totalmente sincero.

María suspiró al tiempo que asentía.

—Haré lo que sea necesario para que Connell permita que Aili se quede.

—¿Por qué te importa tanto esa niña? —preguntó Laura—. Entiendo que su historia es muy triste, pero es la hija de un Campbell y no es asunto tuyo.

—No lo sé —confesó María con expresión desconcertada—. Hay algo en ella... Es como si hubiese un vínculo entre nosotras. Lo sentí en cuanto la vi. Y ahora siento un profundo afecto hacia ella. Además, no es una Campbell, es una Done.

Laura frunció el ceño, pero asintió, aceptándolo.

—Estoy deseando conocerla.

María lo encontró completamente vestido y en pie cuando entró en su cuarto.

—¿Qué haces? —Se acercó preocupada—. Aún no estás bien.

—Estoy perfectamente y debo hablar con Connell sobre Aili.

—No has pensado qué harás si la han llevado con el duque de Kney a pesar de todo.

—Si lo hubiesen intentado, mis hombres habrían interceptado la comitiva y la habrían traído hasta aquí, tal y como les ordené.

María sonrió satisfecha. Lo tenía todo controlado.

—¿Ya has decidido lo que harás tú después? —preguntó con timidez, temerosa y ansiosa por saber la respuesta.

El escocés la miró y una sombra cruzó su rostro.

—Aún no —confesó enigmático—. Cuando todo el asunto de Aili esté solucionado pensaré en ello. Quizá me marche a Skye, quizá mi tío William me aceptaría entre sus hombres —explicó al ver la expresión confusa en el rostro de María.

—¿Tío? ¿Hermano de tu padre? —dijo con preocupación y un deje de decepción en la voz.

—No. Tío William es el hermano de mi madre. Un MacLeod —explicó orgulloso.

—¿Eso podría ayudarte con Connell? ¿El clan MacLeod y el clan MacDonald son clanes amigos?

James sonrió con ironía.

—Su enemistad ha durado siglos —sentenció.

María cerró los ojos un momento para calmar los improperios que pugnaban por salir de su boca. Pero ¿qué les pasaba a aquellos escoceses? ¿Es que no tenían bastante con luchar contra los ingleses que también tenían que luchar entre ellos? Estaba claro que eran descendientes de los vikingos. El ansia de los habitantes de las Highlands por imponerse al otro era tan notable como la que había visto en las series que narraban la barbarie del pueblo vikingo.

*Por otro lado, no hay más que ver su imponente físico para intuir esa relación* —se dijo para sí.

—Vale, entonces no hables de eso con Connell, por favor —pidió la maestra—. Centrémonos en lo importante. Tú no tuviste nada que ver con la masacre de Glen Coe y Aili es una víctima de las circunstancias. Ni los Campbell ni los Done la reclamarán, no la quieren. Se quedará conmigo y... ¿Una mujer de esta época puede adoptar a una niña?

—¿Adoptar? ¿Te refieres a quedártela como hija?

María asintió.

—Si tú la quieres tratar como a una hija nadie vendrá a discutirte.

—¿Podré darle mis apellidos? —preguntó la profesora—. ¿O los de mi marido?

—Eso habrá que preguntárselo a él —dijo el escocés entornando los ojos ligeramente.

—Bueno, ya solucionaré eso cuando llegue el momento —siguió María, pensando en otra cosa—. Lo importante es que hables con Connell con mucha calma y en ningún momento

pierdas la paciencia.

—Te comportas como si fuésemos dos salvajes que van a liarse a mamporros en cuanto estemos uno frente al otro.

María lo miró con expresión burlona. Eso era exactamente lo que se temía. De repente el escocés se acercó a ella y sin mediar palabra la cogió de la cintura y la apretó contra su cuerpo.

—Cuando todo esto termine tú y yo vamos a tener una larga conversación. —Clavó sus ojos azules en ella.

María sintió que le temblaban las piernas al percibir el calor que emanaba del cuerpo del escocés cuyo contacto resultaba de lo más tentador. Y la cosa se complicó cuando James subió una de sus manos lentamente hasta su nuca anunciando lo que pasaría a continuación. Debería haberse apartado, pero quería que la besara más que ninguna otra cosa en el mundo. Sin embargo, el escocés no tenía prisa por hacerlo.

—Ahí en esa cama —dijo con un gesto de cabeza—, he pensado mucho en ti. No entiendo cómo no me di cuenta de lo terrible que debió ser lo que te ha pasado, encontrarte en un mundo desconocido y hostil sin nadie en quien confiar. Enfrentarte a peligros para los que no estabas preparada. Y, aun así, has sido capaz de darle todo el amor y la atención a una niña que vivía sumida en la oscuridad desde que su madre murió.

—¿Lamentas no haber amado a Maela? —María puso su corazón en aquella mirada.

—Lo lamenté muchas veces —confesó James—. Era una mujer muy desgraciada que se rodeó de un mundo de fantasía para soportar la vida que le habían obligado a vivir. Maela no estaba loca, pero crear aquella fantasía de magia le permitió aislarse del resto. Si la hubieses visto con su hija... Era dulce y cariñosa y sonreía con esa felicidad de la que hablas. Esa niña fue la única luz de su vida.

María puso una mano en su mejilla transmitiéndole todo el cariño que sentía.

—Tú también fuiste una luz para ella —dijo—, estoy segura de que siempre supo que podía confiar en ti.

James la besó y María sintió el sabor dulce de su lengua como algo familiar. Empezaba a reconocer su sabor y su olor como algo que le pertenecía y ambos resultaban embriagadores para sus sentidos. El beso duró lo suficiente como para que Laura tuviese que tocar la puerta con los nudillos.

—Tengo que ir a hablar con Connell —dijo el escocés con el brillo de la pasión en sus ojos—. Pero esta conversación no ha terminado.

María asintió y dejó que se marchase con la sangre latiendo en sus oídos.

## Capítulo 18

—¿Un *whisky*? —Connell le mostró la botella con la que acababa de llenarse un vaso.

—Sí, gracias, lo necesitare —afirmó James.

Los dos hombres se sentaron cerca del fuego y durante un minuto permanecieron en silencio disfrutando de su bebida y del calor que desprendían las llamas. Cuando Connell Darroch puso sus ojos sobre James Done este último supo que debía ser él quien hablase primero.

—No tuve nada que ver con la muerte de tu padre —confesó—. Ni siquiera estaba en Escocia cuando sucedió.

—Pero sabías lo que hicieron.

—Sabía que hubo hombres que se excedieron —reconoció—, pero te juro por lo más sagrado que no sabía que fue un plan premeditado.

Connell lo miraba con expresión hostil, pero sus ojos trataban de leer en los de James con verdadero interés.

—¿Por eso te peleaste con tu hermano?

—No. —Estaba dispuesto a ser totalmente sincero—. Eso lo descubrí después de la pelea.

Connell frunció el ceño, no era eso lo que le había contado su mujer.

—Sé que me convendría más decir lo contrario, pero no me gusta mentir, aunque eso me haya traído muchos problemas en mi vida. Voy a ser sincero en todo lo que quieras saber y si finalmente me pides que me vaya, lo haré sin la más mínima queja.

—De eso no tenía duda. —Connell levantó una ceja—. Si yo digo que te largas, te largas.

James sonrió ligeramente, sabía que Connell Darroch no iba a ponérselo fácil.

—Pregunta lo que quieras —ofreció.

—¿Qué habrías hecho si te hubiesen ordenado participar en la masacre?

—Me habría negado. —Le mantuvo la mirada.

—¿Y por qué tengo que creerte?

—No tienes por qué. Nada te obliga a concederme ningún beneficio.

—Te equivocas —dijo Connell con evidente enfado—. Ya sabes de dónde vienen esas dos mujeres. Y también sabes que tienen mucha información sobre nosotros. En especial tu María.

A James le gustó que la llamase así. Sintió una reconfortante sensación al pensar en ella como algo suyo.

—Supongo que te lo habrá contado todo —siguió Darroch. James asintió—. Así que ya sabes que en el futuro seremos amigos. Los mejores amigos, según tu futura esposa, y no me siento nada cómodo sabiéndolo.

La sonrisa de James afloró ya sin timidez.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—Has dicho mi esposa.

—Creía que te lo había contado todo. —Dejó el vaso vacío en el suelo—. Aunque, por lo que veo, no te disgusta la idea.

James negó con la cabeza sin dejar de sonreír.

—Al contrario.

—¿No ha pasado nada entre vosotros? —preguntó el otro extrañado—. Cuando hablé con ella creí...

—Entenderás que no te cuente las intimidades que haya habido entre mi futura esposa y yo —dijo James sonriendo.

Connell no pudo evitar contagiarse de su sonrisa.

—¿Estás dispuesto a romper con tu familia? —le preguntó, poniéndose serio de nuevo.

—Eso ya ha ocurrido. Al venir aquí he quemado todas mis naves. Mi padre y mi hermano no me perdonarán jamás lo que ocurrió entre nosotros antes de marcharme. Y, francamente, me importa una mierda.

—Romper con los tuyos no es fácil, te lo digo por experiencia.

James terminó su *whisky* y dejó el vaso también en el suelo.

—Podré soportarlo —dijo, rotundo—. Exceptuando a Aili, claro.

—¿Es tu hija?

James negó con la cabeza.

—Es hija de mi prima, Maela MacLeod... y de mi hermano.

—Maela Campbell, querrás decir. ¿Kendrick renunciará a ella? Porque te advierto desde ya que si dejas que esa niña viva aquí no será una Campbell.

—Yo soy un Done.

—Tú no vivirás aquí.

James lo escudriñó con la mirada.

—Aili vivirá con nosotros hasta que María y tú os caséis —explicó Connell—. Después os mudaréis a vuestra propia casa. Si no tienes dinero, yo os brindaré tierras para que podáis vivir sin estrecheces.

—Tengo suficiente dinero, gracias. —James se recordó que había prometido no ofender a Connell y se esforzó por no sentirse ofendido él mismo.

—Entonces ya puedes empezar a buscar casa. Mientras tanto puedes alojarte con Coll MacDonald y su esposa, desde que murió su hijo su casa está demasiado vacía, les irá bien tener compañía.

—¿Quieres que me aloje en casa de los padres de Hugh MacDonald?

Connell lo miró levantando una ceja.

—¿Tienes algún problema con ellos?

—Colgaron a su hijo por saquear las tierras de los Campbell. Yo no tengo problema, pero estoy seguro de que ellos sí lo tendrán conmigo.

—Si yo les digo que no tienes nada que ver con los Campbell ni con los Done, no tendrán ninguna objeción, te lo aseguro. Porque no tienes nada que ver con ellos, ¿verdad?

James asintió.

—Ya te lo he dicho.

—Me gusta que me repitan las cosas. —Lo miró a los ojos—. Sobre todo cuando necesito creérmelas.

—Si emparentas conmigo de algún modo, exacerbarás el odio que mi padre tiene hacia tu familia —advirtió James.

En esa ocasión fue Connell el que sonrió abiertamente satisfecho.

—Acabas de darme la mejor motivación para quererte entre nosotros. —Se levantó del sillón y le tendió el brazo. James cruzó el suyo y se agarraron al modo escocés—. Bienvenido a la familia.

—Es un honor.

Las dos mujeres los miraban ansiosas cuando las llamaron al salón. No parecía que se hubiesen peleado y los muebles estaban todos en su lugar.

—Quita esa cara, mujer —dijo Connell sonriendo—. Nunca he sacado la espada en mi propia casa.

James miraba a María con expresión pícaro y la maestra se sintió tremendamente vulnerable sin saber por qué.

—Creo que debemos dejarlos solos. —Connell cogió a su esposa de la cintura y la llevó hacia la puerta—. Tienen cosas de las que hablar.

La puerta se cerró tras ellos y María se retorció las manos cada vez más nerviosa.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —James seguía a una prudencial distancia.

—¿Decirte el qué?

—Que voy a ser tu marido.

María empalideció por completo. No contaba con que Connell le dijese aquello que ella tanto se había esforzado en ocultarle.

—No quería que lo supieras —dijo mohína.

—¿Por qué? —preguntó, acercándose a ella.

—No quería que tú... Esperaba...

James la agarró por los hombros y la abrazó. Sin más, sin decir nada, sin hacer nada, solo la abrazó, cálida y dulcemente. Durante un buen rato la sostuvo entre sus brazos y la meció en ellos como a una niña a la que hay que dar consuelo, aunque ni siquiera sepa que está triste.

—Me marcho a buscar a Aili. —Volvió a mirarla a los ojos—. Cuando vuelva hablaremos de todo esto y responderás a la pregunta.

—¿Qué pregunta?

—Si me amas.

María frunció el ceño. ¿Pensaba que iba a abrirle su corazón así, por las buenas? ¿Sin que él moviese ficha?

—Esa pregunta llevará incluida alguna clase de declaración, imagino —dijo ella levantando

la barbilla de manera altiva.

James se inclinó y acercó su boca hasta que María sintió su aliento rozándole los labios.

—Bésame, mujer. Bésame como si fuera un soldado que se marcha a la guerra. Bésame como si temieras perderme y supieses que no podrías vivir sin mí.

María se estremeció de la cabeza a los pies y sin pensarlo cerró los ojos y lo besó. Lo besó despacio, dejando que el torrente se desbordase lentamente hasta arrollarlo con la fuerza de su deseo. Bebió de él como si su lengua fuese lo único que podía mantenerla viva, como si su aliento fuese el aire que ella necesitaba respirar.

Cuando James se separó su mirada era la de alguien que había cruzado un bosque en llamas y había sobrevivido. Estaba exhausto y admirado por sus sentimientos. La apretó contra su cuerpo y María sintió la promesa que se ocultaba bajo sus pantalones.

—Nunca me había resultado tan difícil marcharme de ningún lugar.

—No te vayas aún —pidió ella sin poder contenerse.

El escocés no se hizo de rogar y, levantándola del suelo, la cogió en brazos y salió del salón con ella. Connell y Laura los vieron pasar y la española trató de decir algo, pero no le salieron las palabras. James entró con ella en la habitación que había ocupado y cerró la puerta dándole una patada.

—Parece que han hablado. —Connell miró a su esposa con una sonrisa burlona.

Laura se acercó a su marido y le rodeó el cuello con los brazos.

—Se aman —susurró, mirándolo a los ojos—. Y se desean.

Connell la apretó contra su cuerpo y Laura se mojó el labio superior con la punta de la lengua.

—¿Me estás pidiendo algo? —preguntó su marido poniendo las manos en sus nalgas y

levantándola del suelo.

Laura enlazó las piernas alrededor de su cintura y sintió la erección que rozaba su sexo.

—¿Te he dicho alguna vez lo mucho que me gusta esa falda que llevas, marido?

—No es una falda —dijo él fingiendo enfado.

Laura sonrió.

—Deberíamos comportarnos —sugirió al tiempo que se abría ligeramente el escote—.

Alguien podría entrar...

Connell la llevó hasta el salón del que habían salido María y James y una vez dentro la apoyó en la única puerta que había en la estancia, evitando con eso que alguien pudiese sorprenderlos.

La besó como si quisiera robarle el aire y Laura se agarró a sus hombros perdiendo por completo el interés por nada que no fuese el hombre al que amaba. Los sentidos de Connell se colmaron con su sabor, como siempre, y su cuerpo se transformó en un volcán a punto de erupcionar. Amaba a aquella mujer con toda su alma y poseer su cuerpo era un regalo que agradecería a los dioses todos los días de su vida.

Laura no se limitaba a dejarse querer, su lengua exploraba sin descanso y sus labios acariciaban, como una permanente promesa, sometiendo al poderoso highlander con su pasión.

Connell acarició sus bien torneadas piernas hasta detenerse en la parte interna de sus muslos. Sin dejar de besarla llevó su mano hasta el húmedo sexo y jugó con sus dedos como sabía que a ella le gustaba. Laura pegó la cabeza a la puerta apartándose de su boca y gimiendo incontenible.

El highlander aprovechó que había dejado su boca libre para cubrir uno de sus pezones y jugar con él.

—No, eso no —gimió Laura. Desde que daba de mamar a su hijo los tenía muy sensibles y no le gustaba que lo hiciera.

—Eres mía, solo mía —musitó, apartándose de aquellos botones sensibles—. Si quiero tomar cualquier parte de tu cuerpo lo haré. Soy tu dueño, no lo olvides. ¡Dilo!

—Eres mi dueño —dijo ella excitada y agarrándolo del pelo con fuerza añadió—: Toma lo que es tuyo.

—No voy a poder ser delicado, amor mío —advirtió.

La penetró con una única arremetida que la hizo enmudecer. El cuerpo femenino respondió con ansia tratando de aferrarlo en su interior. El escocés siguió moviéndose con un ritmo constante y estudiado, sabiendo leer todas las señales que ella le enviaba. Sin concederle tregua, quitándole cuando creía tenerlo y dándole de nuevo cuando parecía rendirse.

Laura le cogió la cara con las manos y lo miró a los ojos.

—Ahora, Connell —suplicó—, ahora.

Su marido le agarró de nuevo las nalgas para controlar totalmente sus movimientos y los dos explotaron en perfecta plenitud.

James se marchó a buscar a Aili y María se mantuvo cuerda y serena durante los primeros días, pero después de dos semanas la angustia hizo acto de presencia y sus nervios empezaron a sufrir los envites de sus malos pensamientos.

—Tenía mucho que resolver —dijo Connell poniendo en su mano una copita de *drambuie*.

Habían terminado de cenar y se habían sentado frente a la chimenea en el salón, como hacían todas las noches. Laura bordaba mientras hablaban, algo que normalmente conseguía relajar a la maestra. Pero aquella noche no, aquella noche no había nada que consiguiera relajarla.

—¿Y si ha pasado algo entre ellos? No sé cómo voy a poder soportar vivir sin teléfono.

—Miró a su amiga.

Laura sonrió con ternura.

—Te acostumbrarás a esperar. Aunque no lo creas, el hecho de no poder controlarlo todo acaba haciendo que te relajés.

María miró a Connell con fijeza.

—¿Crees que su padre podría hacerle algo malo? Tú sabes la clase de hombres que son, sus costumbres...

El escocés la miró a través del humo de su pipa.

—Reinold Done es un hijo de la grandísima *puta*, pero no hay ningún motivo para que haga daño a su hijo. Se alegrará de librarse de él. En cuanto a Robert, me parece que James lo tiene cogido por los huevos, no hará nada contra su hermano.

María tenía miedo de que lo que James tenía en contra de su familia provocase que lo hicieran desaparecer.

—¿No vas a decírselo? —Laura miraba a su marido con expresión divertida.

María se esforzó por salir de sus malos pensamientos.

—Hasta que os caséis —empezó Connell—, James vivirá con Coll y Agnes MacDonald, como le dije a él. Pero, después de hablar con mis hermanos para explicarles la situación, he decidido que tras la boda viváis aquí. Este castillo es muy grande y podemos compartirlo. Al menos de momento, no sé cuántos hijos pensáis tener.

María apartó la mirada con evidente turbación y Connell miró a su esposa interrogador.

—Aún no se lo ha pedido.

—¡Laura! —la regañó su amiga.

—¿Qué? ¿No quieres que Connell lo sepa? Si no se lo dices no dejará de hacer planes, ya

sabes que no puede estarse quieto.

El escocés frunció el ceño y se llevó la pipa a la boca moviendo la cabeza. Las mujeres eran incomprensibles.

—Será mejor que me vaya a la cama y os deje solas —dijo y sin esperar respuesta salió del salón.

Laura giró la cabeza y lo vio marcharse con expresión desconcertada.

—Es la segunda vez que se va a dormir antes que yo desde que nos casamos. —Miró a María.

—Y las dos por mi culpa. Ve con él.

Laura negó con la cabeza.

—No te dejaré sola. Lo entenderá.

María se inclinó hacia delante, apoyó los codos en sus piernas y escondió la cara entre las manos.

—Estoy hecha un lío, Laura. No puedo pensar con claridad, estoy completamente abrumada por mis sentimientos.

Laura dejó la labor sobre la mesilla que había colocado junto a su butaca y fue a sentarse en el sofá con ella. La cogió de las manos y María la miró con desgana.

—He visto cómo lo miras y nunca había visto esa expresión en tu rostro. Pero, sea como sea, no estás obligada a nada. Si no le amas, no te cases con él.

—Ya te he dicho que no me lo ha pedido.

—No de palabra, pero... esas cosas se saben.

—¡Pues yo no lo sé! No hubo ningún «te quiero», ni siquiera un «me gustas». Nada de eso. Sí, me demostró que me desea y casi podría asegurar que vi en sus ojos algo que podría ser amor,

pero no lo dijo en ningún momento. No hizo promesas, no hubo declaraciones, nada. Tan solo dijo que hablaríamos cuando regresara.

—Pero tú lo amas.

—¡No lo sé! —exclamó María al borde de las lágrimas—. Creo que sí, pero temo que me esté autosugestionando. ¿Qué más puedo hacer? Estoy en un mundo que no es el mío y mi futuro me fue revelado. No hay magia ni sorpresa en mi vida. Sé que me casaré con James, que tendré tres hijos... ¡Sé incluso cómo se llamará mi nieto!

—Siéntate, María. —Laura dio unos golpecitos en el asiento.

La maestra regresó a regañadientes y miró a su amiga dispuesta a escuchar un sermón sobre lo afortunada que era.

—Lo reconozco, nuestros viajes no han sido iguales, tú venías sabiendo muchas cosas y yo llegué aquí sin saber nada de nada. No puedo ni imaginar la presión que has sentido desde que descubriste lo que te esperaba. Pero no es cierto que en tu vida no vaya a haber magia y sorpresa. La vida es impredecible por mucho que Rowell te explicase algunas cosas. Yo cambié el destino de John Campbell, no pude salvar a Ian, pero sí salvé a su hermano. Y a Margaret y a Peter. Connell no hubiese estado en ese castillo aquella noche, pero te aseguro que sus hermanos sí. Eso no estaba estipulado, no era así como ocurrió en nuestra realidad. La historia que me contó aquel historiador, la boda negra, no fue como yo la viví.

María entornó los ojos.

—Pero eso no cambió nada en nuestro mundo —musitó.

—No lo sabemos, quizá el cambio fue algo sutil que no percibisteis. Quizá el que tú estés aquí es parte de ese cambio, no lo sé, pero lo que está claro es que nosotras podemos elegir nuestro destino, no somos meras comparsas en una historia ya escrita. Si no amas a James, si

cuando te pida que seas su esposa quieres decirle que no, hazlo. No pienses en las consecuencias porque no tienes ni idea de cuáles serán y no puedes juzgar si sería para bien o para mal. Lo único que puedes hacer es escuchar a tu corazón y dejar que él te guíe. Yo amo a Connell con toda mi alma. No me importa vivir en este siglo, haber perdido todas las comodidades... Si pudiese elegir volvería a entrar en aquella cueva sin dudarlo.

—Pero ¿no lo entiendes, Laura? ¡No va a volver! —explotó al fin—. Se me rompe el alma al pensarlo, pero es la verdad. Por eso no me prometió nada. Por eso no me dijo que me amaba. No estaba seguro y ahora que se ha alejado ha comprendido que no soy la mujer con la que desea compartir el resto de su vida.

Los ojos de María se llenaron de lágrimas y toda la tensión que sentía se derramó con ellas.

—No pienses más, María, déjate descansar —dijo Laura, sabedora de que nada que ella dijese podría despejar sus miedos—. Ya no estás sola, me tienes a mí.

La maestra se abrazó a su amiga y lloró todas las lágrimas que había acumulado durante aquellos meses. Lloró de pena y de amargura, de miedo y de odio. Lloró hasta quedar seca.

## Capítulo 19

Hacia ya dos meses que James se marchó y seguían sin tener noticias suyas. Ese tiempo le sirvió a la española para aclarar sus sentimientos y también para prepararse ante la evidencia de que el escocés se había dado cuenta de que no le gustaba el destino que le habían organizado. Si había un motivo para ese retraso, no tenía más que enviar a alguien con un mensaje pidiéndole que esperase. Estaba claro que no iba a volver.

La vida en Turlom era agradable y tranquila. Las horas se deslizaban suavemente y había tiempo para todo. Laura enseñó a María a bordar y pasaban las tardes juntas charlando mientras realizaban alguna labor. Connell no volvió a irse a la cama solo y Margaret hizo amistad con la maestra. La hija de Alexander MacDonald se arrepintió de sus deseos de que el escocés no volviese. Era evidente el efecto que su retraso estaba causando en la española y de algún modo se sentía culpable.

Todos estuvieron de acuerdo en que María diese clases al pequeño Eric y la maestra estipuló tres horas todas las mañanas para dedicarlas a esa tarea. El hijo de Connell y Laura era aún muy pequeño y las actividades eran más un juego que otra cosa, pero la afinidad entre maestra y alumno se hizo evidente desde el primer momento.

María también colaboraba en las tareas domésticas. Solía ayudar a la señora Beaton en la cocina y a Marie a tender la ropa en el patio. Echaba de menos a las cocineras del castillo de los Done, pero la señora Beaton era una mujer encantadora y muy cariñosa que se ganó su afecto la primera semana que estuvo allí. Igual que Mayssie, una especie de ama de llaves que no se parecía en nada a la horrible señora MacInan.

El día amaneció despejado, el tiempo mejoraba raudo y ya despuntaba la primavera en los campos. Marie había lavado las sábanas y la maestra la ayudaba a tenderlas cuando escucharon relinchos y cascos de caballos en la parte delantera del castillo. Las dos mujeres se miraron, pero María no se movió, sus pies estaban clavados en el suelo y sujetaba la pinza de la ropa como si se hubiese quedado petrificada.

—¿Quiere que vaya yo? —preguntó la criada.

María asintió y la joven desapareció rápidamente. La maestra recuperó la compostura y siguió tendiendo la ropa a pesar del temblor de sus manos.

—¡María!

La voz de Aili era inconfundible.

—¡Señorita! —La niña llegó hasta ella y la abrazó con fuerza y sentimiento—. ¡Qué contenta estoy de verte!

María la abrazaba también, pero sus ojos estaban clavados en el hombre que caminaba lentamente hacia ella. ¿Ya era así de guapo antes? Juraría que lo era mucho más de lo que lo recordaba.

—Señorita María, ¿tú no te alegras de verme? —La niña la increpaba tirándole de la falda.

La maestra se agachó frente a ella para mirarla a los ojos y sonrió.

—Me alegro muchísimo —dijo, emocionada—. No sabes las ganas que tenía de que estuvieses aquí.

—¡Voy a quedarme contigo! —exclamó la niña emocionada—. He traído todas mis cosas y voy a quedarme aquí. Me gusta mucho el castillo.

—Pero si aún no lo has visto —susurró la maestra riendo.

—No me importa como sea, me gusta porque tú estás aquí. —Se abrazó a su cuello y María

la elevó en sus brazos.

—Está eufórica —dijo James con una mirada que hizo que le temblaran las piernas—. La última hora no ha parado de hablar.

—Debéis estar agotados —habló con timidez.

—Tengo mucha hambre —admitió Aili—. El tío James solo ha traído zanahorias y pan.

—Vamos, os llevaré a la cocina y la señora Beaton os dará una succulenta comida. —Caminó hacia el castillo y dejó a James atrás.

—¿Jill? —María se detuvo frente a la cocinera que estaba junto a los caballos con un niño pequeño de la mano.

—Señorita María —dijo la criada con evidente turbación.

—Jill vivirá con nosotros. —James llegó junto a ella—. Necesitaremos algo de servicio.

—¿Y tu madre? —preguntó María desconcertada.

—Murió hace un mes, señorita. No tenía a nadie para cuidar de mi pequeño y el señor Reinold me despidió cuando le pedí que me dejara llevarlo conmigo al castillo.

María miró a James con expresión horrorizada y después de nuevo a la cocinera. Asintió, complacida.

—Me alegro mucho de que estés aquí —dijo—. ¿Y este niño tan guapo cómo se llama?

—Jaimie —respondió el pequeño con voz de pito.

—Hola, Jaimie. Yo soy María —dijo la maestra con cariño—. Luego te presentaré a Eric, estoy segura de que vais a ser muy buenos amigos.

Laura salió a recibirlos y juntos entraron en el castillo mientras Peter se hacía cargo de los caballos.

—Tuve que solucionar unos cuantos temas antes de regresar —respondió James a la pregunta de Connell de por qué había tardado tanto—. Kendrick redactó un documento conforme renunciaba a la tutela de su hija y me la cedía a mí, pero antes mi padre fue un poco reticente en aceptar la situación y provocó algunas complicaciones que me retuvieron.

Ya habían cenado, los niños se habían ido a la cama y la familia se había reunido en el salón para conocer los detalles del viaje.

—¿Qué clase de complicaciones? —preguntó Connell frunciendo el ceño.

—Me encerró en una celda del sótano.

María lo miró con los ojos muy abiertos y Connell rompió a reír a carcajadas.

—Cuando llegué hablé con mi padre y le dejé clara la situación —siguió James—. Por supuesto, se revolvió contra mí y amenazó con silenciarme para siempre, pero conozco a mi padre y sabía que no llegaría tan lejos. Insistí en que me llevaría a Aili y le dije que no se preocupase porque no volvería a vernos. Entonces hizo que me encerraran en esa celda.

María no salía de su asombro. ¿Su padre lo amenazó de muerte? ¿Lo había tenido encerrado en aquellas oscuras mazmorras del sótano como a un vulgar criminal?

—¿Y cómo saliste? —preguntó Margaret.

—Cuando mi hermano regresó con su prometida, a la que había ido a buscar, obligó a mi padre a que me dejase libre y a que aceptase mis peticiones. Robert sabía que tenía mucho que perder con esa situación y que mi padre había estado a punto de estropearlo todo al llegar él con Anabella. Su prometida podría haberse enterado de algunas cosas que podrían haberle puesto las cosas difíciles con el *laird*. Así que fue mi aliado obligado.

*Podría haberte matado* —pensó María mirándolo con frialdad—. *Podrías haber muerto en aquella celda y yo no lo habría sabido nunca. O sí, quizá un día alguien hubiese comentado que*

*James Done había muerto durante una reunión social. O por accidente... ¡Malditos bárbaros!*

María los miró a todos, uno a uno. Todos escuchaban a James con atención y se reían o ponían cara de sorpresa con su relato. Solo ella parecía ajena a todo, como si estuviera lejos de allí y no entendiese nada.

James siguió hablando y hablando, respondiendo a las preguntas de su anfitrión y de Margaret, que parecía estar pasárselo de lo lindo. Se veía relajado y feliz, como si no hubiesen pasado más de dos meses. María se puso de pie de golpe.

—Me voy a la cama. —Interrumpió la conversación—. Estoy muy cansada.

Abandonó el salón sin esperar respuesta. James miró a los allí presentes y dejó la copa que sostenía en su mano.

—Esta mujer tiene un serio problema con eso de salir de las habitaciones. Disculpadme —pidió y salió tras ella.

—¡María! —La detuvo antes de que pusiera el pie en la escalera.

La maestra cerró los ojos agobiada. Debería haber sido más rápida. Se volvió despacio.

—De verdad que estoy muy cansada —aseguró.

James la cogió del brazo y la arrastró hasta la biblioteca. La chimenea estaba apagada y la habitación estaba a oscuras. El escocés se encargó de prender varias lámparas ante la atenta mirada de María, que sentía su cuerpo desmadejado.

—Siento haber tardado tanto en regresar —dijo él cuando volvió junto a ella—. Te aseguro que mientras estaba en aquel agujero solo podía pensar en ti y en lo que estaría pensando esa cabecita tuya.

—No pensaba nada.

—No me mientas, por favor —pidió.

Dio un paso hacia ella con evidente intención de besarla.

—¡No me toques! —advirtió entre dientes—. ¡Ni se te ocurra besarme!

—María...

—No quiero escucharte —susurró con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Quieres saber lo que he pensado? Pues primero pensé que podían haberte pasado toda clase de cosas terribles y todos me decían que estarías bien, que eran mis miedos los que hablaban. Después pensé que te habías dado cuenta de que nada de esto tenía sentido y habías decidido seguir con tu vida y no volver jamás. Y ahora vienes, después de dos meses, y nos cuentas que estuviste encerrado en una celda y que tu padre amenazó con matarte. Así, como si estuvieses explicando que no había suficiente leña para el fuego.

James extendió la mano para cogerla, pero ella lo apartó de un manotazo.

—¡Podrían haberte matado! —exclamó, contenida, con las lágrimas cayendo desde sus enrabietados ojos.

El highlander perdió la paciencia y la agarró sin que pudiese impedirselo.

—Lo entiendo, entiendo que estés enfadada, pero no podía avisarte de ningún modo. En cuanto Robert me liberó me puse en camino...

—¡No podré soportar esta vida! —exclamó irritada—. No quiero que temer por tu vida sea algo normal. Maldito bárbaro escocés... ¡Suéltame!

Lo golpeó con los puños tratando de liberarse, pero él no se inmutó y siguió mirándola con aquella expresión firme y decidida. Cuando la besó toda la resistencia de María cayó como el agua cuando se libera de una balsa. Aquel beso la traspasó con la fuerza de un rayo y deshizo todos los nudos que ella había tejido en su ausencia. Era un beso exigente y profundo, un beso que hablaba en silencio de todo lo que ambos se habían esforzado en callar.

El highlander enredó sus cabellos en sus dedos para sujetarla con firmeza y poseer su boca por completo. Quería una rendición, una entrega sin condiciones y no pararía hasta conseguirla. María lo abrazó, se agarró a él como si quisiera soldarse a su cuerpo. Amaba a ese hombre con todas las fibras de su ser y su alma y ya no podía negarlo más. Mordió suavemente su labio inferior y tiró de él, lo que provocó un gemido en la garganta del escocés que la apretó con más fuerza contra su duro cuerpo. La besó como si deseara devorarla, mezclarse con ella hasta convertirse en un solo ser. No era suficiente penetrarla y disfrutar de sus dulces y apasionadas caricias, quería tenerla corriendo por sus venas, respirar el aire de sus pulmones, compartir los latidos de su corazón.

Entonces sintió en sus labios el sabor salado de sus lágrimas y el hechizo de fuego se rompió. James se apartó lastimoso de sus labios y la miró.

—Si me dices que no me amas, me iré —dijo ansioso—, aunque tu cuerpo y tus ojos me digan lo contrario, aunque tus labios sean los únicos capaces de poseerme con solo rozar los míos. Yo te amo con el ansia de mi propia vida, con la fuerza de un ciclón y la dulzura de un niño. Te amo con cada fibra de mi cuerpo y mi alma. Daría con gusto la mitad de mi vida si eso me permitiese pasar lo que me quede a tu lado.

María no podía dejar de llorar, aunque sus labios sonreían emocionados.

—¿De verdad me amas? ¿No es solo la certeza de lo que ha de ser lo que te impulsa a decirlo?

James cogió su cara entre las manos y la miró con una dulce expresión y aquellos ojos con pinceladas metálicas que María podría haber pintado de memoria de tanto soñar con ellos.

—Desde el primer momento en que te vi supe que venías a cambiar mi mundo. Cuando te tomé entre mis brazos y te hice mía supe que te habías metido aquí dentro. —Se golpeó el pecho

con uno de sus puños y volvió a cogerle la cara—. Ningún destino habría podido cambiar lo que siento, amor mío. ¿Te casarás conmigo?

María asintió y James la abrazó haciendo que recostase la mejilla en su pecho, allí donde su corazón latía a ritmo vertiginoso. Lo rodeó con sus brazos y cerró los ojos. Por fin estaba en casa.

## Capítulo 20

—¿Estáis seguros de esto? —Julia miraba a los dos operarios que maza en mano se disponían a derrumbar la pared.

—Ya tenemos todos los permisos y tengo mucha curiosidad por saber qué se esconde ahí dentro —respondió Rowell.

—Pues yo me voy abajo. —Julia se puso las manos en su prominente barriga—. No creo que a mi pequeña le gusten los golpes que se van a escuchar aquí.

—Mejor vayamos al jardín y alejémonos un poco. —Cristina la cogió del brazo—. Esperad a que nos hayamos ido.

Rowell les hizo un gesto a los dos obreros que asintieron con la cabeza.

Las dos amigas se alejaron del castillo caminando por el sendero que iba hacia el lago.

—Ojalá no te marcharas mañana —dijo Cristina cogiéndola del brazo y apoyando la cabeza en su hombro—. Me ha gustado tanto tenerte aquí...

Julia le dio unos golpecitos en la mano y sonrió.

—Escoger el vestido de novia no es cualquier cosa —aseguró—. Y en pocos meses este lugar estará repleto de buenos amigos y de familia. ¿Cuándo llega tu madre?

—Vendrá un mes antes. Si por ella fuese ya estaría aquí, pero dice que me pondría nerviosa y que no quiere quitarnos intimidad. Y, si te soy sincera, tiene razón —sonrió con ironía.

—Bueno, el vestido ya lo tienes —siguió Julia—. No pensé que fuese tan fácil, la verdad, estaba convencida de que me ibas a volver loca por no decidirte.

—A mí también me sorprendió. Nunca creí que fuese a decir esto, pero lo cierto es que el vestido, la ceremonia... todo eso me importa un bledo —aseguró—. Amo a Rowell y lo único

que quiero es estar con él el resto de mi vida.

Julia asintió. La comprendía muy bien.

—Me alegra que vayas a estar conmigo, Julia. De algún modo es justo, ¿no te parece? — Cristina miró a su amiga, que tenía una expresión confusa—. Quiero decir que nosotras estamos juntas y ellas también.

—Nada ha cambiado en nuestras vidas, así que todo debió salir como se esperaba —dijo Julia pensativa.

—Sí. Y Rowell nos ha contado lo felices que eran, así que podemos estar tranquilas por ellas.

—Pero las echo tanto de menos... —confesó Julia.

—Yo también.

—Y sigo teniendo miedo de vivir aquí.

Cristina no dijo nada y miró hacia el camino por el que transitaban. Sabía muy bien a lo que se refería. Ahora que estaba embarazada no podía evitar tener miedo de vivir en un lugar en el que las personas podían desaparecer.

—Cada uno ha de vivir su destino, Julia. No hay nada que podamos hacer para evitarlo.

—Lo sé, Cris. Mi abuela no deja de repetírmelo, pero eso no me tranquiliza en absoluto.

—¿Y volver a España te tranquilizaría? ¿Quién te dice que allí no pueda ocurrir? —Cristina hizo un mohín y negó con la cabeza—. No creo que tenga que ver con el lugar, sino con las personas.

—Es posible.

El teléfono vibró en el bolsillo de Cristina y la foto de Rowell apareció en la pantalla.

—Dime —contestó—. *Ok*, ya volvemos.

—¿Ya está? —preguntó Julia sorprendida.

—Sí, ya lo han abierto. Van a retirar los escombros.

La estancia no tenía más de cinco metros cuadrados. Tan solo contenía una mesa y un pequeño baúl de hierro dentro del cual habían colocado otro de madera. Julia y Cristina estaban de pie frente a esa mesa y ninguna se atrevía a ser la que lo abriese.

—Puedo sacarlo de aquí y llevarlo abajo —ofreció Rowell.

Los dos operarios que derribaron la pared habían retirado los escombros y limpiado la zona, pero en ese rincón no había mucha luz natural. Así que las dos amigas asintieron y Rowell cogió el baúl de madera de las asas y lo sacó sin esfuerzo. Cris y Julia lo siguieron hasta el salón y esperaron hasta que lo depositó sobre la mesilla de centro.

—Ábrelo tú —le pidió Cristina a su amiga.

A Julia le temblaron las manos cuando se dispuso a hacerlo. Levantó la tapa con un cosquilleo en la punta de los dedos. Había un sobre con sus nombres, aunque no reconocieron la letra.

—Para Julia y Cristina —leyó Julia.

—Es de ellas —dijo Cris mirando a su amiga—. Esto es de ellas.

Julia asintió y después volvió a poner su atención en el baúl. Debajo del sobre había un dibujo, los rostros de dos mujeres frente a un cofre.

—Somos nosotras... ahora —exclamó Cristina asombrada.

Julia miraba aquella imagen en la que se las veía tal y como estaban en ese momento: sosteniendo el dibujo en sus manos. Las dos amigas se miraron confusas y Julia dejó el dibujo encima del sobre.

En el baúl ya solo quedaba un objeto. Se trataba de un manuscrito encuadernado, de manera rústica y casera, con hilo de bordar. Al levantar la tapa superior Julia leyó:

—Laura y María en las Highlands.

Cristina ahogó una exclamación y se abrazó a Julia, que temblaba como una hoja.

—¿Escribieron... un libro? —preguntó Rowell algo confuso.

—Tengo que sentarme, estoy un poco mareada. —Julia se tambaleó.

Cristina la llevó hasta el sofá, volvió a por el sobre y fue a sentarse a su lado.

—Creo que primero debemos leer esta carta, supongo que por eso la dejaron encima. —La abrió con mucho cuidado—. ¿Estás bien?

—Lee —dijo su amiga asintiendo.

«Queridas Julia y Cristina.

No os conozco en persona, es imposible, pero os he visto en mi mente muchas veces. Yo también tengo un don, igual que tu madre, Julia. En mi caso soy capaz de dibujar a personas que aún no existen. Personas del futuro como vosotras.

Desde niña oí mucho hablar de las dos mejores amigas de Laura y María y aprendí a quererlos como si formaseis parte de mi vida. Vi muchas veces a mi madre inclinada sobre el papel escribiendo algo que había pasado en la familia y que no quería que se olvidara. O a tía Laura relatando la última aventura de sus hijos para vosotras. Ese manuscrito que tenéis en vuestras manos es la vida de esas dos mujeres que el destino se llevó muy lejos, separándolas de sus seres queridos. Compartidlo con todos ellos y decidles que nunca, en toda su vida, se olvidaron de ninguno de vosotros.

Cuando Robert Done murió me dejó en herencia el castillo de Kinmore y yo se lo devolví a

su auténtico dueño, James Done, el hombre que me protegió toda su vida y me quiso como un padre. Mi madre dejó estipulado cómo debía ser esa cámara secreta en la habitación de Maela MacLeod, mi auténtica madre. Sí, lo sé, es complicado, pero cuando leáis toda la historia lo entenderéis. Ese manuscrito es su vida y lo escribieron para vosotras. María sabía que lo encontraríais.

Espero que perdonéis mi intromisión, pero esta será la única oportunidad que tendré de poder dirigirme a vosotras y no he podido resistirme. Como podéis ver escribo perfectamente en vuestro idioma. María, que como habréis deducido era mi madre adoptiva, me enseñó a hablar español y a escribirlo también. Además, me casé con un soldado de vuestro país, Ramón Borrell, y nos trasladamos a vivir a su ciudad, Barcelona. Allí nacieron mis hijos, por lo que ahora, después de casi cuarenta años, me siento más española que escocesa.

He vivido todos estos años en la misma ciudad en la que vosotras naceréis. He paseado por sus calles y caminado junto al mar, teniendo visiones de vuestra vida y del futuro, igual que Gloria las tuvo del pasado.

Os deseo toda la felicidad del mundo y os doy las gracias por haberme permitido conocer a una maravillosa mujer a la que querré con locura hasta el final de mis días. La mejor madre que nadie podía tener.

Con todo mi amor y respeto,

Aili».

—Es de mi tía Ailsa —musitó Rowell y su rostro mostró una emoción inesperada.

Julia miraba la carta, que seguía en las manos de Cristina, con expresión ausente, como hipnotizada por aquellas letras que bailaban ante sus ojos componiendo una extraña y sugerente

coreografía.

—¿Qué ocurre? —preguntó Cristina.

—Borrell... —musitó—. Borrell es el segundo apellido de mi abuela.

Cristina frunció el ceño y después abrió mucho los ojos. Julia levantó la mirada de la carta y la posó en su amiga.

—Nunca había oído hablar de este Ramón Borrell —dijo.

—Han pasado trescientos años —constató Cristina mirando a Rowell y luego a Julia de nuevo—. ¿Cuántas generaciones son eso? ¿Diez? Es imposible que tuvieses conocimiento de su existencia. Suponiendo que tenga algo que ver...

Julia seguía con expresión confusa.

—No es posible —musitó.

—Bueno, ya pensaremos en eso después. —Cristina se puso de pie—. Ahora voy a pedir que nos traigan comida y bebida. Nos quedan unas cuantas horas de lectura por delante.

Le hizo un gesto a Rowell con los ojos para que hablara con Julia y salió del salón.

—No se puede decir que vuestra vida sea aburrida —dijo el escocés sonriendo.

—Y lo dice alguien que hace diez años sostenía una espada frente a los ingleses en Culloden Moor.

Rowell se sentó en una butaca frente a ella.

—Si hubiese descubierto este baúl en los primeros años que pasé aquí, habría sido un alivio. Estar cuerdo en mis circunstancias no fue nada fácil.

Julia asintió.

—Pues no lo hiciste nada mal para estar solo.

—No estaba solo. Horace Done fue una bendición para mí, aunque siempre creí que

pertenecía a la rama de mi tío Robert. Ojalá estuviese vivo, le alegraría saber que estábamos equivocados.

—Tu tío abuelo Robert le dejó el castillo a Aili porque era su hija.

—Eso parece. Y, según su carta, ella se lo legó a la otra parte de la familia. O sea: la mía.

Julia asintió.

—Así que tu tío Horace no hizo más que regresárselo a su dueño: tú —sentenció Julia—. Un círculo perfecto.

Rowell la miró entornando los ojos.

—Tendría gracia que tú y yo seamos familia —sonrió.

—Curioso giro de los acontecimientos. Aunque Borrell no es un apellido poco común en mi tierra, podría no tener nada que ver.

El escocés intensificó su sonrisa.

—No adelantemos acontecimientos.

—No adelantemos acontecimientos —corroboró Julia.

—Ahora nos traerán bocadillos y refrescos —dijo Cristina entrando en el salón y yendo a sentarse junto a su amiga—. También he pedido que dentro de una hora y media nos hagan café. Julia, ya puedes empezar a leer.

—¿Te importaría hacerlo tú? —Miró a Rowell y este asintió visiblemente emocionado.

El jardín estaba engalanado y todos los invitados se habían sentado ya en sus asientos. Rowell estaba guapísimo y seguro que tan nervioso como ella. Cristina miraba desde detrás de los visillos para no ser vista. Estaba tan agobiada que no podía dejar de apretar el ramo entre sus

manos.

—Vas a acabar destrozándolo —le dijo Julia apartándola de la ventana.

—No entiendo por qué hay que hacer toda esta parafernalia. Nos queremos y ya está. —Se miró frente al espejo—. Aunque el vestido es precioso.

—Lo es —dijo su madre emocionada—. Estás guapísima, hija.

Cristina la abrazó. Se sentía afortunada de tenerla allí. Después de la velada que pasaron el día anterior todos tenían las emociones a flor de piel. Reunirse las cuatro familias fue algo muy especial. Pudieron hablar de ellas y compartir alegrías y tristezas. Todo el mundo había leído el manuscrito varias veces, haciendo que la vida de Laura y María formase parte de su propia historia. De algún modo, se sentían completos después de varios años de orfandad.

Fue Julia la que se acercó a la ventana, había escuchado el llanto de su hija. Vio que Evan se levantaba de la primera fila y se llevaba al bebé en el capazo.

—¿Es Aili? —preguntó Cristina acercándose a mirar.

—Me parece que mi hija es el único bebé que hay en tu boda —Julia sonrió—. Pero no te preocupes, su padre sabe qué hacer.

—Si tienes que ir con ella...

—Soy tu dama de honor, no voy a ir a ninguna parte. Y será mejor que bajemos ya.

—Caminó hasta la puerta y las esperó allí.

Cristina se cogió del brazo de su madre, respiró hondo y asintió.

Julia bajó las escaleras con paso ceremonial. Atravesó el vestíbulo, sintiendo la emoción que pululaba entre aquellas viejas paredes de piedra. Casi podía imaginar a María realizando un recorrido idéntico cuando llevó a su hijo del brazo hasta el jardín el día de su boda. Las imágenes

que su mente había recreado después de leer el manuscrito de las dos viajeras la acompañaron en su recorrido hasta el lugar de la ceremonia. Imaginó a la enorme familia que habían construido Laura y María, sentada en otras sillas parecidas a aquellas engalanadas con lazos blancos. Sus hijos con sus esposos y esposas, sus nietos compartidos y los otros correteando entre los macizos de flores.

Cristina respiró profunda y suavemente mientras la música la guiaba por el pasillo hasta Rowell. El aire olía a rosas y el sol brillaba en el cielo en un espléndido día. Vio a Evan que regresaba con su bebé sin dejar de mirar a Julia con aquella calidez y profunda devoción con la que siempre la miraba. Fijó entonces los ojos en Rosario, sentada entre los padres de Laura y los de María. La anciana le sonrió con cariño, como siempre. Había una luz especial en su mirada desde que supo que era parte de la historia.

Que Gloria era alguien especial, Rosario ya lo sabía. Desde que la tuvo en su vientre, creyendo que eran dos. Durante una noche creyó que algo iba mal, se sintió medio vacía y esas horas supusieron un antes y un después para ella. Los médicos dijeron que se habían equivocado, que no eran dos criaturas, sino una. Y se aferró a esa niña como si supiese que iba a ser su única hija. Volvió a mirar a su nieta, su querida nieta.

La dama de honor llegó hasta su lugar y se giró para ver llegar a la novia. Cruzaron sus miradas en un abrazo silencioso y Cristina se colocó junto a Rowell después de que su madre hiciese el gesto de entregarla. Sofía fue entonces a ocupar su sitio junto a Leod y la ceremonia comenzó.

La mente de Julia siguió sobrevolando por encima de sus cabezas como un pájaro incapaz de escoger una rama en la que posarse. Saber que era descendiente de Ailsa Done y Ramón Borrell la colocó por fin en el mapa de aquella historia. Nunca lo había confesado, le parecía egocéntrico

y orgulloso, pero siempre se había sentido como una comparsa, una mera figurante que estaba allí tan solo para guiar a las auténticas protagonistas. Después de todo ella no viajó al pasado ni se casó con alguien que sí lo hizo ni era descendiente de esas personas, como Leod y Evan. Su único nexo con aquellas grandes historias fue un viaje a Escocia que organizó su madre para su veinticinco cumpleaños. Un simple viaje de vacaciones.

Pero en ese momento, gracias al trabajo de un experto investigador histórico que había conseguido su árbol genealógico, y al manuscrito de sus amigas, había encontrado su conexión. Su eslabón perdido. Ahora conocía la historia de Aili, la hija de Maela MacLeod, y todo cobraba un nuevo sentido. Aili también dibujaba y sus dibujos eran tan sorprendentes como lo habían sido los de su madre. Si Gloria veía el pasado, Aili veía el futuro.

Las había visto a ellas. Y las había dibujado.

Julia regresó de sus pensamientos en el momento en el que Rowell decía sus votos en voz alta.

—He desafiado al tiempo por ti. He viajado por senderos oscuros y fríos para encontrarte. Me comprometo a estar a tu lado en la adversidad, sostenerte y consolarte. Me comprometo a compartir tus tristezas y alegrías porque serán las mías. Me comprometo a amarte y respetarte hasta el fin de mis días, desafiando al destino en todas sus vertientes. Porque te amo.

Julia miraba a Evan y el escocés tenía los ojos clavados en ella. Una muda conversación que hablaba de entrega y amor sin paliativos.

—Me comprometo a ser tu amante y tu amiga —dijo Cristina—. A ofrecerte una sonrisa cada mañana, sobre todo en los días oscuros. Me comprometo a bailar tu alegría y a llorar tu tristeza para reconfortar tu corazón. Y me comprometo a caminar contigo por cada sendero, a atravesar cada puente y subir todas las montañas que ponga ante ti el destino. Porque te amo.

Julia desvió la mirada hacia el camino que llevaba a la entrada del castillo y tuvo una visión. Vio a dos ancianas cogidas del brazo caminando a paso lento. No eran las dos jóvenes que ella recordaba e iban ataviadas con ropas antiguas. A través de las lágrimas las vio darse la vuelta y caminar de regreso al lugar del que habían venido. Y, como si la bruma las alcanzase, sus figuras se difuminaron hasta desaparecer. Habría querido decirles tantas cosas...

Rowell y Cristina se besaron y los invitados prorrumpieron en aplausos y vítores que llevaron a Julia de vuelta. Evan se acercó a su esposa en medio de la algarabía, con el capazo que contenía a la pequeña Aili en una mano. Con la otra mano agarró a su mujer por la cintura y la besó en los labios al mismo tiempo que Rowell hacía lo propio con Cristina.

—¡Quién fuera joven! —exclamó Leod.

—Y que lo digas —corroboró Sofía con tristeza.

El escocés miró a la madre de Cristina sorprendido.

—Tú estás estupenda —afirmó—. No tienes nada que envidiar a esas jovencitas.

—Tenemos más o menos la misma edad —sonrió—. Y tampoco estás nada mal.

Leod sonrió seductor.

—¿Vas a quedarte muchos días? —preguntó.

Sofía se levantó para ir a felicitar a los novios, pero antes se giró para responderle.

—Aún no he comprado billete de vuelta.



## Epílogo

María y Laura caminaban de regreso hacia el castillo. Cada vez resultaba más cansado salir a pasear y los paseos eran cada día más cortos.

—¿Estás segura de que ha llegado el momento? —preguntó Laura.

—No podemos retrasarlo más —respondió María—. Hace días que no escribo nada. No quiero que sepan cómo fue nuestro final. No es necesario.

—Sería emocionante poder ver sus caras cuando abran el baúl —dijo Laura riendo—. Me lo he imaginado muchas veces.

María asintió.

—Fue una suerte que yo descubriera lo de la cámara. No sé si se me hubiese ocurrido hacer esto de no haberlo sabido.

—¡Claro que se te habría ocurrido, tonta! Si no, no la hubieses visto en el futuro.

—Tienes razón. O no. ¿Qué fue primero? ¿El huevo o la gallina? —María parafraseó al filósofo.

—Eso es fácil. Primero fue la gallina.

Las dos ancianas subieron lentamente los escalones de entrada al castillo y se detuvieron una vez arriba para que María recuperase la respiración.

—¿Cómo va a ser primero la gallina? Las gallinas salen de los huevos —afirmó la maestra.

—Pero te olvidas de algo importante —respondió Laura ya dentro del castillo—. Dios creó a todos los animales, no a todos los huevos.

María se giró hacia su amiga y las dos rompieron a reír a carcajadas.

Tardaron bastante en subir las escaleras y llegar hasta la habitación de Maela MacLeod.

Nunca la llamaban Campbell, para ellas siempre fue una MacLeod.

De pie frente al manuscrito, colocado sobre la tapa del baúl de hierro, estuvieron un rato en silencio, quizá rezando alguna oración, quizá repasando todo lo allí escrito.

—Hemos tenido una buena vida —dijo Laura.

—Así es —confirmó María—. Una increíble y maravillosa vida.

—Mejor gracias a que viniste —admitió Laura girándose hacia ella.

María se colocó de frente a su amiga y asintió.

—Me habría gustado tener uno como ese escrito por ellas —señaló con el pulgar hacia el manuscrito—. Pero me temo que los objetos solo viajan en una dirección.

—Para nada —Laura negó con la cabeza—. ¿O acaso llegaste aquí desnuda?

—Cierto —asintió María frunciendo el ceño.

—Pero no pueden venir solos —siguió Laura—, necesitan alguien que los traiga y parece bastante claro que tú fuiste la última.

María volvió a asentir.

—¿Crees que hacemos bien en ocultarles lo de Aili? —preguntó la maestra.

—Saberlo no les aportará nada y resultaría demasiado inquietante para Rosario.

—¿Cómo crees que sucedió? —preguntó María—. Rosario nunca habló de otro embarazo.

—No tengo ni idea —admitió Laura—. Pero el parecido de Aili y Gloria es mucho más que el que hay entre hermanos. Son idénticas, María.

—Gemelas —asintió pensativa.

—Sin duda.

Las dos volvieron a mirar hacia el baúl.

—Ha llegado el momento —dijo María.

Cogieron el manuscrito, el dibujo y la carta de Aili y juntas lo depositaron en su lugar. Cerraron el baúl de madera. Cerraron el baúl de hierro y el silencio inundó el hogar de los Done.

Un silencio que se extendió por cada una de las habitaciones que conformaban aquel viejo y duro castillo, cuyas piedras deberían guarecer aquel pedazo de historia para el futuro.



Querid@ lector@,

Ante todo agradecerte que hayas llegado hasta aquí. Juntas decimos adiós a estos personajes tan entrañables y a su historia épica y apasionante. Espero que te haya gustado el final y que te hayas impregnado de su magia. No sabemos cómo ni por qué Aili viajó al pasado desde el vientre de su madre, Rosario, hasta el de Maela, separándose de su hermana gemela para siempre. El destino tiene razones que la razón no entiende. Lo que es seguro es que fueron las dos gemelas quienes trazaron el camino que llevaría a nuestras protagonistas a vivir tan maravillosa aventura.

Una historia compleja y aterradora en algunos momentos, ¿verdad? Me gustaría mucho conocer tu opinión, con quién te identificas, cómo crees que reaccionarías si te ocurriese algo parecido...

No olvides dejar tu comentario en Amazon, así ayudarás a otras lectoras a descubrir mis novelas. Te estaré eternamente agradecida.

Mail:

[janawestwood92@gmail.com](mailto:janawestwood92@gmail.com)

Facebook:

<https://www.facebook.com/JanaWestwood92>

Instagram:

[https://www.instagram.com/janawestwood\\_oficial/](https://www.instagram.com/janawestwood_oficial/)

Twitter:

<https://twitter.com/JanaWestwood>

Y en Amazon:

[relinks.me/JanaWestwood](https://relinks.me/JanaWestwood)

Besos y abrazos,

Jana Westwood

